Libros del Asteroide

Fredrik Sjöberg

El arte de coleccionar moscas

Traducción de Marc Jiménez y Petronella Zetterlund

Fredrik Sjöberg

El arte de coleccionar moscas

Traducción de Marc Jiménez y Petronella Zetterlund

Libros del Asteroide

Índice

Portada
El arte de coleccionar moscas
1. La maldición de la clase hambrienta
2. Entrada en la sociedad de las moscas
3. Una trampa en Rangún
4. El hombre que amaba las islas
5. El archipiélago de la botonología
6. René Malaise (1892-1978)
7. Narcissiana
8. El enigma Doros
9. A la sombra de un volcán
10. La red y la soledad
11. El árbol de las moscas
12. El anhelo del entomólogo
13. La lentitud
14. La isla que se hundió en el mar
15. La legibilidad del paisaje
16. El doctor Orlík y yo
17. El tiempo contado
18. Retrato de un viejo
Notas
Colofón
Nota Biográfica

Primera edición, 2023
Título original: *Flugfällan*
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.
© by Fredrik Sjöberg, 2004
Publicado por acuerdo con agentur literatur Gudrun Hebel, Berlin y con International Editors'Co., Barcelona
© de la traducción, Marc Jiménez Buzzi y Petronella Zetterlund, 2023
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.
Traducción de obras citadas: D.H. Lawrence: Jordi Fibla (Atalanta, 2007); Thomas de Quincey: Carmen Francí (Atalanta, 2007); Bruce Chatwin: Eduardo Galigorsky (Muchnik, 1997).
Imagen de cubierta: © iStock / ZU_09
Fotografía del autor: © Aase Berg
Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló 11-13, 3.º-1.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com
ISBN: 978-84-19089-73-1
Composición digital: www.acatia.es
Diseño de cubierta: Duró

Hay tres temas: el amor, la muerte y las moscas. Desde que el hombre existe, ese sentimiento, ese temor, esas presencias lo han acompañado siempre. Traten otros los dos primeros. Yo me ocupo de las moscas, que son mejores que los hombres, pero no que las mujeres.

AUGUSTO MONTERROSO

1. La maldición de la clase hambrienta

Fue en la época en la que por las noches solía pasearme por las calles cercanas al Nybroplan con un cordero en brazos. Lo recuerdo muy bien. Había llegado la primavera. El aire estaba seco y podría decirse que polvoriento. La noche era fría y conservaba el olor de la tierra y de las hojas del año anterior que el sol tibio había calentado durante el día. El cordero balaba, desvalido, mientras yo cruzaba la calle Sibyllegatan.

Durante el día, el animal vivía con los mimados caballos del rey en las Caballerizas Reales, en Strandvägen, y suponíamos que también por la noche, en el teatro, debía de sentirse fuera de lugar. Aunque yo no sabía nada sobre corderos, era evidente que era joven. Tendría unas cuantas semanas. Hacer de metáfora viviente en el escenario debía de ser un suplicio, sobre todo porque la obra —*La maldición de la clase hambrienta*, del estadounidense Sam Shepard— resultaba a ratos violenta, ruidosa y pesada incluso para los seres humanos adultos. Solo podíamos esperar que el pobre animal apretara los dientes y pensara en otra cosa. Sea como sea, el caso es que fue creciendo, más rápido de lo que habíamos calculado.

En ese momento era yo quien tenía el problema. Mediante una brumosa mezcla de esfuerzo y casualidades, había llegado a tener un trabajo como atrecista en el Teatro Dramático Real, y como mi puesto consistía desde hacía un par de años en encargarme de la utilería de los distintos montajes, que podía llegar a ser bastante peculiar, era a mí a quien le tocaba ir a buscar al desdichado cordero a las Caballerizas Reales antes de cada representación. Lo llevaba en brazos. Aquella noche de primavera debíamos de ofrecer una estampa la mar de tierna. Y cuando se alzaba el telón, el cordero (que con el tiempo sería una oveja) tenía que entrar en escena y salir de ella, mantenerse en silencio y, a poder ser, no ensuciar el decorado, todo ello con la misma absoluta precisión que requería cualquier otro cambio de escenario. Y en la más completa oscuridad.

Antes del estreno, durante los ensayos, nos habíamos ingeniado un cordero mecánico, un artefacto velludo y rehenchido con una cabeza móvil y un altavoz incorporado que, en el momento preciso, cuando el regidor apretaba un botón,

emitía unos balidos encantadores. Pero cuando el director vio el costoso robot, no se concedió más de cuatro segundos de reflexión antes de rechazar el apaño. Ni hablar. Si las instrucciones de dirección exigían un cordero de verdad, habría que trabajar con un cordero de carne y hueso, no con un juguete. Con eso se zanjó la cuestión, y me nombraron responsable del cordero. Y así fue como esa primavera empecé a preguntarme a qué me dedicaba en realidad, y por qué lo hacía.

Os preguntaréis qué se le había perdido en el teatro a un joven entomólogo. Es una pregunta embarazosa en la que espero no tener que ahondar demasiado. Además, todo eso pasó hace mucho tiempo. Digamos, simplemente, que pretendía impresionar a las chicas; a un entomólogo no se le presentan muchas oportunidades en ese terreno. O digamos, mejor, que de vez en cuando todos necesitamos escapar para no convertirnos en una copia de lo que se espera de nosotros, y quizá también para atrevernos a recordar alguno de esos grandes y audaces pensamientos que hacen que un niño se levante en plena noche y, con el corazón palpitante, anote en un papel una promesa secreta sobre su vida.

En todo caso, era un trabajo emocionante. Interesante y fascinante para un recién llegado. Nada puede quitarle a uno el miedo como un gran teatro en una ciudad desconocida, nada embriaga más que los sueños que alojan sus paredes. Sin duda había muchas cosas que nunca llegué a entender acerca de los trucos de los dramaturgos o los subtextos de un manuscrito, sobre los matices y las notas al pie con letra pequeña; pero no me importaba, por lo menos al principio.

Bergman había vuelto de Múnich y todo era una fiesta. Shakespeare se representaba en la sala grande con gran alboroto, y los que andábamos con sigilo por las galerías superiores y entre bastidores transformábamos la menor visión del maestro en anécdotas sobre su magia legendaria y sus caprichos en pequeñas y sencillas historias que en los bares de la ciudad adquirían mayor dimensión y podían convertir a quien las relataba en objeto de envidia e interés. Gógol entraba como un crucero acorazado y Lars Norén aplastaba toda resistencia incluso entre el público más implacable. Strindberg, Molière,

Chéjov. Puede que yo me relacionara con todo eso con mayor libertad que el joven pelotón de tramoyistas, atrecistas, ayudantes de camerino, figurantes y asistentes con vagos cometidos, todo ese pequeño mundo que puebla los teatros, puesto que casi todos ellos aspiraban a convertirse en actores famosos, y sufrían amargamente con el éxito que otros cosechaban, así como con los caprichosos designios de las audiciones.

El trabajo solía ser llevadero. Acompañábamos un montaje desde los primeros ensayos hasta su retirada del cartel. Al principio había que entender al director, y sobre todo al escenógrafo, lo que constituye un arte en sí mismo; luego había que ensayar los cambios de escena con el reparto y comprobar el atrezo cuando llegaba del almacén y los talleres. Para cuando llegaba el estreno solíamos sabérnoslo todo de memoria.

Sin embargo, esta obra en concreto era especial. No solo porque el cordero, cada vez más inmanejable, era un constante motivo de inquietud, sino también porque se trataba de una obra con comida. Quiero decir que se cocinaba en el escenario. Sin duda, eso puede resolverse de varias formas bastante sencillas, pero ciertos directores y escenógrafos prefieren complicarlo. Es decir, piensan que si hay que cocinar, se cocina, sin trampa ni cartón. El coñac y la cerveza pueden ser zumo de manzana, pero la comida tiene que ser auténtica. En este caso había que preparar riñón a la plancha. El olor del riñón a la plancha llena una sala de teatro en cuestión de segundos, y consideraban que eso constituía una marca de autenticidad.

Cuando se apagaban las luces para los cambios de escena, los atrecistas entrábamos corriendo, como pececillos de plata en el suelo de un cuarto de baño, para cambiar los muebles, quitar y poner la mesa, y sacar y meter diversos cachivaches, en este caso una carretilla, una puerta hecha pedazos y una gran cantidad de alcachofas, entre otras cosas. En uno de esos cambios a oscuras, pues, y sin más guía que la que nos ofrecían la memoria y unas diminutas cintas fosforescentes en el suelo del escenario, debíamos colocar unos riñones crudos en una sartén sobre un fogón como los que se suponía que había en las cocinas de las granjas estadounidenses de los años cincuenta. La

cantidad de segundos que debíamos invertir en dicha tarea era siempre exacta y rayana en lo imposible. Y, por si no bastara con eso, en *La maldición de la clase hambrienta* había otro curioso elemento —podemos llamarlo técnico— que imagino que no se ha visto ninguna otra vez en la historia del teatro sueco.

El caso es que el hijo de la familia, Wesley, interpretado por Peter Stormare, en una escena especialmente memorable, debía mostrar el desprecio que le inspiraba la aburrida vida de su hermana menor orinando sobre las ilustraciones que había hecho en una reunión de scouts.

Así pues, el taller recibió el encargo de construir un chisme para simular esa acción, y poco antes del estreno llegó una construcción genial en su sencillez, consistente en un tubo y una pera de goma. El problema era que, en esa escena tan delicada, el director situó a Stormare en el proscenio, vuelto hacia el público, lo que causaba un evidente problema de credibilidad. Y cuando se vio que el dispositivo perdía tanta agua que parecía que Wesley sufriera incontinencia, sucedió lo que yo ya me estaba temiendo. Stormare dijo:

—Bah, al diablo, mearé y listo. —Y eso es lo que hizo.

Pese a que mi sentido artístico todavía no estaba nada desarrollado, me impresionó aquel don extraordinario de ser capaz, noche tras noche y durante meses, de corresponder a las intenciones del escritor y al efectismo del director, orinando sin ninguna vergüenza en el escenario, a escasos metros de la nariz de las refinadas señoras de la primera fila. ¡Qué maestría! Solo era cuestión de tiempo que terminara en Hollywood, donde se ganó una fama inmortal interpretando al silencioso y psicópata secuestrador de *Fargo*.

Lo que no estaba tan claro era dónde iba a acabar yo, pero dado que fue justamente a mí a quien se confió la tarea de aprovechar los escasos segundos de oscuridad para, de rodillas y con un trapo, limpiar a toda prisa el suelo después de este alarde de arte interpretativo, fui viendo cada vez con más claridad que mi lugar tal vez no estuviera precisamente allí.

Es posible que exagere todo lo que ocurrió entonces, que idealice mi anhelo y mi temor y recuerde solo algunas réplicas. Es posible, lo sé; pero, en efecto, era primavera y yo estaba a la

vez perdido y enamorado. Además, algunas réplicas se me quedaron grabadas como lunares en la piel. No porque tuvieran un gran significado, no entonces, sino tal vez porque armonizaban con otro aspecto de mi vida.

Cuando Wesley se pone en ridículo en el proscenio, y su madre, Ella, se lamenta de que así solo empeora las cosas para su pobre hermana, él dice: «No empeoro nada. Solo le demuestro que hay otras posibilidades. Ahora tiene que hacer otra cosa. Esto puede cambiar toda la dirección de su vida. Cuando mire atrás, recordará el día en que su hermano se meó en sus ilustraciones y lo considerará un punto de inflexión en su vida».

Esto ocurría en el primer acto. En el tercero, confirmando las palabras de Wesley, la hermana huye exclamando: «Me marcho. ¡Me marcho! Y nunca volveré».

Precisamente esas palabras, con la misma entonación rebelde con la que eran pronunciadas bajo el foco del teatro, solía decirlas yo en voz baja cuando, por la noche, volvía al establo con mi amigo velloso. Hacia el final de la primavera ya no podía llevar en brazos a la oveja, de modo que la llevaba con una correa, como si fuera un perro de una raza desconocida incluso en el barrio de Östermalm. Las viejas se nos quedaban mirando un buen rato, pero no nos importaba, y tramábamos nuestros planes en silencio.

Al año siguiente ya vivía aquí, en la isla, con la chica que una noche asistió a una de las funciones, sentada entre el público y envuelta en un olor particular a lana, orín y riñón a la plancha, y luego dijo que la obra era divertida y conmovedora. Era 1985 y yo tenía veintiséis años. Lo de las moscas también era una mera cuestión de tiempo.

2. Entrada en la sociedad de las moscas

El teatro fue mi segundo intento de fuga de la entomología. Viajar sin un plan concreto fue el primero. Y, desde luego, soy consciente de lo pobre que puede parecer un tema al que uno solo puede aproximarse desde la perspectiva de la fuga. Pero así son las cosas. No hay vuelta de hoja.

Ninguna persona sensata se interesa por las moscas, al menos ninguna mujer. Todavía no, suelo pensar, aunque siempre acabo llegando a la conclusión de que me alegro del escaso interés. La competencia no es precisamente feroz. Y, al fin y al cabo, yo quería ser el mejor, no en orinar ante el público —para eso mis nervios eran demasiado endebles—, sino en otra cosa, en cualquier cosa, en realidad, y al final resultó evidente que mi talento estaba en el terreno de las moscas.

Es un destino con el que uno debe reconciliarse, en la medida de lo posible.

Los sírfidos, en cualquier caso, no son más que atrezo. Bueno, no solo, pero sí en cierta medida. Mi relato trata, en parte, de otra cosa. No sé de qué exactamente. Algunos días me convenzo de que intento decir algo sobre el arte e incluso la felicidad de la limitación. Y sobre la legibilidad del paisaje. Otros días son más lúgubres. Como si estuviera bajo la lluvia, en la cola del campamento nudista intelectual de la literatura confesional, rodeado de espejos. Helado de frío.

Pero como ahora vivo en una isla en mitad del mar y no soy experto en nada más que los sírfidos (o «mosca de las flores», como también se la suele llamar), partamos sencillamente de ahí. Quien así lo desee, o tenga la bondad, puede intentar encajar todo eso en el género —poco conocido desde el horizonte sueco— que con tanto amor trataron en su día el matrimonio Smith (Ken y Vera) en su maravilloso libro *A Bibliography of the Entomology of the Smaller British Offshore Islands* [«Una bibliografía de la entomología de las más pequeñas islas de alta mar británicas»]. Me temo que será difícil que eso suceda, pero la intención es lo que cuenta.

En mi biblioteca, que es lo suficientemente grande como para resistir un asedio ruso, ese libro ocupa un lugar especial. Es bastante delgado, tiene poco más de cien páginas, es de color

azul claro y quizá no me haya enseñado mucho más que el hecho de que los ingleses están locos, pero siempre me alegro cuando lo veo, lo sostengo en las manos y leo el título, como si solo él ya justificara, en cierto modo, mi vida. En el texto de la contracubierta se dice que los dos escritores se conocieron y se enamoraron cuando estudiaban en la Universidad de Keel en 1954, y que más tarde empezaron a estudiar juntos las moscas y a recopilar bibliografía sobre los insectos de las islas pequeñas. También hay fotos de la pareja, una de cada uno, y os aseguro que parecen encantadores. Ken, de pelo ralo, vestido con traje, chaleco y corbata, parece esconder una sonrisa irónica en su barba bien cuidada, y Vera, con las mejillas rosadas, parece que se acabe de despertar y que tenga la mente en otra parte. Es comprensible que él la ame.

El libro contiene solo una larga lista, nada más. Una relación de todos los libros y artículos conocidos sobre la fauna de insectos de las islas de las costas de Gran Bretaña, desde Jersey, al sur, hasta las islas Shetland, al norte. Más de mil títulos.

¿Qué es lo que intentaron capturar esas personas?

No creo que fueran solo insectos.

En resumidas cuentas, mi sentido artístico no se desarrolló demasiado, y, como siempre, el pasado acabó alcanzándome. Cuando alguien me preguntaba, respondía, con pocas palabras, que los sírfidos son animales buenos y fáciles de atrapar, y que se muestran bajo distintas apariencias. A veces no parecen moscas. Algunos parecen avispas; otros, abejas, avispas parasitoides, éstridos o mosquitos muy delgados y de patas frágiles, tan pequeños que las personas normales no reparan en ellos. Varias especies recuerdan a abejorros grandes y peludos, con su vuelo zumbador y sus granos de polen en la piel. Solo los entendidos no se dejan engañar; los expertos en este campo no somos muchos, pero vivimos muchos años.

Tanto lo uno como lo otro es fácilmente comprensible.

Sin embargo, las diferencias son grandes, más grandes que los parecidos. Por ejemplo, las avispas y los abejorros, como todos los demás himenópteros, tienen cuatro alas, mientras que las moscas solo tienen dos. Esto es elemental, pero se observa

muy pocas veces, sobre todo porque las moscas dan varios cientos de aleteos por segundo.

En la bibliografía entomológica que pronto empezó a llenar la casa de la isla se cita a un investigador finés llamado Olavi Sotavalta, cuyos amplios intereses en este mundo llegaron a comprender la medición de la frecuencia de aleteo de los insectos. Se ocupó especialmente de los ceratopogónidos, una especie de irritantes microinsectos que, tal y como se vería, alcanzaban la asombrosa frecuencia de 1.046 aleteos por segundo. Todo se podía medir exactamente gracias a la precisión de los instrumentos del laboratorio, pero igual de decisivo para el conocimiento de Sotavalta fue, al parecer, su increíble sentido musical y su oído absoluto. Sotavalta podía determinar la frecuencia de aleteo únicamente escuchando el zumbido, y lo que cimentó su celebridad fue que en un famoso experimento consiguió *trucar* a un mosquito muy pequeño para aumentar su velocidad más allá del límite de lo posible. Calentó su cuerpo diminuto unos cuantos grados por encima de su temperatura habitual y le recortó las alas con un escalpelo para minimizar la resistencia del aire, y así, la pequeña criatura alcanzó la pasmosa cifra de 2.218 aleteos por segundo. Eso fue durante la guerra.

Puedo imaginar a Olavi Sotavalta echado boca arriba dentro de su saco de dormir verde grisáceo en algún lugar del norte de Finlandia durante una clara noche de verano, tal vez en la playa del lago Inari, sonriendo para sí mientras escucha los miles de millones de sonidos del espacio, finos como láminas de mica.

Pero debería hablar del disfraz, del arte de parecerse a un abejorro. Todo el mundo entiende la razón. La rentabilidad. A los pájaros les gusta comer moscas, pero suelen evitar los himenópteros, que pueden picar, y la eterna carrera armamentística de la naturaleza ha llevado a una gran cantidad de moscas inofensivas a adoptar el aspecto de toda clase de bichos fastidiosos. No sé por qué precisamente los sírfidos han llegado a ser unos impostores tan extraordinarios, pero el caso es que es así. Tan cierto como que el sol resplandecía en un cielo azul de verano cuando, al principio de mi carrera como

experto en moscas, estaba al acecho frente a una mata de podagrarias en flor. Había insectos por todas partes. Heliconinos, cetoninos, escarabajos de la especie *Leptura quadrifasciata*, abejorros, moscas, de todo un poco. Y allí estaba yo, en pantalón corto y sombrero para el sol, armado con la feliz irreflexión del cazador recreativo y un cazamariposas plegable de mango corto de diseño checo.

Entonces, desde la derecha, sobre las ortigas, entró de repente un misil negrísimo volando a dos metros de altura. Un abejorro *Bombus lapidarius*, no me dio tiempo a pensar nada más; pero en una fracción de segundo me pareció percibir una ligereza peculiar en su vuelo. Nada más que un matiz, apenas discernible, pero la mera sospecha activó un golpe reflejo de revés con el cazamariposas.

Aquella captura me serviría como entrada en la alta sociedad de los sírfidos.

Pero, antes, una descripción más detallada de la escena. Empecemos por el principio. Y ¿qué puede ser más apropiado que relatar cómo se produce la caza? Ya conocemos la imagen tradicional del entomólogo como un bobalicón que corretea sin aliento por campos y prados en pos de mariposas que huyen veloces. Aparte de que eso no es totalmente cierto, puedo asegurar que no se corresponde en absoluto con el caso de los coleccionistas de sírfidos. Somos personas tranquilas, de natural contemplativo y una conducta sobre el terreno que, comparada con la de otros, podemos calificar de aristocrática. No es que correr atente contra nuestra dignidad, sino que es inútil, puesto que las moscas son demasiado rápidas. Por lo tanto, nos quedamos quietos, como al acecho, y casi siempre en lugares al sol, al abrigo del viento y rodeados de olorosas flores. Quien pase por ahí puede tener fácilmente la impresión de que el cazador de moscas es una especie de convaleciente sumido en alguna forma de meditación. Y algo de eso hay.

El equipamiento no es nada del otro mundo: la red en una mano y, en la otra, el aspirador, un aparato de succión formado por un corto cilindro transparente de fibra de vidrio con tapones en los extremos. Un tubo de plástico atraviesa uno de los tapones y por el otro sale una manga de un brazo de largo. Con

cuidado, se dirige el tubo hacia las moscas posadas en algún lugar mientras se tiene la manga en la boca. Y si uno logra acercarse lo suficiente sin asustar al insecto, basta con una rápida aspiración para que la mosca termine dentro del cilindro de fibra de vidrio. Un filtro de malla tupida en el extremo posterior impide que el animal termine dentro de la boca del entomólogo. Es inevitable que quien utiliza este instrumento tenga que responder a la impertinente pregunta de si está bien de la cabeza. Creedme, he oído toda clase de insinuaciones e ingeniosidades en ese sentido. Y sé, por experiencia, que lo único que puede borrar la vulgar sonrisa de tu interlocutor es enseñarle el tercer componente de tu equipamiento: el frasco de veneno.

Me lo saco del bolsillo con la despreocupación de un hombre de mundo y digo, sin faltar en absoluto a la verdad, que tengo en mi mano una cantidad de cianuro suficiente para sumir en el sueño eterno a toda la población de la isla. Entonces, las sonrisas burlonas se tornan inmediatamente en preguntas llenas de respeto sobre cómo diablos puede conseguirse aquello, cosa que yo nunca desvelo. Muchos estudiosos utilizan acetato de etilo; otros, cloroformo, pero yo prefiero el cianuro. Es más eficaz.

En la isla viven casi trescientas personas.

La gran mosca negra pataleó y se murió de golpe en medio de los vapores del veneno, y como esto ocurrió durante el primer verano de captura de moscas (hacía diez años que vivíamos en la isla), no supe inmediatamente qué especie había capturado. Sabía que era un sírfido, eso se aprende en pocos días, pero no descubrí que se trataba de una rara *Criorhina ranunculi* hasta más tarde, cuando, ese mismo día, la observé con el microscopio, rodeado de inestabables montones de libros con títulos como *British hoverflies* («Sírfidos británicos»), *Danmarks svirrefluer* («Sírfidos de Dinamarca») y *Biologie der Schwebfliegen Deutschlands* («Biología de los sírfidos de Alemania»).

A la mañana siguiente, la isla recibió por vez primera la visita del mayor experto vivo del país en sírfidos. Examinó mi trofeo con incredulidad, pero enseguida le resplandeció el rostro, me interrogó sobre el lugar del hallazgo, me felicitó y,

mientras tomábamos un café, me contó la siguiente historia.

De todas las especies de sírfidos de Suecia, la *Criorhina ranunculi* no es solo una de las mayores y más hermosas, sino que es tan rara que a principios de los noventa los expertos la dieron por extinguida en el país. En aquel momento, hacía sesenta años que no se veía ningún ejemplar. La cifra total de hallazgos en Suecia era de tres: dos en Östergötland y uno en Småland.

Mi nuevo amigo hizo una estudiada pausa y se echó un chorrito de leche en la taza de café. Los vencejos chillaban, los colimbos árticos pescaban frente al muelle y, a lo lejos, se oían las falúas en el estrecho que separa la isla del continente. Era un caluroso día de julio.

La primera vez que alguien observó la especie fue en 1874, en Gusum. Quien sostenía el mango del cazamariposas era nada menos que Peter Wahlberg, el hombre que en el ajetreado año de 1848 sustituyó a Berzelius en el puesto de secretario permanente de la Real Academia de las Ciencias. Después de una larga vida al servicio de la investigación, como botánico y profesor de *materia médica* en el Instituto Karolinska, llegó finalmente al campo de las moscas, lo cual me parece lógico y justo, teniendo en cuenta que ya en 1833 había participado en la fundación de la posteriormente disuelta Sociedad para la Difusión de Conocimientos Útiles. Fue, probablemente, un hombre feliz. Así lo hace suponer su retrato en la enciclopedia. Su hermano menor, en cambio, parece más bien enfadado, como si padeciera dolor de muelas o problemas económicos. Se llamaba Johan Wahlberg y era más aventurero; pasó a la posteridad como explorador en África, aficionado a la caza mayor y coleccionista obsesivo de historia natural. Murió prematuramente en una pelea con un elefante.

La siguiente vez que la *Criorhina ranunculi* se dejó ver fue en Korsberga, en la meseta de Småland. Ocurrió en 1928 y el entomólogo era Daniel Gaunitz; y cuatro años después, en Borensberg, capturó otro ejemplar su hermano Sven, quien más tarde escribiría una serie de instructivos artículos del tipo «La carcoma en Mariefred» y «Coprofílicos de Åtvidaberg». Había un tercer hermano, llamado Carl Bertil. Eran de Sorsele. Los tres

escribieron libros, principalmente sobre insectos.

Después de Borensberg, la *Criorhina ranunculi* desapareció durante una generación, hasta que el hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa de la terraza encontró un par de ejemplares en las afueras occidentales de Estocolmo. La mía era, en todo caso, la quinta vez que se encontraba en Suecia. Fue mi primer triunfo. Posteriormente, tanto yo como otros han visto la especie muchas veces, ya sea porque se ha vuelto más común o, probablemente, porque sabemos más acerca de las flores que visita, dónde y cuándo lo hace, y qué tipo de árboles caducifolios carcomidos son fundamentales para la supervivencia de sus larvas. Y hemos aprendido a distinguirla del abejorro *Bombus lapidarius*.

La verdadera dificultad resultó ser la de transmitir mi felicidad a los no iniciados.

En el relato «El hombre que amaba las islas», D.H. Lawrence escribe:

> Los años se fusionaban en una suave bruma, en la que nada tenía prominencia. Llegó la primavera. Jamás hubo una prímula en su isla, pero descubrió un acónito de invierno. Había dos pequeños arbustos de endrino rociados por el mar, y algunas flores resistentes al viento. Empezó a hacer una lista de las flores de su islote, una tarea absorbente. Reparó en un grosellero negro silvestre y observó las flores de saúco en un arbolillo achaparrado, y después los primeros brotes amarillos de la retama y las rosas silvestres. Verdezuela, orquídeas, álsine, celidonia…, estaba más orgulloso de ellas que si hubieran sido personas que vivieran en su isla. Cuando encontró la saxífraga dorada, tan discreta en un húmedo rincón, se acuclilló ante ella extasiado, y no supo durante cuánto tiempo había estado mirándola. Sin embargo, no había nada que ver, como le pareció a la hija de la viuda cuando él se la mostró.

3. Una trampa en Rangún

Hace muchos años, antes de la isla y del teatro, remonté el imponente río Congo en una barca de pasajeros. ¡Oh, qué aventura! Seguro que a la vuelta tendría muchas cosas que contar. ¡Sobre la libertad! Pero no fue así. Nunca pude decir demasiado, aparte de que los bosques eran inmensos, y el río, ancho como el estrecho de Kalmar. Y que había estado allí. Es lo que ocurre cuando se viaja para tener algo que contar. Uno se vuelve miope. En cambio, podría haber hablado días enteros sobre lo mucho que eché de menos mi casa. Así que no dije nada.

En el Ladängsån, nuestro riachuelo, la cosa es muy distinta, pensé en voz alta una mañana, en plena floración del cerezo aliso. Y luego sucedió algo muy curioso.

Estaba junto a la orilla, montando mi gran trampa californiana para moscas entre un par de arbustos de sauce repletos de flores, lo que supone una maniobra complicada, cuando apareció como de la nada un perfecto desconocido. Simplemente salió del frondoso verdor de junio y me dirigió la palabra en inglés, disculpándose educadamente. El mosquitero silbador desgranaba sus trinos argentinos en el tembloroso dosel de los álamos y un lucio daba coletazos en las aguas poco profundas del riachuelo. En la sombra, los mosquitos eran muy pesados. Acto seguido, dijo que era a mí a quien buscaba.

—*I'm looking for you*. —Fueron sus palabras exactas.

Intenté no extrañarme, como si fuera lo más normal del mundo que los desconocidos me buscaran allí. Pero no lo logré. En lugar de eso, me quedé ahí como un tonto entre las matas de cárex, pasmado y atónito.

De hecho, aquel hombre era, y es todavía, la única persona que he visto a orillas del Ladängsån. Si andas buscando paz, ese es el lugar ideal. Los habitantes de la isla nunca van hasta allí, y los veraneantes ni siquiera saben de su existencia. Los caminos que antiguamente llevaban hasta el lugar han desaparecido. El nombre del río ni siquiera figura en el mapa. Por lo demás, tampoco tiene mucho de río: no es más que una acequia cubierta de maleza, encenagada, cuando no completamente seca. Los pajares de madera que al parecer había en el lugar se

esfumaron hace tiempo, al igual que los prados, que de forma lenta pero segura van siendo invadidos por los abetos, los álamos, los abedules y los alisos. No obstante, es un paraje muy bonito, rico y espacioso como una catedral, y allí el botón de oro florece en primavera. A la orilla del arroyo se dan cita los corzos, a veces los alces, pero nunca los seres humanos. Salvo aquel día.

En la Edad Media, el Ladängsån era el canal que conducía al pueblo de la bahía, que más tarde la elevación de la tierra convirtió en un lago de agua dulce. El pueblo todavía existe. Es donde vivimos nosotros. Nadie sabe lo antiguo que es, pero es probable que en tiempos de los vikingos ya hubiera gente viviendo allí. Las largas partes interiores de la bahía, cuyas aguas, ahora marrones de humus, son muy profundas, debieron de ser un puerto ideal; un escondite donde los navegantes con malas intenciones no serían muy proclives a internarse. La montaña desciende abruptamente hasta el lago. Y era fácil defender el pueblo de los atacantes que venían del este, por el mar abierto.

¿Qué barcos echaban anclas frente a mi ventana? ¿Quién remontaba a remo el río por donde ahora apenas un lucio puede abrirse camino?

—*I'm looking for you*.

¿Quién le había dicho que yo estaría allí? Qué raro. ¿Por qué no había llamado antes, como hacen otros, o al menos mandado una carta o un correo electrónico para decirme que quería reunirse conmigo? Un aficionado a las moscas, seguro. Los rumores circulan rápido en nuestro sector. Todavía no se ha encontrado ningún ejemplar de *Criorhina ranunculi* en Inglaterra, y la *Blera fallax* es una rareza, un animal legendario con el que los coleccionistas ingleses sueñan por las noches. Aquí no es rara. No faltaban motivos. Quizá, se me ocurrió, mis siete ejemplares de *Doros profuges* fueran la explicación de que ahora estuviera frente a un perfecto inglés vestido con un impermeable propio de un intendente del ejército. Era un hombre de mediana edad, ligeramente calvo, e iba con la cabeza estúpidamente descubierta. Movía los brazos como un semáforo de banderas.

Ya he dicho que los mosquitos eran un incordio.

Pero en tal caso, pensé, ha venido muy pronto. La *Doros* no vuela hasta la primera semana de julio. Con suerte, claro. A veces, ni siquiera entonces.

El inglés inició luego una conversación que disiparía mis dudas, pero antes de eso, todo se volvió aún más extraño. Subió a la duna donde me encontraba con un libro en la mano que enseguida vi que era un ejemplar muy manoseado de *Stockholmstraktens växter* («Las plantas de la región de Estocolmo»), el inventario de la flora de Estocolmo publicado en 1912. Como si fuera una continuación completamente natural de su enigmática primera frase, se me acercó con el libro abierto por la página donde se dice que el tejo crece en la isla. «En varios lugares.» Fue entonces cuando comprendí que no era a mí a quien buscaba. Avergonzado por mi presunción, recordé que «tejo» en inglés es *yew*, una palabra que, para un oído poco acostumbrado, suena más o menos como *you*.

—*I'm looking for yew*.

A lo largo de los años he encontrado a unos cuantos botánicos extravagantes. Casi siempre andan buscando orquídeas por aquí. El zapatito de dama, el sello de nuestra Señora, la heleborina de las ciénagas. Y se pierden. Sobre todo si buscan la *Malaxis monophyllos*, por no hablar de la *Herminium monorchis*, que nadie ha visto en la isla desde 1910, cuando Sten Selander encontró un ejemplar.* Yo solía responder a sus preguntas de forma evasiva, para proteger a las orquídeas de la extinción. Sin embargo, esto era algo nuevo. De modo que, después de decirle dónde estaban los tejos, me atreví a preguntarle a qué se debía que su interés hubiera tomado una dirección tan inesperada aquella deliciosa mañana de principios de verano.

—*Why yew?*

—*Well, you see* —empezó a decir, y me explicó sin rodeos que era un autónomo que, por encargo de una empresa farmacéutica francesa, estaba recorriendo varios lugares del norte de Europa para investigar sobre el terreno las posibilidades de extraer taxol, una sustancia de la corteza interior del tejo que ha demostrado ser un remedio

sorprendentemente eficaz contra varias formas de cáncer. Yo conocía el taxol bastante bien por un libro que había traducido, y por lo tanto sabía lo suficiente como para entablar una conversación apañada sobre el tema. Además, pude decirle con gran conocimiento de causa que en la isla los tejos eran demasiado escasos y pequeños para sus intereses. Allí no había las grandes poblaciones que él andaba buscando. Quizá mereciera la pena intentarlo en el Báltico, sugerí, aunque no era más que una conjetura sin fundamento alguno. El hombre me escuchó atentamente mientras movía los brazos sin parar. Sí, iba en esa dirección, vía Gotland, si lo entendí correctamente. Después hablamos un rato sobre el tráfico de ferris y el tiempo, y luego me dio las gracias por la ayuda y se fue hacia el sureste, hacia las rocas calcáreas que afloran junto a la desembocadura del río. Un hombre muy peculiar. Y lo último que dijo fue igual de curioso que su primera frase.

—*By the way, it's a large one, your Malaise trap*.

Se pueden decir muchas cosas sobre los ingleses, pero su nivel cultural suele ser alto. Durante nuestra breve conversación, no habíamos tocado el asunto de qué estaba haciendo yo en el sotobosque de la orilla del río. No habíamos dicho ni una palabra sobre insectos. Por supuesto, había visto mi cazamariposas, pero, a diferencia de todos mis compatriotas, había considerado perfectamente natural que un *gentleman* fuera equipado con él en sus excursiones por el bosque y el campo. No había sentido la necesidad de formular ninguna pregunta. Me resultó la mar de simpático. El comentario sobre la trampa era simplemente una confirmación. No preguntó qué era, ni siquiera si era una trampa Malaise. Solo dijo que era grande, como un guiño.

Fue lo último que dijo. Como decía, me quedé boquiabierto, allí plantado entre los cárex.

El caso es que aquel hombre tenía razón. Mi trampa para moscas es americana y, por lo tanto, es tan desproporcionadamente grande que mis amigos del continente creían que me había comprado una carpa para una fiesta. El modelo se llama Mega Malaise Trap, mide seis metros de largo y tres de alto, y tiene doble cámara de captura. Un verdadero

monstruo. No hay una trampa más eficaz.

Durante mucho tiempo no quise oír hablar de ellas. Durante los primeros años era hostil a toda clase de trampas. Tenían algo antideportivo, casi avaricioso, y además me parecía que quien recurre a la captura con trampas se pierde la dimensión más poética de la captura de moscas: la espera, el reposo y la lentitud.

—No soy un industrial —era mi respuesta cuando me preguntaban si no pensaba comprarme una trampa Malaise. Ni siquiera quería utilizar los cuencos amarillos, es decir, esos cuencos poco profundos y llenos de agua donde las moscas se ahogan porque son tan estúpidas que creen que todo lo que sea amarillo es una flor. Todavía hoy tengo reparos con esa trampa tan sencilla que no requiere ningún talento, sino simplemente paciencia para separar los himenópteros, coleópteros, mariposas y todas las demás criaturas que hacen compañía a las moscas en la repugnante papilla de visitantes de flores burlados que se forma rápidamente.

Pero el caso es que la trampa Malaise empezó a seducir mi imaginación. Dondequiera que alguien montaba una de esas trampas, aunque solo fuera en el musgo de turbera de un pantano de la infinita región interior de Norrland, aparecían sírfidos raros. ¿Qué no podría aparecer aquí? Con esa trampa podría capturar especies cuya existencia en la isla me era completamente desconocida, estaba seguro, y como cada vez era más difícil hacer nuevas capturas sensacionales, mi resistencia se ablandó. Cuando uno lleva dos semanas seguidas como una estatua junto al mismo matorral de espirea en medio de un calor asfixiante y sin el menor atisbo de un sírfido desconocido, se le empiezan a ocurrir cosas. Por ejemplo, qué animales no está capturando por el hecho de que no se encuentran en ese lugar en ese preciso momento, o porque pasan volando como meteoritos inalcanzables. Y entonces uno acaba pensando que una trampa Malaise sería en todo caso un experimento interesante.

Llegado a este punto, uno está perdido. Traté de convencerme a mí mismo de que una trampa Malaise en el jardín no sería nada más que un homenaje póstumo a uno de los

héroes verdaderamente grandes.

Claro, eso es lo que era: ¡un homenaje! Dicho y hecho.

René Malaise nació en 1892 y vivió hasta 1978. Era sueco, algo que no muchos saben. Para los entomólogos de todo el mundo, Malaise es una especie de concepto flotante que, al igual que Linneo, se encuentra por encima de cualquier estereotipo nacional. Son incontables los insectos que en su honor llevan el nombre de especie *malaisei*, y, según se dice, su monografía sobre la taxonomía de los tentredínidos del sudeste asiático todavía no ha sido superada. No obstante, quiso el destino que la verdadera fama no le llegara gracias a la investigación y los libros, ni siquiera merced a sus aventuras, sino por un invento revolucionario en el sentido literal de la palabra y que, como todas las innovaciones geniales, *a posteriori* era tan sencillo como obvio.

Durante uno de sus largos viajes por países lejanos observó que muchos insectos entraban en su tienda y luego no lograban salir, al menos por la entrada del habitáculo.

En una ocasión ocurrió que se había hecho un pequeño agujero en una de las esquinas del techo de la tienda, y todos los insectos voladores recuperaban la libertad por aquel orificio sin ningún problema. Así fue como René Malaise encontró la inspiración para su trampa. Él mismo cuenta la historia en un artículo que se publicó en 1937 en la revista *Entomologisk Tidskrift*, muy oportunamente en inglés y con el clásico comienzo: “Desde tiempos de Linneo, la técnica para capturar insectos no ha mejorado mucho…”. La falsa modestia no era, por lo visto, un rasgo característico de Malaise.

Con el tiempo, las reflexiones sobre el terreno cristalizaron en la idea de un artefacto transparente, hecho con una red de malla tupida, no muy distinto a una antigua tienda para dos personas con los lados abiertos. La cresta del techo se inclinaba suavemente y en su esquina superior había un agujero que llevaba a una cámara de gas de construcción tan ingeniosa como traidora. El prototipo se fabricó en Estocolmo justo antes de que Malaise y su segunda mujer (o quizá la tercera) se fueran a las montañas y valles del norte de Birmania para capturar himenópteros. Era 1934 y las cinco primeras trampas se

cosieron en una sastrería de Rangún bajo la supervisión del propio inventor. Luego viajaron al norte. El ferrocarril terminaba en Myitkyina. Desde allí se dirigieron a la frontera china con dieciséis mulas.

Todavía hoy los investigadores se inclinan sobre el microscopio para clasificar los hallazgos de Malaise: tan eficaces eran sus trampas. En unos cuantos meses capturaron más de cien mil insectos, casi todos de especies completamente desconocidas. Tres cuartas partes de los tentredínidos, el grupo que estudiaba el propio Malaise, eran nuevos para la ciencia.

No sé lo que es nuevo aquí en la isla, y no me importa. Seguramente aquí haya cientos de especies desconocidas —himenópteros parásitos, micetofílidos y otros—, y probablemente muchas ya hayan quedado atrapadas en mi red, pero yo me dedico solamente a los sírfidos. Es cierto que me reservo para el futuro algunos otros grupos —crisídidos, bombílidos, abejas salvajes y moscas soldado—, pero me volvería loco si intentara abarcarlo todo. Para las personas como yo, los límites son una necesidad vital. De hecho, yo también me subí una vez al tren en Rangún, pero sobre eso no hay nada que contar. Me bajé en Mandalay y me alojé una semana en un hotel. Recuerdo un café. Eso es todo.

En cualquier caso, en cuanto caí en la tentación, todo ocurrió muy deprisa.

Actualmente hay muchos modelos de trampas Malaise, algunos de ellos muy prácticos, pero como mi decisión era una derrota disfrazada de homenaje, encargué el más grande. Mega Malaise. De Estados Unidos. Estoy convencido de que entonces alguien sonrió desde el cielo. Yo también estaba contento y satisfecho hasta que me llamaron desde la aduana y me preguntaron qué era lo que había comprado a aquella empresa tan misteriosa de California. Habían desempaquetado el artefacto y luego se habían sumido en cavilaciones. ¿Qué diablos era aquello?

—Una trampa para moscas —dije, como un bobo.

Primero se hizo el silencio al otro lado de la línea, y luego me hicieron un montón de preguntas sobre para qué pensaba utilizarla.

—Captura privada de moscas —tuve a bien decir, pero entonces al parecer ya había suscitado las sospechas del burócrata, de modo que fracasé en mi intento de convencerlo de que el mastodonte debía entrar en la categoría de equipo de investigación científica. El resultado fue que gravaron la trampa con una tasa arancelaria espantosamente alta. Quizá debería haber dicho que era una carpa para una fiesta. Habría sido mentira, claro, pero solo en parte. Ya la primera noche hubo una fiesta cuando vacié los botes y encontré tres especies de sírfidos nuevas en la isla, entre ellas el hasta el día de hoy único ejemplar de *Chrysotoxum fasciatum*.

Me limité a tender la trampa entre una esquina de la casa y la leñera, y así empezó todo. A veces la llevo hasta el riachuelo u otros lugares especialmente fecundos, pero por lo general la tengo en el jardín. Todas las noches meto en los botes dos bolas de papel empapadas de cloroformo, el mismo veneno que utilizan los ladrones de trenes del sur de Europa para dormir a todo un coche cama. Luego clasifico la caza y mando al amigo Malaise un pensamiento de gratitud y admiración.

¿Cómo pudo hacerlo?

¿Cómo consiguió no caer en la locura?

A veces pienso que es solo una cuestión de confianza. Que estaba seguro de que ese era su destino. De esa confianza sacó su fuerza. Sus escritos, escasos y olvidados, pueden interpretarse en ese sentido.

> Un día estaba observando insectos un poco apartado del camino cuando vi que se acercaban tres hombres con grandes cestos en la espalda. Uno de ellos llevaba una escopeta en la mano, una visión bastante insólita, dado que los nativos de Birmania tienen prohibido llevar armas de fuego. Yo había visto a los hombres cuando aparecieron tras una vuelta del camino, pero cuando el hombre de la escopeta me vio, me apuntó enseguida con el arma. Entonces yo ya había comprendido que debía de tratarse de contrabandistas de opio. Si hubiera hecho algún movimiento imprudente, aquel hombre habría disparado sin duda. Sin embargo, confiaba en que hubieran oído hablar de nosotros y nuestra caza de insectos, de modo que

les di la espalda y dirigí el cazamariposas hacia un insecto imaginario. Reconozco que los segundos que siguieron fueron tensos, pero cuando me volví otra vez, los tres hombres habían desaparecido. A veces decidía llegar hasta el fondo de la cuestión de los viajes. ¿Por qué era yo un trotamundos tan pésimo? ¿Por qué siempre echaba de menos mi casa? Pero esto casi siempre solía dejarme en medio de un enjambre de pensamientos breves, casi puntiformes, incoloros y sin ningún vínculo aparente. Como si algún poder superior hubiera vaciado su perforadora de papel en mi conciencia.

4. El hombre que amaba las islas

Hacia el final de su breve vida, D.H. Lawrence escribió el relato «El hombre que amaba las islas». Yo no lo había leído, solo conocía el título, pero aun así estaba convencido de que me ayudaría a responder a la pregunta que me hacían constantemente. ¿Por qué una isla? Durante mucho tiempo busqué en las librerías de viejo de la ciudad este libro tan difícil de encontrar, pero sin darme demasiada prisa. El mero hecho de saber que Lawrence había meditado a fondo sobre ese enigma me tranquilizaba. Había una respuesta. Además, yo tenía mis propias teorías. Era inevitable.

Porque, aunque esta isla sea como un paraíso de quince kilómetros cuadrados, es tan pequeña y está tan apartada que todos los que eligen vivir aquí, sin tener aquí sus raíces, tendrán que explicar su elección como si hubieran entrado en una extraña secta. Siempre se les hace la misma pregunta. ¿Por qué esta isla? Y, como siempre, el amor era una buena respuesta; eso lo sabían las mujeres que habían venido de muy lejos para formar parte de antiguas familias de la isla casándose con chicos del lugar ataviados con gorras grasientas y escopetas de perdigones, unas mujeres que ahora gobiernan los asuntos prácticos y políticos de la isla.

Al parecer, sucede lo mismo en todo el mundo, en todos los mares; en las islas se impone un claro matriarcado que no suele encontrarse en el continente. Lo que más les gusta a los hombres, dijo en cierta ocasión la expresidenta de Islandia Vigdis Finnbogadóttir, es huir a su propio paisaje, que es el mar. Nunca están en casa. Y así era, y así sigue siendo en lugares donde la pesca y el pilotaje de las embarcaciones se continúan practicando como antaño. Pero ¿aquí? No. Aquí es otra cosa.

Siempre fue otra cosa. Casualidades sin duda las hubo, y podría valer como respuesta, igual que la añoranza de la cruda belleza y el silencio cambiante del paisaje marino. Se podría decir todo eso, y en mayo, cuando el arce florecía y el camachuelo carminoso cantaba en el bosque junto al mar, las respuestas, e incluso las preguntas, estaban de más. La naturaleza era lo suficientemente rica y hermosa. ¿Por qué no venir a vivir aquí? La transformación se produjo después, al

cabo de varios años. Fue entonces cuando me pareció ver que la isla ejercía una singular fuerza de atracción sobre hombres con necesidad de una clase de control y seguridad que en el continente puede buscarse en el poder sobre los demás, pero que aquí se halla entretejida con la propia limitación insular del paisaje, puesto que no hay nada tan restringido y concreto como una isla. Antes, en el tiempo de los marinos, el paisaje estaba abierto a los cuatro puntos cardinales. Ahora la libertad es de otra clase para quienes acaban llegando aquí. Para nosotros. Para mí.

Vaya donde vaya, tarde o temprano acabo llegando al mar. Es una observación banal, pero ahí se encuentra, en mi opinión, una seguridad que para algunos isleños es mayor que la sensación de estar encerrado en una trampa. Quizá no sea más extraño que el hecho de que se duerme mejor con la puerta cerrada. Eso se me ocurrió una mañana de verano, cuando finalmente decidimos cazar el tejón, antes de que el animal hiciera caer la casa.

En los inviernos solía vivir debajo de la casa, muy cerca del suelo, y cuando los niños eran pequeños todos creíamos que aquel arreglo era emocionante y simpático. Había tan poco espacio que a veces se podía oír cómo el áspero cepillo del lomo arañaba los tablones del suelo cuando el animal se movía en su sueño invernal. Hasta que no abandonamos la antigua casa y construimos el chalé junto al lago no descubrimos que la base de la chimenea estaba tan minada por todos los conductos de la tejonera que estaba a punto de hundirse. La hospitalidad tenía un límite. De modo que la siguiente vez que la bestia de morro en forma de cucurucho se instaló debajo de la casa recurrimos a los servicios de uno de esos hombres impenetrables que se encuentran en todas las islas y que siempre tienen a punto una salchicha rancia para tender sus trampas galvanizadas para tejones. Colocó la jaula en una esquina de la casa. Al día siguiente, al amanecer, el tejón ya estaba atrapado. Durmiendo hecho un ovillo, ocupaba media trampa.

En este punto debe decirse que los isleños en modo alguno son personas excepcionalmente extrañas; como tampoco lo son los veraneantes. No lo son en comparación con los nuevos colonos,

los entusiastas que se mudan al campo, o por lo menos lo intentan. Muchos andan simplemente por aquí con algún proyecto absurdo que creen merecedor de una subvención por el mero hecho de que la isla está tan poco poblada que ningún proyecto es lo bastante estúpido como para no recibir una ayuda.

A veces me llaman para que les ayude a valorar sus posibilidades. Al fin y al cabo, soy biólogo. A menudo dicen que el proyecto tiene alguna clase de perfil ecológico. Eso constituye una cualidad infalible para conseguir subvenciones, y entonces consideran que conviene hablar conmigo. Cuando nos mudamos aquí, dije la verdad, es decir, que soy escritor, pero todas las mujeres de la isla sentían tanta lástima por mi mujer que empecé a decir que soy biólogo. Y así empezó todo. Cuando uno es biólogo en una isla famosa por su naturaleza, tiene que contar con las llamadas de los chiflados. Parecen dar por supuesto que uno es como ellos.

Uno me llamó para, como él dijo, sondear el terreno antes de acometer un proyecto industrial a pequeña escala que seguramente sería el sueño de algún fondo de ayudas a proyectos con el perfil ecológico adecuado. Me contó que estaba en su casa viendo en la televisión la inauguración de un gran acontecimiento deportivo, quizá fueran los Juegos Olímpicos, no lo recuerdo exactamente. En cualquier caso, era un estadio enorme, con orquestas de instrumentos de viento, desfiles de delegaciones nacionales, discursos y acróbatas. Entre los flashes de las cámaras había caído una gran cantidad de confeti de papel de aluminio de colores, como una nevisca de abril, y fue entonces cuando aquel hombre se transformó en un emprendedor, sin levantar el culo del sofá.

Su idea era muy sencilla y, según él, brillante. Criaría mariposas limoneras. En unos invernaderos gigantescos criaría grandes cantidades de larvas de mariposas limoneras y luego manipularía las crisálidas en una planta de refrigeración para lograr que todos los ejemplares adultos salieran en el mismo momento.

Así pues, lo que resulta muy difícil de hacer con solo tres vanesas de los cardos, él pretendía hacerlo con diez mil

mariposas limoneras, y así acabaría con el sector del confeti. Ese era su plan. Había visto en la televisión que a veces se soltaban cientos de palomas blancas cuando se inauguraban cosas. Las mariposas serían mucho más bonitas. «Sería perfecto.»

Le dije lo que hacía al caso: que me parecía que la idea era tal vez un pelín optimista, pero que pagaría mucho dinero por ver el resultado en directo, sobre todo si ese día caían chuzos de punta. Miles de mariposas revoloteando sobre el césped, presas del pánico, en busca de algún escondrijo donde guarecerse. Haría historia en el mundo del deporte, le dije. No volvió a llamarme nunca más. Tampoco lo hizo el genio que llamó para saber mi opinión sobre las posibilidades de arrendar un poco de tierra en la isla, lo que no es difícil. Se proponía establecer una plantación de rábanos picantes sin utilizar productos químicos, y eso tampoco parecía completamente irrealizable, admití. Sin embargo, venderlo luego para producir gas lacrimógeno ecológico para los antidisturbios…, en fin, ¿qué decir a eso?

El hombre que amaba las islas es, naturalmente, el propio Lawrence, y el relato es una alegoría sobre su incesante vagabundeo entre culturas y filosofías de vida. Cuando por fin encontré el libro, al principio me llevé una decepción. ¿Eso era todo? Un misántropo compra una isla con el fin de amoldarla a sus ideas, como su propio mundo, pero la granja no da beneficios y sus sirvientes lo engañan. De modo que vende la isla y se traslada a otra más pequeña, con menos sirvientes y todavía menos ilusiones; azotado por el viento, no siente nada, ninguna felicidad, ningún deseo, pero tiene un hijo con la hija del ama de llaves, y entonces todos los deseos que albergaba en su interior mueren de una forma tan grotescamente definitiva que tiene que volver a huir, a una tercera isla, una simple roca en medio del mar rugiente, donde pierde la razón entre ovejas que balan estúpidamente y acaba muriendo de frío en su sencillo cobertizo. Uno de los últimos motivos de alegría del hombre es que un día la gata desaparece y no vuelve a aparecer nunca más.

> Su única satisfacción seguía siendo la de estar solo, absolutamente solo, empapándose de espacio. Únicamente el mar gris y el asidero de su isla bañada por el mar.

> Ningún otro contacto. Nada humano que pusiera su horror en contacto con él. Solo espacio, ¡húmedo y crepuscular espacio bañado por el mar! Aquel era el pan de su alma.

Decepcionado, guardé el libro en la estantería y pensé que el relato no trataba ni de las islas ni del amor.

Un par de años después lo leí otra vez, y otra, muchas veces en distintas épocas, especialmente cuando la vida en la isla se entumecía bajo la presión de una oscuridad interior y una tragedia de una clase que los recién llegados no son capaces de ver. Mi primera impresión del texto ya no se sostenía. Lawrence había visto algo que yo, ciertos días, estaba dispuesto a suscribir:

> Del mismo aire llegaba una malevolencia pétrea, pesada. Hasta la misma isla parecía maléfica. Sería dañina durante semanas seguidas. Pero, de improviso, una mañana apareció serena, encantadora como un amanecer en el Paraíso, y todo era hermoso y fluido. Y todo el mundo empezó a sentir un gran alivio y abrigar esperanzas de felicidad.

En el relato, los padres dicen que vivir en la isla no les parece bien, por los niños. A los que no tienen hijos les parece que no está bien, por ellos mismos. Y sí, es así, exactamente así.

Con las moscas todo cobró sentido. En el estudio de cualquier cosa, por más insignificante y aparentemente absurda que sea, reside una euforia serena, aunque efímera y huidiza, que Lawrence consigue plasmar cuando hace que su *alter ego* en las islas se recupere llevando a cabo una recolección botánica más o menos primitiva. En la primera isla busca refugio en su bien surtida biblioteca, sumiéndose en un trabajo infinito con un libro que supuestamente trata de todas las flores que mencionan los autores griegos y latinos. Luego, en la segunda isla, más pequeña, llena su prisión con el esfuerzo, a ratos placentero, de crear un catálogo de todas las especies vegetales de la isla.

Una vez en la tercera isla, pierde todo interés por la botánica. «Estaba contento. No quería tener árboles ni arbustos. Se erguían como la gente, demasiado agresivos. Su isla desnuda y de poco relieve en el mar azul pálido, eso era todo lo que

quería.»

«Botonología», así es como se llama la ciencia de lo inútil, de forma irreverente pero certera. El hombre que amaba las islas es, en esencia, como coleccionista, el típico botonólogo. Crea catálogos. La idea es que deben llegar a ser completos. Tienen que contenerlo todo. En eso, el botonólogo se distingue del cartógrafo, al que también se parece y con el que se puede confundir fácilmente. No obstante, quien hace mapas nunca puede incluirlo todo en su imagen de la realidad, que no pasa de ser una simplificación, con independencia de la escala que escoja. Los dos intentan capturar algo, y preservarlo. Aun así, son muy distintos.

Lo que me preocupa es que el botonólogo, a veces, como en el relato de Lawrence, no parece ser más que un antiguo cartógrafo a medio camino de la locura. Una mera fase transitoria.

Si dejas a un niño en un pequeño islote, empezará a correr alrededor del terreno. Nunca falla. Saltará de piedra en piedra por la orilla del mar, como un animal feliz, una prueba viviente de que la palabra *revir* («territorio») procede de la misma raíz lingüística que *riviera* («ribera»). Mide su territorio. Recorre la línea de la costa en toda su longitud, como un cartógrafo. Busca maderas flotantes y restos de naufragios. Solo después explora el interior de su isla con la bendita visión de túnel del botonólogo.

Las arroyuellas se mecen suavemente con la brisa marina. El olor pesado de las algas. ¡Charranes árticos!

En nuestra Tierra hay millones de especies de insectos. De todas ellas, cientos de miles pertenecen al orden multiforme de las moscas, los dípteros. La mosca doméstica, los empídidos, los asílidos, los sírfidos, los conópidos, la mosca soldado, los acrocéridos, los *Ulidiidae*, la mosca de la fruta, los sarcofágidos o moscardas de la carne, los califóridos, la mosca picadora, los fóridos, la efídrida o mosca de las riberas, los hipobóscidos, la mosca del estiércol, los *Coenomyiidae*; en fin, ¿qué mosca no existe? Solo en Suecia hay, según el último recuento, 4.424 especies de moscas. Y constantemente se descubren especies nuevas.[1]

De todas esas familias de moscas, muy distintas entre sí,

solo me interesan los sírfidos. Pero son también demasiados y solo pueden abarcarse en el curso de la vida de una persona. En total, los investigadores conocen algo más de cinco mil sírfidos en todo el mundo, y sin duda todavía quedan miles de especies por descubrir, especies anónimas que se encuentran Dios sabe dónde. Las 368 especies de la familia de los sírfidos que hasta ahora se conocen en Suecia son, sin duda, una cantidad más manejable. Sin embargo, nuestro país es muy grande y está lleno de vegetación, y los días están tan llenos de impresiones e información estimulante que en todo momento me veo obligado a limitarme para no perder de vista lo que ando buscando.

Por eso solo capturo moscas en la isla. Nunca en el continente.

Hasta ahora he conseguido capturar doscientas dos especies. Doscientas dos.

Un triunfo, creedme. Solo lo supera la dificultad de explicar mi afición.

Ni siquiera en Öland o Gotland, esas islas enormes en comparación, donde generaciones de entomólogos han capturado moscas sin escatimar esfuerzos desde los días de Linneo…, ni siquiera allí, en el curso de un cuarto de milenio, se ha logrado encontrar tantas especies como yo he encontrado aquí en siete años. La cifra dice algo sobre la isla, y quizá también sobre el alcance de la trampa botonológica, pero, especialmente, sobre las posibilidades de la vida sedentaria. En los días de mi vejez a lo mejor únicamente llevaré a cabo mis estudios de moscas en el jardín, sentado al sol junto a la *Spirea* y el arbusto de las mariposas, como un califa en su edén, con el tubo del aspirador en la boca, como si fuera una pipa de opio.

No me malinterpretéis. Hablamos de caza recreativa, nada más. Podría sin duda nombrar una serie de razones muy buenas y completamente sensatas por las cuales se *debe* coleccionar moscas. Razones científicas y de política ambiental. Tal vez lo haga, más adelante, pero sería una hipocresía empezar por hablar de algo que no sea la pura diversión. Además, no soy un misionero. Los coleccionistas no suelen serlo. Es más bien la soledad la que nos lleva a buscar motivos que los otros puedan entender. Si digo que colecciono sírfidos principalmente para

cartografiar los cambios en la fauna local, cualquiera podrá entenderme, e incluso apreciar lo que hago. Pero es mentira. Porque la pura alegría es demasiado compleja. Quien no haya caído personalmente en la trampa no sabe nada; a este respecto, estoy de acuerdo con Thomas de Quincey, que, en *Confesiones de un inglés comedor de opio*, rechaza a todos los que creen saber algo del efecto de la intoxicación en un alma desasosegada:

> Porque de lo que han escrito hasta la fecha sobre el opio, tanto quienes han viajado a Turquía (que pueden reclamar el privilegio de mentir como un derecho inmemorial) como los profesores de medicina, que escriben *ex cathedra*, solo tengo que decir con énfasis una palabra de crítica: ¡mentiras!, ¡mentiras!, ¡mentiras!

De Quincey cayó víctima del opio, y su postración fue tan grande que, en una fase especialmente crítica, todo su interés se redujo a los estudios de economía, una materia que le parecía «las heces y la escoria del intelecto humano». Desde luego, él también se podría haber limitado a describir el reverso de todas las cosas, la desgracia, porque él era el mayor experto en la materia, del mismo modo que los entomólogos podemos pasarnos el día entero hablando de los tristes efectos que la devastación y la destrucción del medio ambiente tienen para la vida de los bichos más pequeños.

Sin embargo, la felicidad de la embriaguez rezuma todo el tiempo entre líneas.

Pero dejemos este episodio y volvamos al año de felicidad que viví entre la desgracia. He dicho ya que, en un asunto tan importante para todos nosotros como es la felicidad, deberíamos escuchar con placer los experimentos o experiencias de cualquier hombre, aunque solo fuera a un joven labrador del que no imaginamos que haya arado muy profundamente en un suelo tan adusto como el de los placeres y dolores del hombre ni que haya guiado sus investigaciones con principios muy ilustrados. Por más que quisiera, no podría decir que yo haya arado muy profundamente en el suelo de la felicidad, y apenas nada en el de la desgracia, pero con el tiempo acabé convencido de que René Malaise lo había hecho.

En un día bueno la trampa podía darme más de mil

animales.

Y eso fue solo el principio.

5. El archipiélago de la botonología

Fue August Strindberg quien acuñó el término «botonología». Estaba muy cabreado y necesitaba una palabra insultante. Como las viejas palabras no le servían, inventó una nueva. Tiene su gracia que la utilizara en el relato «La isla de los bienaventurados». Lo escribió en Suiza en 1884 y, como de costumbre, el asunto era, en buena medida, la venganza por injusticias de todo tipo.

> Pero como los ociosos tenían dificultades para hacer nada se inventaron toda clase de trabajos complicados, más o menos idiotas. A uno le dio por coleccionar botones; otro se puso a coleccionar piñas de abeto, pino y enebro; un tercero consiguió una beca para viajar por el mundo.

Unos años más tarde, escribió una de sus mejores novelas precisamente aquí, en la isla, en la parte oriental que da a mar abierto. Pero estoy bastante seguro de que no se sintió a gusto. Para él era casi una necesidad estar en el continente, tan fuerte era su deseo de conquistar un territorio y al menos del tamaño de Europa. No estaba hecho para encontrar la calma en una pequeña jaula, donde se volvía agresivo y se peleaba. Fue también aquí, el día del solsticio de verano de 1891, donde atacó con tanta agresividad a la autora danesa Marie David que más tarde fue citado ante el tribunal del distrito y condenado por ultraje. Son cosas que todavía ocurren en las fiestas. *Rival* también tiene la misma raíz que *revir* y *riviera*.

Al parecer, el blanco de su innovador golpe bajo en «La isla de los bienaventurados» era el arqueólogo Oscar Montelius y su método tipológico para la clasificación cronológica de artefactos, un método famoso en su época; pero esto no ha impedido que desde entonces generaciones de bromistas incultos hayan incluido bajo este concepto también a otros sistemáticos, sin exceptuar a los entomólogos.

> El que coleccionaba botones había llegado a reunir una colección espantosa. Como al final no sabía cómo conservarla, obtuvo medios del Estado para construir una casa en la que alojar la colección. Se puso a ordenar los botones. Había muchas formas de clasificarlos: se podían clasificar en botones de calzoncillos, botones de pantalones,

> botones de abrigos, etc., pero nuestro hombre dio con un sistema más artificial y, por ende, más difícil. Pero para eso necesitaba ayuda. Primero escribió un tratado sobre *La necesidad del estudio de los botones desde un punto de vista científico*. A continuación acudió a la Tesorería con la solicitud de una plaza de profesor en Botonología, así como de dos puestos de amanuense. La petición le fue concedida, más para dar una tarea a esas personas ociosas que por la cosa en sí, cuyo valor todavía no se podía determinar.

Como de costumbre, Strindberg se va encendiendo cada vez más y termina vituperando a una sociedad maleada, en la que el cretinismo y el reblandecimiento cerebral han adquirido las proporciones de una epidemia. El reino de Suecia es, para la mirada fugaz del escritor, el baluarte de toda la estupidez, donde las élites eclesiásticas, artísticas, científicas y políticas combaten entre sí con una magnífica necedad.

> Pero el que había coleccionado piñas no quería ser menos y pronto sorprendió al mundo con un gran sistema artificial, en el que todas las piñas se dividían en 67 clases, 23 familias y 1.500 órdenes.

Y, como la prueba definitiva de que la patria se encontraba en un estado de indigencia espiritual, Strindberg relata cómo los pomposos hombres del poder lograron convencer a las masas oprimidas de que «el Estado se derrumbaría si el pueblo se negaba a conceder un sueldo y una plaza de profesor a un caballero que había clavado una gran cantidad de bupréstidos en alfileres de zinc».

Durante mucho tiempo solo utilicé los clásicos alfileres entomológicos de Austria, pero a medida que mi interés por los sírfidos fue creciendo empecé a usar cada vez más los alfileres de Chequia. Son más baratos, y por lo demás no hay gran diferencia. Son de acero lacado de negro, de cuarenta milímetros de longitud, tienen una pequeña cabeza de plástico de color cobre amarillo y los hay en siete grosores distintos. El más grueso es duro como un clavo, mientras que el más fino, el número 000, es antojadizo y flexible como la conjugación de un verbo francés. El alfiler se clava en el tórax de la mosca. El asunto no tiene mayor complicación. Por motivos estéticos, se

pueden extender las alas durante el secado con la ayuda de un par de alfileres, pero en general las moscas son muy dóciles como objeto de coleccionismo. Si luego se las protege de los derméstidos y otras calamidades en cajas bien cerradas, se conservan muy bien durante siglos, lo que para el entomólogo es una idea reconfortante.

Cajas, sí. El sistema lo inventó una persona muy meticulosa, pero no deja de ser elegante. Un bello armario con grandes cajas bajo cuyo cristal bien pulido hay cajitas sin tapadera, dieciséis en cada caja, que se pueden desplazar a medida que aparecen nuevas especies o las antiguas alcanzan una cifra desbordante. Quiero decir que un verano a uno se le puede meter entre ceja y ceja clavar grandes cantidades de *Brachyopa pilosa*, por ejemplo, con la esperanza de que más tarde, durante el invierno, podrá tener la alegría de encontrar al microscopio algún ejemplar de *Brachyopa obscura*, una especie muy parecida pero infinitamente más rara y enigmática en todos los aspectos. Y cuando el compartimento se llena de *Brachyopa*, basta con meter una cajita vacía al lado y desplazar todas las demás una posición, según el sistema del juego infantil sueco en el que hay que mover con los pulgares las fichas numeradas dentro de un marco hasta que forman una secuencia numérica. Huelga decir que la primavera llega como una liberación.

Yo siempre suelo dejar para el invierno unos cuantos casos especialmente difíciles, ejemplares atípicos de familias críticas, con muchas especies. *Platycheirus, Cheilosia, Sphaerophoria*. Animales cuyo nombre despierta dudas y esperanzas relativas a un pequeño avance hacia los confines del conocimiento. Una tarea descansada como un trabajo manual, y emocionante. Luego, durante el mismo invierno, las moscas más extrañas, clavadas con alfileres dentro de botes de película de aluminio con el suelo cubierto de poliestireno, viajan con el correo aéreo por todo el mundo, entre expertos con estatus de oráculo y un oído célebre en el arte de decodificar la sinuosa partitura de las tablas de clasificación alemanas.

El águila marina, ancha como la pancarta de una manifestación, sobrevuela el hielo del lago delante de mi ventana, y a veces los piquituertos muestran una gran agitación

en el crepúsculo y arrojan piñas sobre la terraza desde el pino de la esquina, que cada otoño pienso que debería talar para tener más luz. Los cuervos acechan desde lo alto de la torre de telecomunicaciones que está más allá del pueblo y cuya edad nadie conoce. Aparte de eso, nada más. Viento del norte y del oeste, y los chismes sobre las burradas y la desesperación de los isleños. Cuando en marzo por fin llega la primavera, las moscas forman en filas completamente rectas, salvo unas pocas, que viajan sin cesar o que, como anónimos soldados de infantería, han quedado atrapadas en las legiones de las especies que los científicos todavía no han examinado satisfactoriamente. Un hueco en la caja también es un hallazgo.

En marzo empiezo a sentarme en la escalera bajo el sol, y entonces, mucho antes de que la nieve desaparezca, antes de la llegada de la alondra, el petirrojo y los *runners*, llegan las primeras moscas, aunque no son sírfidos, sino *Pollenia* o mosca de racimo (también llamadas moscas de desván, porque es en esas habitaciones donde suelen hibernar, formando racimos compactos de individuos). Pertenecen a la familia de los califóridos, que también son animales interesantes, aunque nadie los colecciona por simple alegría infantil. Al menos que yo sepa. A no ser que sea en marzo, cuando el zumbido de cualquier especie de mosca constituye un esperanzador presagio del verano. Los califóridos tienen sin duda una nota ominosa, con reminiscencias de cadáveres y de William Golding, lo que en realidad no puede alegrar a nadie, salvo quizás a algunos entomólogos forenses, esa clase incomprensible de científicos para quienes es una cuestión de honor revelar asesinatos espantosos buscando dentro de la víctima larvas de moscas y otros insectos con nombres como *Sarcophagidae, Thanatophilus* y *Necrophorus*. Determinando los animales que viven dentro del muerto, junto con las fases de desarrollo en que se encuentran, se puede deducir una cantidad sorprendente de datos sobre cuándo se cometió el crimen y, en ciertos casos, incluso si sucedió en otro lugar que aquel en el que se encontró el cadáver. Una ciencia macabra que solo tiene un mercado verdaderamente estable en Estados Unidos. Se puede ahondar en la materia para ampliar los propios horizontes, pero la

utilidad práctica de este saber es, generalmente, limitada. Además de que uno acaba perdiendo el apetito. Y lo que al final permanece en la memoria es solamente la historia de la mujer de la limpieza finesa.

Ocurrió a finales de los años setenta. Un funcionario del Gobierno de Finlandia encontró un montón de larvas gordas de mosca debajo de la alfombra de su despacho. Llamó inmediatamente a la mujer de la limpieza. ¿Cómo era posible, preguntó, que el despacho estuviera infestado de gusanos? La limpiadora no tuvo respuesta. La verdad es que podría haber dado unas cuantas respuestas divertidas y sarcásticas, pero se contuvo. Se limitó a decir que no lo sabía, pero que, en cualquier caso, no era culpa suya. De dónde habían salido los gusanos era un misterio. Había sacudido la alfombra el día anterior, podía jurarlo. Pero el funcionario no la creyó, y la mujer fue despedida inmediatamente. No solo la habían pillado haciendo mal su trabajo, sino que además mentía. A la calle.

No obstante, apareció de algún lugar un veterinario interesado en el asunto y, por curiosidad, pidió que le dejaran ver más de cerca los gusanos del funcionario del Gobierno. No sabía explicarse cómo aquellas larvas de mosca tan rollizas podían alimentarse con la fibra sintética tan poco nutritiva con la que estaban hechas en aquella época las alfombras del Estado finés, y, para tratar de arrojar luz en el misterio, le mostró los bichos a un entomólogo con buen olfato para las disputas legales, un hombre que enseguida vio que se trataba de larvas del califórido *Phaenicia sericata* a punto de convertirse en crisálidas. Esa especie, explicó el entomólogo, se desarrolla en diversos tipos de cadáveres, por ejemplo en ratones muertos que se encuentran en las paredes del edificio; cuando han terminado de comer, abandonan el cadáver y, por la noche, se dirigen en fila india a un lugar apropiado para convertirse en crisálidas. Así es como las larvas habían acabado debajo de la alfombra del burócrata irritado. La limpiadora recuperó su empleo, aunque no consta que el Gobierno finés se disculpara.

Nunca se sabe de antemano para qué puede servir el conocimiento, por muy inútil que parezca. En la descomposición de un cadáver de gran tamaño pueden intervenir más de

quinientas especies.

Claro que es asqueroso, no seré yo quien lo niegue. Pero hay algo más. Dejadme contar otra anécdota antes de volver a las gráciles moscas de las flores, esos insectos tan agradables en todos los aspectos. Durante un tiempo se ha rumoreado que algunos entomólogos del continente estaban llevando a cabo un estudio que reúne todas las condiciones para convertirse en legendario. Como mínimo, puede servir como ejemplo del impulso irreprimible que sienten los niños curiosos por explorar islas, incluso allí donde no las hay. O, mejor dicho, donde no se pueden descubrir sin la imaginación creativa que distingue a los artistas y los buenos investigadores.

Todas esas islas se encuentran en el archipiélago de la Botonología. Más adelante volveremos sobre esta cuestión. Esto no es más que un primer reconocimiento.

Cuando se levanta el telón, alguien ha atropellado un tejón, que yace muerto en la cuneta. Al cabo de un momento, uno de esos entomólogos imaginativos llega conduciendo tranquilamente por la misma carretera. Al ver el tejón, se detiene, sale del coche y piensa en lo que ha ocurrido. Es fácil imaginarse la escena. Un día de abril, un conductor solitario inclinado sobre un tejón muerto. Tiene una idea. Arroja el tejón dentro del maletero y sigue su camino.

Esto puede recordarnos el viejo cuento de H.C. Andersen «Juan el Bobo», en el que un joven encuentra una corneja muerta en la carretera y se la lleva consigo, porque uno nunca sabe cuándo podrá serle de utilidad un pájaro muerto. Esta vez ocurrió más o menos lo mismo, con la diferencia de que quien encontró el cadáver del animal sabía desde el principio para qué podría utilizarlo. (En realidad, Juan el Bobo también lo sabía. Quería darle la corneja a la princesa, como luego acabaría haciendo. El entusiasmo con el que la princesa la recibió es uno de los puntos más oscuros de la literatura danesa.)

Ya el año anterior, el investigador en cuestión había sentido interés por un gato atropellado «en el bosque de Brandbergen», como se dice en un artículo sobre el suceso y todas sus consecuencias que se publicó en la revista inglesa *Entomologist's Gazette*. Y, en efecto, el asunto era digno de escribir sobre él, ya

que nuestro conductor y sus compañeros empezaron a estudiar cómo la fauna de escarabajos que vivía dentro del cadáver del gato tomaba forma y se transformaba durante todas las fases de la descomposición. Le dedicaron cuatro meses. En total, encontraron 881 escarabajos, pertenecientes a no menos de 130 especies distintas. Eso es mucho: investigaciones parecidas realizadas en otras partes del mundo ni siquiera se acercan a estos resultados.

Con eso ya se habían puesto en marcha. Los escarabajos que acabaron comiéndose el gato entero suscitaron una serie de preguntas sobre la actuación de la fauna de los cadáveres en general y, en concreto, sobre su dependencia respecto a las características del terreno en el que tiene lugar la descomposición. Además, se consideró que merecía la pena ampliar el experimento por la evidente razón de que los cadáveres son como islas donde se puede observar la colonización y el desarrollo de un ecosistema desde el principio, más o menos como en Surtsey, la isla volcánica que emergió del mar frente a la costa de Islandia. O como en Krakatoa, en el estrecho de la Sonda, entre Java y Sumatra, que en el año 1883 explotó de forma tan radical que tanto la fauna como la flora tuvieron que volver a empezar desde cero.

Un tejón era lo que se necesitaba, y lo situaron en la misma región. Pero, a diferencia del caso del gato, que se desarrolló en el talud de un bosque normal y corriente, con abedules y flores y el suelo cubierto de musgo, en este caso se eligió un lugar mucho más seco y más pobre desde el punto de vista biológico, un lugar elevado y pedregoso donde la vegetación consistía básicamente en brezo y pinos delgados. Aquí es donde el tejón muerto encontró su lugar de reposo, y para que el zorro no se llevara el cuerpo en un momento de descuido, lo metieron en una jaula de acero de esas que suelen servir de alojamiento para conejos medio domesticados y cobayas que corren en una rueda.[2] También es fácil imaginar esa escena. El tejón tieso en la estrecha jaula de un animal doméstico, en mitad del bosque. La imagen era tan extraña que los investigadores se vieron obligados a pegar un cartelito en la jaula que indicaba que allí se realizaba un experimento científico, y no otra cosa.

A veces a mí también me gustaría tener un cartel como ese. El día de abril en que el sol del sur abre los primeros botones de los sauces empiezan a volar también los primeros sírfidos. Unas especies pequeñas y modestas que los libros a menudo llaman «rarezas», quizá porque realmente son muy raras, pero en muchos casos probablemente porque nadie alcanza a verlas. Por lo general, los insectos suelen capturarse en verano, cuando los niños y los adultos tienen vacaciones; siempre ha sido así; y por eso la fauna del verano se conoce mejor que las moscas de principios de primavera, que a veces solo vuelan una o dos semanas. Además, los mejores sauces son tan altos que, por regla general, uno no alcanza con la red; desde debajo del árbol uno puede mirar con los prismáticos todo lo que ocurre en las flores allí en lo alto, y devanarse los sesos pensando cuáles pueden ser las especies que ve pasar volando. Desde luego, uno puede comprarse un mango de red muy largo (los ingeniosos checos venden mangos de ochos metros) y apostarse bajo el sol primaveral como un saltador de pértiga extraviado, pero dicen que son difíciles de manejar sin perder la dignidad, de modo que yo he optado por buscar sauces más pequeños que también florezcan. Cuatro o cinco matorrales, esparcidos por toda la isla. Allí paso los días de abril en los que brilla el sol y la hierba crece tan deprisa que puede oírse el leve crujido de las hojas secas en el suelo. Escojo un matorral u otro dependiendo de la dirección del viento. Luego florece la viola de lobo. Y la anémona del bosque, la celidonia menor, la caléndula acuática, las primaveras, y cuando, a mediados de mayo, florecen los arces reales, ya se han olvidado todas las penas del invierno.

Bastan los colores para ponerme de buen humor. Las flores del arce son de un amarillo verdoso, y sus hojas tiernas, de un verde amarillento; precisamente así y no al revés. Desde lejos, la mezcla de esos dos matices forma un tercero, tan bello que no hay palabras para describirlo. Como todo el mundo sabe, el verdor se vuelve más intenso con el avanzar del verano, y la flor del arce señala el punto de partida, el momento en que se alcanza el culmen de la luminosidad y la belleza. Una semana más, tal vez dos, y los alisos brotarán con su austera gravedad. Me encantaría que todos lo supieran. «El arce florece.» Bastaría

este mensaje en el contestador automático. La gente lo entendería. Verían el color, distinguirían sus matices, y lo entenderían. Sabrían que entonces todo vuela, absolutamente todo. Mil comentarios. Un aparato entero de notas a pie de página.

6. René Malaise (1892-1978)

René Edmond Malaise nació en Estocolmo y muy pronto cayó bajo la seducción de la entomología. Siempre se repite la misma historia. ¿Hay alguno de nosotros, en algún lugar, que se iniciara pasada la infancia?

Según la leyenda familiar, en su caso el impulso decisivo tuvo lugar durante unas vacaciones de verano en Francia, en casa de un primo que coleccionaba mariposas. El propio Malaise empezó el mismo día. Entonces ya dominaba la botánica, puesto que su madre era hija de un jardinero, o tal vez se debiera únicamente al hecho de que un herbario bien surtido era, en aquel tiempo, un pertrecho indispensable para un hijo de buena familia. Su padre era un cocinero estrella, un inmigrante francés que durante muchos años fue jefe de cocina en el Operakällaren. De él heredó René cierta costumbre de visitar los bares, y luego, dinero, pero no su interés por la comida. Durante toda su vida pensó que lo esencial era el valor nutritivo, no el sabor. Con los años llegaron a circular varias historias a propósito del escorbuto y de un oso asado en un hoyo.

Malaise era un cazador nato, y ya de niño mostró su afición por las presas insólitas y los métodos extravagantes. Él mismo solía relatar sus experiencias como cazador furtivo en la plaza Östermalmstorg, donde, en el cambio de siglo, vivía la familia en un piso alto. Inspirado por algún relato de los trópicos, había fabricado una cerbatana, y practicaba su puntería clavando las afiladas flechas como penachos en los sombreros de las señoras que se paseaban por la plaza.

También las mariposas no fueron más que un entrenamiento. Unos cuantos años de aprendizaje. Según la imagen que tengo de él, la fauna sueca de mariposas debía de parecerle un campo demasiado bien explorado. Allí no había muchas cosas nuevas por descubrir, y él no estaba hecho para complementar las hazañas de otros: él quería abrir nuevos caminos, labrarse su propio nombre.

Eligió las moscas portasierra, no se sabe muy bien por qué, aunque es probable que fuera porque entonces nadie las estaba estudiando seriamente, por lo menos en Suecia. Además, las moscas portasierra, o tentredínidos, como los llaman los

expertos, estaban mal estudiadas desde el punto de vista taxonómico. Generalmente se los consideraba unos animales engorrosos y difíciles de clasificar, y ofrecían un campo en el que un joven podía convertirse en un experto sin tener que dedicar mucho tiempo a estudios de campo o en museos donde no ocurría nada. La investigación linneana era un campo abierto y libre, y ofrecía la clase de aventuras que, si bien no apaga la sed de un alma inquieta, sí la mitiga.

En sus días de estudiante, en la década de 1910, emprendió sus tres primeras exploraciones, todas ellas a las montañas de Laponia. Nada especialmente original, pero muy apropiado para un experto en tentredínidos en ciernes y, en todo caso, un viaje de aprendizaje que venían practicando toda clase de naturalistas desde hacía varias generaciones. No estuvo solo. Entonces no. En aquella época estuvo en Laponia con otro joven biólogo de campo, el ornitólogo Sten Bergman, y, por unas razones que solo podemos intuir, las fantasías de ambos sobre el futuro echaron a correr como una imparable comitiva de *lemmings* por los bosques de abedules. Los dedos índices recorrían ansiosos el mapa del mundo mientras el pechiazul cantaba bajo el sol de medianoche. ¡Ahí!

Cuando, en otro tiempo, Carl Jonas Love Almqvist escribió *Svenska fattigdomens betydelse* («El significado de la pobreza sueca»), su dedo también se detuvo en el mismo punto mágico.

> Cuando uno observa el mapa del mundo, arriba del todo, en la esquina nororiental del continente del viejo mundo, ve una península que se inclina hacia el sur y está abrazada por el mar. Es Kamchatka: es un lugar muy solitario, y se encuentra al margen del mundo civilizado. Pero Kamchatka tiene un paralelo. Arriba del todo, en la esquina noroccidental del mismo continente, y en una latitud todavía más septentrional, se ve otra gran península, que también se inclina hacia el sur, recibida y cerrada por el mar: es Escandinavia.
>
> De todos los países europeos, ninguno está tan separado y centrado en sí mismo como nuestra península nórdica. Los demás países mantienen una relación literaria y política más o menos estrecha: se sostienen unos a otros como

hermanos. Nuestro país es casi una isla, y por tanto nos encontramos aislados ya desde el punto de vista geográfico. Pero toda nuestra mentalidad es también la de un mundo isleño, entregado a sí mismo. Lo escandinavo debe sostenerse por sí mismo, o se cae. Mantiene con el resto de Europa varias relaciones *nominales*; pero pocas en la realidad.

¡Los muchachos debían ir a Kamchatka! Una expedición científica independiente para comparar esa formación tan parecida del globo terrestre, su fauna, su flora y su gente. Aquello significaba aventuras, tal vez la fama. Y, seguramente, muchos himenópteros.

En la primavera de 1919 se sumó un tercer miembro a la expedición en ciernes, Eric Hultén, el talentoso botánico que con el tiempo llegaría a ser un célebre geobotánico y que había nacido en 1894, el mismo año que Sten Bergman. Ahora solo hacía falta dinero. Y como Bergman era un parlanchín insuperable, un maestro a la hora de conseguir patrocinadores, pronto se formó una cola de personas dispuestas a financiar la aventura. En el *bestseller* de Bergman sobre la expedición a Kamchatka, un libro que ya en los años veinte se tradujo a muchos idiomas, se dedican varias páginas del prólogo a los agradecimientos: obtuvieron la beca Vega de la Sociedad de Antropología y Geografía, y otras becas de viaje parecidas, creadas en memoria de hombres como Lars Johan Hierta y Johan Wahlberg (quien murió bajo las patas de un elefante), por no hablar de la asombrosamente larga lista de especuladores que se habían forrado con la guerra y parecía que compitieran por contribuir con medios económicos a lo que, a sus ojos, era un antiguo deporte nacional sueco con un gran valor comercial.

Cabe preguntarse si la expedición tuvo que hacer frente a gasto alguno. Todo se lo regalaron: la ropa, las conservas, las armas y la pólvora, las cámaras, los esquís, las lámparas, el tabaco, la pasta de dientes, todo. La fábrica de galletas Örebro entregó media tonelada de galletas; Marabou, 150 kilos de chocolate, y la fábrica de macarrones Sundbybergs suministró comida fría para medio ejército. ¡Y el alcohol! Sí, Bergman era el prototipo del abstemio aburrido, de modo que no dice mucho

sobre el asunto, más allá de que la fábrica nacional de alcoholes contribuyó amablemente a la ciencia con un barril de líquido conservante. Hultén, en cambio, que al igual que Malaise nunca comprendió del todo la fascinación por la abstinencia alcohólica, recordó especialmente ese detalle cuando, más de cincuenta años después, cogió la pluma para escribir sus memorias bajo el título de *Men roligt har det varit* («Pero lo pasamos bien»).

> El regalo más notable fue, sin embargo, el alcohol. Bratt* mandaba como un dictador sobre el alcohol en Estocolmo. Muchos consideraban la cartilla de racionamiento una posesión preciosa. Pero no solo nos regalaron un barril de metal con alcohol de 96 grados como conservante, sino también —atentos— tres raciones anuales de la cartilla de racionamiento para cada uno de los miembros de la expedición, con una sola condición: ¡que no se abrieran las cajas hasta que el barco hubiera pasado la Boya de la Llave del puerto de Gotemburgo!

Pues sí, parece que los chavales se lo pasaron en grande, pero en un punto seguramente tenemos que corregir a Hultén, puesto que el regalo más notable no fue el alcohol, ni tampoco ninguno de los inteligentes proyectos publicitarios de Bergman. Puede que este fuera un maestro en el arte de convencer a los fabricantes de galletas y a los propietarios de empresas textiles, como Norrköpings Regnklädersfabrik, pero el triunfo más lucrativo puede atribuirse a Malaise, nuestro héroe, que en una noche de borrachera en el bar Den Gyldene Freden vio a Anders Zorn.

¿No se le podría plantear al artista que apoyara un viaje de investigación a un país lejano?

Claro que sí. A la mañana siguiente, Malaise visitó al gran pintor en el taller que este tenía en Slussen, y Zorn, un tanto mustio, recordó la promesa hecha la noche anterior y extendió un cheque por valor de 10.000 coronas. Era una cifra más que considerable, sobre todo teniendo en cuenta que no pedía nada a cambio, aparte de unas fotos de chicas japonesas desnudas que nunca llegó a obtener. El cheque está firmado el 20 de mayo de 1919, y a Zorn solo le quedaba un año de vida.

Desde el punto de vista económico, la expedición ya podía soltar amarras, y me imagino que los tres compañeros debieron de experimentar entonces esa peculiar felicidad que puede convertir el tiempo inmediatamente anterior a la partida en la etapa más agradable de un largo viaje. Nunca se posee el mundo como en aquel entonces: antes.

Cuando los días estaban contados todo me parecía más claro, como si en el tiempo inmediatamente anterior a la partida hubiera una magia especial. Más allá, el tiempo aparentemente infinito me parecía insondable y traicionero. En la limitación, en cambio, había una calma liberadora. El tiempo contado era como una isla; y la isla, más tarde, un momento mensurable. Durante mucho tiempo, este descubrimiento fue el único provecho auténtico de mis viajes.

Partieron en febrero de 1920, seis personas en total. Tanto Bergman como Hultén estaban recién casados; sus mujeres, Dagny y Elsie,[3] formaron parte de la expedición como asistentes de campo y amas de llaves. Y también habían contratado a un conservador que se llamaba Hedström, cuya misión consistiría en despellejar y conservar la gran cantidad de mamíferos, aves y otros animales que esperaban que se pusieran a tiro de la escopeta de Bergman. De los insectos se encargaría el propio Malaise. Por cierto, él también había recibido una propuesta de matrimonio antes del viaje, de la muy joven pero ya famosa periodista Ester Blenda Nordström, pero como se trataba únicamente de un matrimonio de conveniencia, Sten Bergman tuvo a bien imponer su veto, como si ya desde el principio estuviera claro que sería él, y solo él, quien contaría la historia de la expedición a Kamchatka para la posteridad.

Precisamente por eso nunca me ha interesado. Puedo leer con cierto provecho el grueso libro de Bergman sobre las penalidades de aquellos tres años, porque era un buen observador, y aplicado como pocos, pero todo su empeño se resiente por el hecho de que intentó seguir el modelo de Sven Hedin,* sin lograrlo. Había nacido demasiado tarde, en una época equivocada. La expedición apenas ha llegado a Alejandría (y él, a la primera página de su libro) cuando «gente de toda clase, tanto blanca como de color, se apiñaba chocando entre sí,

vestidos en su mayoría con una suerte de falda pantalón blanca, y nos costó mucho atrevernos a confiar nuestros baúles a los jefes negros y tipos árabes de terrible semblante que nos asaltaron, a cuál más sucio y desastrado».

Es cierto que el exotismo facilón, con sus chirriantes resonancias de la biología racial, todavía formaba parte del contexto general, pero Bergman se aferró a él durante medio siglo. Si por lo menos no se hubiera tomado a sí mismo tan en serio…

Cuando llegaron a la península de Kamchatka, después de cuatro meses de travesía por mar, los suecos se instalaron en la capital de provincia Petropavlovsk, donde, sorprendentemente, el teatro de la Casa del Pueblo representaba *El padre*, de Strindberg, lo que seguramente mitigó en parte la impresión de estar en un poblachón, por lo menos hasta que se dieron cuenta de que se afirmaba que el autor de la obra era un holandés llamado Stenberg. Ahora estaban muy lejos, incluso de Moscú; la propia revolución aparecía como algo lejano y, en cierto modo, preliminar. Los miembros de la Guardia Roja y los contrarrevolucionarios se relevaban en el poder de unas formas más o menos tragicómicas, todo ello bajo la vigilancia de los cruceros acorazados japoneses fondeados en el puerto para defender los intereses del emperador.

De vez en cuando se producían muertes en las escaramuzas entre los rusos rojos y blancos, pero los suecos eran aceptados por ambos bandos y se movían libremente. Hultén se fue un verano al sur para herborizar; Bergman y Hedström fueron al norte a cazar aves y estudiar la vida de la gente, y Malaise…, bueno, no siempre resulta fácil saber a qué se dedicaba Malaise exactamente. Él mismo no escribió mucho sobre aquellos años, y en los libros de los otros suele vagar por los márgenes; a veces está en otra parte, o bien aparece de improviso, como un gato perdido desde hace meses. Sobre todo, da la impresión de haber actuado por su cuenta en las regiones salvajes. «Aquí se separaron nuestros caminos durante un tiempo. Malaise, con dos habitantes de Kamchatka como remeros, se dirigió en un tronco ahuecado al pueblo de Mashura, a setenta verstas río arriba. Desde allí partió con un nativo y unos cuantos caballos hacia el

gran lago Kronotsky, situado entre el río Kamchatka y el mar.»

Atrapaba insectos, mataba osos, fotografiaba volcanes y dibujaba mapas, recorriendo milla tras milla de tierra inhabitada, a menudo ignota. Él solo. Se dice que tenía un buen humor extraordinario. Pero ¿en qué pensaba?

¿Y qué es lo que le hizo detenerse? Cuando la expedición, una vez terminada la tarea, en otoño de 1922 emprendió el viaje de vuelta a casa vía Japón, Malaise se quedó. Aunque era el mayor de todos, todavía no había cumplido los treinta años. Sten Bergman escribe:

> Pese a sus montañas llenas de maleza y sus húmedas tundras, sus tormentas de nieve y su frío, durante aquellos años Kamchatka conquistó nuestro corazón. Todos los sufrimientos y penalidades habían quedado olvidados, y solo permanecía el recuerdo de las maravillosas noches alrededor del fuego del campamento en el corazón de las regiones deshabitadas, donde teníamos a los osos por vecinos, de las estrelladas noches de invierno entre montañas blancas y volcanes, y de las inolvidables horas pasadas en las oscuras yurtas de los nómadas.
>
> Era difícil abandonar todo eso, y para uno de los compañeros fue imposible. Malaise quedó tan cautivado por el país que decidió quedarse unos cuantos años más. Para todos aquellos que llegan a conocerla profundamente, Kamchatka posee una fuerza de atracción magnética. Llegar es difícil, pero todavía lo es más marcharse.

Malaise era la prueba. Hasta 1930, durante largos periodos se le perdió completamente el rastro en aquellas tierras. Nadie sabía dónde estaba, ni qué hacía. En Estocolmo, entre los amigos de la Sociedad de Entomología, con el tiempo empezó a circular el rumor de que dirigía una granja soviética de martas cibelinas. ¿Y en lo que respecta a las mujeres? Hasta hoy nadie puede decir a ciencia cierta cuántas veces se casó, ni por qué.

Dagny Bergman también publicó un libro sobre la aventura de su juventud, en muchos aspectos más apasionante y auténtico de lo que Sten consiguió o intentó con el suyo, pese a que no tuvo tiempo para escribir hasta que sus hijos se fueron de casa, a finales de los años cuarenta. «La red para cazar insectos de

Malaise revoloteaba durante todo el día sobre los arbustos y la maleza», se lee en un pasaje, pero por lo demás, también en este libro Malaise suele estar ausente, dedicado a tareas inciertas. Apenas se lo nombra. Sin embargo, es tal vez ella quien, de todos los miembros de la expedición de Kamchatka, más cerca está de resolver el enigma René Malaise:

> En las expediciones por Kamchatka uno encuentra a las personas con los destinos más extraños, personas a la deriva que han chocado con la sociedad y se han visto obligadas a desaparecer, personas desgraciadas que han perdido a sus seres queridos en la revolución y la guerra, y personas que, pese a verse sometidas a toda clase de pruebas, han podido mantenerse en pie.

—¿Por qué te interesa Malaise?

La pregunta me pilló por sorpresa, y, por tanto, la respuesta fue dubitativa. Había empezado a recopilar lo poco que se conoce acerca de René Malaise. Había comprado sus libros y curioseado en los archivos, aunque sin encontrar demasiadas cosas. Todos los entomólogos mayores que conozco sin duda lo habían tratado, quizás habían oído sus espeluznantes historias de los años veinte, pero ninguno lo había llegado a conocer íntimamente. Solo referían estereotipos; la imagen de un pilluelo que conocía los tentredínidos e inventó una trampa, un hombre con un pasado aventurero que más tarde se convirtió en un bicho raro, un tipo original al que nadie tomaba en serio, que se creó enemigos y al final se perdió entre leyendas. ¿Por qué me interesaría un tipo así?

Cada vez que creía haber llegado a conocerlo, se me escapaba, desapareciendo en nuevas locuras, y cada vez, lo dejaba de lado para dedicarme a otra cosa. No porque me hubiera cansado de él, sino más bien porque su temperamento expansivo e imparable me inquietaba. En él había algo ilimitado.

7. Narcissiana

El psicoanalista estadounidense Werner Muensterberger afirmó que muchos coleccionistas se dedican a coleccionar para escapar de las terribles depresiones que constantemente amenazan con alcanzarlos. Trata la cuestión en su estudio sobre el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Rodolfo II (1552-1612), un verdadero maníaco del coleccionismo, y yo le doy la razón en este punto, al menos cuando hablamos de arte o libros u otros objetos más o menos accesibles que cambian de propietario en un mercado. Especialmente quienes coleccionan de todo, con la única condición de que las piezas sean lo bastante curiosas, se entregan a menudo a una forma de fetichismo que tiene efectos ansiolíticos.

Yo lo sé porque una vez estuve a punto de comprar una casa en Ydre por la sola razón de que una destartalada letrina que se conservaba en el terreno había supuestamente pertenecido al famoso poeta y obispo Esaias Tegnér, muerto a mediados del siglo xix.

Los objetos naturales, en cambio, no son fetiches del mismo modo, entre otras cosas porque muy pocas veces pueden comprarse con dinero. Además, casi siempre carecen de pedigrí cultural. Cualquier escarabajo capturado, pinchado con un alfiler y bautizado, por ejemplo, por Charles Darwin sería un fetiche maravilloso con el que curar una depresión, pero es prácticamente imposible echar mano de una cosa así. Cierto que yo poseo un pavo real disecado que tiene una historia, incluida la lista de los propietarios desde que murió en el siglo xix, y cualquier tipejo podría comprarlo, pero lo normal es que los coleccionistas de historia natural capturen los bichos ellos mismos. Muy distinto al comercio del arte.

Estoy convencido de que los freudianos tienen una imagen demasiado borrosa de las pasiones que se pueden expresar, por ejemplo, en la caza de moscas. Están demasiado encerrados en sus asquerosas y habituales explicaciones sobre el comportamiento humano; así, el antes mentado Muensterberger llega a la conclusión de que el coleccionista medio representa un «tipo anal» que, si entiendo bien su explicación, se convierte en coleccionista porque en la infancia no le permitieron jugar el

tiempo suficiente con sus heces. Es para quedar pasmado. Ni siquiera un buen amigo mío, el poeta surrealista, encajaría en esta teoría.

A veces te lo encuentras en las reuniones de la Sociedad de Entomología. Un tipo extraño, ciertamente, pero no más que los demás. A mí me cae muy bien, en parte porque sus incomprensibles poemas pueden hacer que mis libros destaquen como maravillas de claridad y rigor, y en parte porque, al margen de su labor literaria, es uno de los entendidos más destacados del norte de Europa sobre la difusión y la vida del escarabajo pelotero. Hace un par de años estuvo recolectando aquí en la isla. Los freudianos no habrían cabido en sí de gozo si nos hubieran visto entonces, cuando deambulábamos por los prados y hurgábamos un poco en los excrementos de cabra o nos inclinábamos con gesto experto sobre alguna bosta de caballo medio reseca. No, eso no lo entienden.

Sin embargo, si me tomo la molestia de nombrar a Werner Muensterberger es porque no siempre se equivoca. Por el contrario, creo que sorprendentemente da en el clavo cuando, en su libro sobre la psicología del coleccionismo, sostiene que la mayoría de los coleccionistas tienen en común un narcisismo más o menos acusado. ¿Qué puedo decir? Aunque no por otra cosa, merecería nuestra atención porque basa su especulación en una emocionante anécdota sobre un caso interesantísimo, un hombre que pertenece a la rara categoría del «coleccionista exclusivo».

Este hombre colecciona un único objeto.

Desde luego, se puede objetar que una colección no puede consistir en un único chisme, pero este hombre es especial porque presenta muchos de los atributos tragicómicos del coleccionista maníaco. Anda constantemente a la caza de un ejemplar mejor, más bonito, y cuando encuentra el objeto que busca, se deshace inmediatamente del antiguo. Un único objeto, ni más ni menos. Y lo que lo impulsa es el deseo imperioso de ser visto y reconocido por su gusto exquisito, su maestría. El objeto es él, y viceversa; he aquí el coleccionista narcisista en su forma más cristalina.

Podría ser una alternativa para un coleccionista de arte con

un piso pequeño. Pero ¿coleccionar una mosca? No lo veo.

En tal caso, sería la mosca del narciso, la *Merodon equestris*, una especie que puede tener muchas formas, más o menos como la Adán y Eva entre las orquídeas, aunque con más de dos colores. Además, es de los sírfidos que zumban de un modo tan peculiar que uno podría reconocerlos con los ojos cerrados, lo cual resulta la mar de agradable.

No es que suela pasear por los campos con los ojos cerrados, pero a veces tengo que descansar la mirada, apartándola un rato de las moscas para contemplar las nubes, o alguna otra cosa, echado en la hierba y las rocas planas cubiertas de musgo; y reconocer, durante estas siestecitas veraniegas, el intenso y peculiar sonido de una mosca del narciso que pasa volando resulta agradabilísimo, por el puro placer que proporciona el conocimiento.

Sé de lo que hablo. Nadie sabe más que yo sobre las moscas de esta isla. Las puedo reconocer con solo oírlas, como a un conocido entre el gentío de un andén. Y ellas me ponen en contacto con personas muertas hace tiempo que, igual que yo, sentían la fascinación por la belleza y la fragancia de las noches de finales de mayo.

Ya en la Edad Media, la gente de nuestro país tenía la dicha y la riqueza suficientes para importar narcisos de países lejanos del sur. El narciso de los poetas, el narciso blanco y otras plantas bulbosas, de colores bellos o feos, florecerían después en jardines y parques de distintas regiones del país; pero, curiosamente, no fue hasta la década de 1910 cuando llegó aquí la mosca del narciso. El primero en encontrarla, en las afueras de Helsingborg, fue Oscar Ringdahl, un maestro de escuela entonces desconocido. Ringdahl divulgó su hallazgo mediante una breve noticia en la revista *Entomologisk Tidskrift*. Fue en 1911, cuando tenía veintiséis años. El resto es historia, para los entendidos.

Oscar Ringdahl se convirtió en un gran hombre, algo así como una leyenda, al que llamaban «Ringdahl, el de las moscas».

De joven empezó a coleccionar escarabajos y mariposas, y lo hacía con tanto afán que una vez, persiguiendo a cuatro

patas un bello escarabajo, terminó debajo de un banco donde una pareja de enamorados se estaba besando. Sin embargo, pronto le pareció que las moscas eran más divertidas que otros insectos, quizá porque se había escrito muy poco sobre ellas. Solo tenía un libro de 1866 sobre la naturaleza y la gente de Finlandia en el que se decía algo sobre las moscas. Más tarde leyó un trabajo de Zetterstedt en latín. Con el bagaje de esos libros anticuados, emprendió la caza de las moscas, una empresa a la que le dedicaría toda su vida.

Como biografía breve no está nada mal. La cita está extraída del semanario *Idun*, del año 1944, y es una prueba de su celebridad tan buena como cualquier otra. En el reportaje también se habla de Anna, su esposa, una mujer aparentemente comprensiva: «Oscar vuelve a la vida en la primavera, cuando las moscas empiezan a zumbar. Entonces olvida todos los pequeños achaques del invierno, dice la señora Ringdahl, y su marido se ríe». Ya entonces (llegó a vivir mucho tiempo) su colección comprendía algo más de sesenta mil moscas.

Las larvas de la mosca del narciso viven en los bulbos bajo tierra y es probable que llegaran a Suecia viajando clandestinamente en algún envío de bulbos desde Holanda. Nadie lo sabe a ciencia cierta, desde luego, pero yo creo que debió de suceder más o menos así. Un indicio es que George Henry Verrall, el famoso experto en moscas, en un pasaje de su libro sobre los sírfidos de las islas británicas, que ya tiene más de un siglo de antigüedad, escribe que el 8 de junio de 1869 capturó el primer ejemplar inglés de la especie en el jardín de su hermano en Denmark Hill, en el sur de Londres, donde cada año se compraban grandes cantidades de bulbos de narcisos holandeses.

Actualmente, la mosca del narciso es habitual tanto en Inglaterra como aquí, pese a que las especies del género *Merodon* en realidad son propias del clima más cálido de la cuenca mediterránea. O lo eran. Ahora también son propias de aquí. Puede que la mosca llegara hace mucho tiempo del sur como extranjera, pero ahora tiene aquí el mismo derecho de residencia que todas las otras especies. Esta es mi posición

política básica. Una postura sin riesgos, se dirá, pero esto es así solo porque la política sobre las moscas nunca ha merecido una gran atención. Ignoro el porqué. Los caracoles españoles, los visones, los jabalíes, los cormoranes y demás especies animales atraen constantemente la atención de un montón de xenófobos populistas y vocingleros de todo pelaje, pero no hay nadie que se preocupe por las moscas. Ni siquiera los apocalípticos me hacen compañía. Pero la política es así. Y en la cuestión de las moscas, soy liberal y no propongo ninguna norma de transición para que puedan incorporarse a nuestra fauna. Que vengan. Aquí hay espacio de sobra.

La cuestión de las especies extranjeras es muy compleja y delicada. No entraré a fondo en ella: solo quiero apuntar que el cazador de sírfidos no puede por menos que ser tolerante en la cuestión de los extranjeros, puesto que él reside, literalmente, en una tierra fronteriza entre la cultura y la naturaleza, en un microcosmos gobernado por puras casualidades y alteraciones constantes. Todo se transforma todo el tiempo. Me siento atraído por los jardines, y también por los prados; mejor dicho, por lo que queda de ellos. Para mí son unos entornos más salvajes y ricos que la naturaleza sin seres humanos, mucho más divertidos, al igual que las tierras de pasto, las alamedas, los cementerios, los arcenes y las abruptas galerías que abren en el bosque las líneas eléctricas. ¡Allí hay moscas! La naturaleza virgen tiene sus cualidades, no lo niego, pero rara vez puede medirse con el terreno alterado por el hombre.

Casi cualquier intervención puede crear un hábitat completamente nuevo que satisfaga las complejas exigencias que para su existencia plantea a veces la mosca más modesta. No tiene por qué ser nada más estrambótico que, por ejemplo, el hecho de que un joven arquitecto paisajista se enamore de una chica que tenga debilidad por el denso olor del álamo balsámico, con lo cual él, naturalmente, hace plantar un bosque entero de ese árbol, quizá junto a una universidad cuyos alrededores le han encargado configurar en el momento de su enamoramiento. Por la noche, la zona es frecuentada por los miembros de la Asociación de Estudiantes por la Liberación de Bielorrusia, activa en esa universidad y medio clandestina, que

en los troncos relucientes de los álamos que crecen muy deprisa pegan pequeños carteles sobre su lucha desesperada con la ayuda de lo único de lo que disponen en abundancia, esto es, chinchetas bielorrusas, cuyo contenido en nefandos metales contaminantes produce, en la corteza interior del árbol, precisamente la rara forma de putrefacción que es condición indispensable para que un tipo de mosca, si cabe aún más rara, pueda depositar sus larvas, que se nutren de la savia del árbol.

Lo único extraño es cómo llegan a encontrar las moscas ese lugar, aunque se sospecha que siempre tienen exploradoras en circulación.

Quiero subrayar la importancia del amor en este contexto, pues se suele prestar muy poca atención a este factor en el ecosistema configurado por la cultura, ese ecosistema que actualmente aloja la fauna de sírfidos más rica. Antes era más bien la necesidad lo que hacía que los seres humanos configuraran un paisaje favorable para las moscas, pero en nuestros días es más bien la riqueza y el placer lo que suele crear estos entornos. Los jardines son el mejor ejemplo. Ahora que ya no hay campesinos en la isla, es en los jardines donde se encuentra la fauna más rica y variada.

No sé si los rusos trajeron consigo nuevas especies de plantas o animales cuando en 1719 causaron estragos en la isla y quemaron las casas, pero el caso es que los isleños ya nunca se han librado de la desconfianza hacia los extranjeros procedentes del este. El hecho de que un cormorán de un año que se había enganchado en la red de un pescador hubiera sido anillado en Murmansk no hizo que mejorara precisamente la reputación de esta ave marina, y si la gente supiera a qué se dedica la progenie de la mosca del narciso laboriosamente en las entrañas del bulbo, me parece que este insecto también sería despreciado por la gente que tiene jardines y daría lugar a torpes intentos de exterminio.

Al monstruo del lago Silverträsket, en cambio, no lo toca nadie. Tal vez porque procede del Nuevo Mundo.

Fue uno de los primeros años que pasé aquí, en la época en que, al igual que el hombre que amaba las islas, todavía dedicaba los veranos a hacer un catálogo de todas las plantas de

la isla. Un día fui al lago Silverträsket para ver lo que había visto ya antes varias veces y volver a percibir los mismos olores. No hay nada tan estable como un tremedal. El pantano mismo es una laguna sin fondo, tan negra como el lago Bunn en una aguada de John Bauer, y está en medio de la isla, en lo más recóndito del bosque, donde nunca ha vivido un ser humano. En mi isla hay ocho lagos más, todos ellos de mayor tamaño, con playas habitadas donde las drizas de los mástiles de las banderas restallan al viento y los botes de remos desconchados duermen entre la broza de los alisos, los juncos y la *Lysimachia*. Solo el Silverträsket está al margen de todo.

Lo difícil que es llegar hasta allí y regresar ya lo supo August Strindberg, que tomó prestado el nombre de la laguna para titular un amargo relato sobre la soledad y el desconsuelo que sintió tras el divorcio de Siri von Essen. Ella y los niños estuvieron con él en la isla el primer verano, pero nunca más. El protagonista del relato, un conservador de museo, va al pantano para pescar, pero se pierde, y aunque es un hombre ilustrado, pertrechado con un sólido escudo de ciencia para protegerse de los poderes ocultos, pronto se ve envuelto en el juego caprichoso de una informe hostilidad. «Conoce todos los sonidos, y también todas las plantas y animales, de modo que si oyera o viera algo desconocido lo consideraría inadmisible.»

Uno se pregunta qué habría pasado si hubiera visto lo que yo vi en el musgo de turbera que crece en la orilla misma de la laguna. Una sarracenia americana. Durante unos instantes no se oyó nada más que el susurro de las alas de las libélulas.

Una planta extranjera de varios decímetros de altura, carnívora, imponente como si estuviera sacada de *El día de los trífidos*, la clásica novela de terror de John Wyndham. Una planta solitaria, magnífica. Nadie sabe cómo llegó hasta allí, pero puedo asegurar que no es cierto el rumor que corrió entre los botánicos, que fuera yo quien la plantó. Podría haber sido así, es verdad, pero no fui yo quien la plantó, lo cual no impide que desde aquel día sienta un gran cariño por la sarracenia, no porque atrape moscas con sus hojas enrolladas y llenas de líquido, ni porque sea tan rara, sino porque, como forastera naturalizada, rompe esquemas y sorprende. La xenofobia

biológica está muy extendida, pero casi siempre está injustificada.[4]

Un poco de devastación, aunque sea en forma de jardín, es raramente perjudicial. Solo cuando adquiere grandes dimensiones puede causar verdaderos estragos. Esa es una de las pocas cosas que aprendí durante la época de mis viajes.

La selva tropical es muy bonita en la televisión. Y es verdad que, en ocasiones, también puede resultar bella y agradable a corta distancia, es decir, en la realidad, pero la mayoría de las veces, creedme, es una orgía repugnante de plantas y animales que pinchan y muerden, donde la ropa se pega al cuerpo como si fuera film transparente. Nunca se ve el sol, puesto que el espeso verdor se cierra como la mohosa bóveda de un sótano sobre el camino que las intensas lluvias convierten en una acequia resbaladiza donde solo las sanguijuelas encuentran asidero, donde atacan los mosquitos armados de malaria y donde la simple idea de una mordedura de serpiente, una pierna rota o la disentería hace que el ánimo se hunda como una piedra en el agua a medida que la distancia respecto a la carretera más cercana empieza a medirse en jornadas de marcha, lo que en los trópicos ocurre con frecuencia; y esta es la razón por la que los tercos aventureros de los países del norte, al verse a oscuras, andando por el suelo putrefacto de la goteante selva tropical, desalentados y demacrados, rara vez hablan de nada más que de la consistencia de sus heces y solo son capaces de alumbrar los pensamientos más simples: «Sacadme de aquí», «Dadme una cerveza».

Sin embargo, no se podía hablar de ello, al menos a principios de los años ochenta, cuando toda la miseria de la región situada entre los trópicos se medía en la ridícula unidad de campos de fútbol por segundo. Y si por casualidad intentaba yo decir cosas como que al África central le vendrían bien unas autopistas y unas plantas de celulosa, mis afirmaciones eran tachadas de simples provocaciones, cosa que no era cierta; o decían que solo intentaba hacerme el interesante, lo cual tampoco era cierto, o no del todo.

El narciso blanco perfuma la noche primaveral. En el sotobosque, la mosca de los narcisos canta como un diapasón.

La imperceptible velocidad de su frecuencia de aleteo es una nota al pie que enriquece la experiencia del iniciado.
Lo último que yo necesitaba era una casa en Ydre, especialmente en el pueblecito de Svinhult, pero es allí donde estaba, a dos pasos de la nada de Småland.

Vi el anuncio por casualidad. Una casa de madera de finales del siglo xvii, para reformar. El terreno era grande y el precio tan ridículamente bajo que mis fantasías, que entonces necesitaban algo a lo que agarrarse, se adueñaron del lugar desde el primer momento y se aferraron a él el tiempo necesario para que la curiosidad se transformara en el deseo de posesión. La casa era realmente barata. Si hubiera estado en la isla, habría costado por lo menos veinte veces más. Llamé al agente inmobiliario, en Tranås, pero no sabía demasiado; solo me dijo que con aquel precio no estaba interesado en hacer mucho más que poner un anuncio. Todas mis preguntas me las contestaría el vendedor.

El vendedor era un hombre mayor, un poco confuso, que vivía en algún lugar de los bosques. Estuvo hablando mucho rato, parecía contento y a la vez sorprendido de que alguien hubiera encontrado su chabola. Yo lo escuchaba expectante, con un moderado deseo de poseer aquella ruina situada en el fin del mundo. Siempre podría conseguir preocupaciones gratis, pensaba. ¿Por qué comprar una en Svinhult? Fue entonces cuando dijo lo de la letrina; lo mencionó como de pasada, sin darle mayor importancia, como una simple curiosidad. Había pertenecido a Esaias Tegnér. Dijo lo siguiente: a la muerte de Tegnér, en el año 1846, se celebró una subasta en la sede episcopal de Östrabo, en Växjö, y los enseres domésticos se dispersaron. La letrina también se vendió. Durante mucho tiempo estuvo detrás de la rectoría de Svinhult, y ahora estaba allí.

En el catastro de Ydre confirmaron la historia: la casa era vieja, estaba en ruinas, y sobre la letrina circulaban varias leyendas. Para entonces yo ya estaba como embrujado. El profesor Bergh, de Lund, portavoz de la Sociedad Tegnér, cuando lo llamé y le formulé a gritos mis preguntas sobre la subasta, al principio no pudo decirme nada. Luego, sin salir de

su confusión, estuvo murmurando un rato, estimando las posibilidades de determinar la procedencia de la pieza. Eran escasas. Él mismo nunca había oído hablar del asunto, pero había otra persona en la asociación con la que me podía poner en contacto. Era una investigadora de la vieja escuela. Si había algo escrito sobre la letrina, ella era la única persona que podía encontrarlo. La llamé, y pude oír cómo meneaba lentamente la cabeza, con lo que mi pulso recuperó su ritmo normal.

A los tres días me llamó. Parecía que hubiera ido corriendo hasta el teléfono, porque le faltaba el aliento cuando me preguntó si la letrina de Svinhult tenía dos asientos.

—Sí, tiene dos asientos —contesté.

—Tras la muerte de Tegnér se vendió una letrina doble —dijo.

Hubo una puja por la casucha y yo llegué a ofrecer bastante más que el precio de salida. El agente inmobiliario estaba en Tranås con un teléfono en cada mano. En uno estaba yo, y en el otro, un especulador de Mariannelund que se acabó quedando con el lugar por setenta y tres mil coronas. Nunca me he arrepentido. Solo más tarde me pregunté para qué quería yo aquella casa en realidad y qué sentido tenía todo aquello. La única respuesta que se me ocurrió fue que me había poseído un deseo irresistible de coleccionar la letrina, como si fuera un fetiche.

—Hola a todos, he viajado por todo el mundo y tengo el retrete seco de Tegnér.

No, no funciona: las moscas son mejores. Calman la inquietud de otra forma. Y además, son gratis.

8. El enigma *Doros*

Hice una excepción, solo una, a mi estricta regla de capturar moscas únicamente en la isla. Una de esas doscientas dos especies de mosca que están en fila en mis cajas es un caso fronterizo. Fue el hombre del satélite quien la trajo. Una *Eristalis oestracea*, grande y peluda.

Una mosca hermosa, de comportamiento impredecible. Es posible que haya tenido problemas para sobrevivir, puesto que su modelo de negocio desde tiempos inmemoriales, quizá desde hace millones de años, ha sido el de plagiar a la fastidiosa mosca del cordero, la *Oestrus bovis*, como una oveja con piel de lobo. Realmente son muy parecidas. Una vaca apenas ve la diferencia, tampoco el resto. Pero el caso es que la mosca del cordero se extinguió hace tiempo en nuestras latitudes. Así que la protección del parecido se desvaneció. Por la misma razón, contemplamos con muda admiración otros insectos con unos diseños tan extraños que ni siquiera un surrealista colocado habría podido imaginarlos. Quizá estén imitando algo que ya no existe.

Explicar los casos excepcionales es todo un arte. A veces, ante las preguntas de la gente que pasa por aquí, no puedo por menos que contar el caso del raro escarabajo del Himalaya, que en tiempos vivió con holgura y a sus anchas en los majestuosos montones de excrementos lanosos de los mamuts, pero que ahora, como un príncipe ruso en el exilio, tiene que apañárselas con las tristes boñigas de los yaks. Cuanto más pienso en ello, más claro veo que fue un gran error sustituir «historia natural» por un término tan insulso como «biología».

En fin, volvamos al hombre del satélite.

Fueron los niños quienes lo bautizaron así. Es un redactor. Un periodista de esa especie heroica que cada sábado por la mañana, durante todo el año, intenta procurar entretenimiento radiofónico acercando un micrófono a la nariz de alguien que *ve* algo, aves o lo que sea. «¡Mira! Una bandada de patos silbones.» ¿Qué queréis que os diga? Aún no se le ha ocurrido a nadie retransmitir el ballet por la radio, pero se ve que a alguien le pareció que lo de retransmitir el avistamiento de aves era una buena idea. Y, curiosamente, a menudo funciona relativamente

bien, a juzgar por los índices de audiencia, aunque, como es lógico, los oyentes piden que se amplíe el repertorio. No hay torre de observación de aves donde estos redactores no hayan estado varias veces para charlar en medio de la niebla matutina sobre las aves que se vieron el año anterior. Deben de estar desesperados. Hasta el punto de que este verano tuvieron la extraña ocurrencia de hacer radio sobre moscas.

—Ajá, y aquí tenemos una pequeña mosca sírfida. Uy, ya se ha ido.

El periodista llegó la víspera por la noche para montar su emisora por satélite en la explanada, una gran antena parabólica, porque el espectáculo tenía que emitirse en directo. Pero lo primero que hizo fue entregarme un pequeño regalo que zumbaba sordamente dentro de uno de esos calcetines de lana con los que se suelen cubrir los micrófonos para ahogar el sonido del viento.

—No tenía nada más para capturarla —me dijo.

Una mosca. El hombre del satélite traía un sírfido vivo. Había intentado salir por una ventana cerrada del barco en el que el redactor vino del continente a la isla, y le pareció bonita y pensó que sería un buen regalo. Yo miré con cautela dentro del calcetín, pero volví a cerrarlo inmediatamente. ¿Era posible? Una *Eristalis oestracea*. Una especie que nunca había visto antes ni he vuelto a ver después. La única excepción que me he permitido.

La retransmisión radiofónica fue más bien normal, para nada legendaria, pero varios años después todavía podía oírse a los rudos isleños contarse unos a otros lo de aquel idiota que corría por el barco intentando capturar un abejorro con un calcetín.[5]

No se tarda más de diez minutos en cruzar la bahía en barco. El mar es muy profundo. Diez minutos no son muchos, pero suficientes para mantener una conversación sobre lo más esencial. Compraventa de terrenos, infidelidades, tal vez algún ave rara. Esas conversaciones en el barco pueden ser muy provechosas, incluso agradables, aunque no se digan más que unas pocas palabras triviales. Sin embargo, la propia limitación del tiempo del viaje las vivifica. Todos saben cuánto va a durar

y se atienen a ello.

Nada favorece tanto la concentración como la limitación del tiempo, a veces incluso del espacio. Cuando no sabemos dónde está el límite, todo transcurre como siempre. Como la vida misma. De forma vaga y lánguida. O como en una de esas conversaciones que suelen iniciarse cuando se retrasa el tren. De repente se detiene el tren. Nadie sabe por qué. El tiempo pasa. Uno empieza a hablar con quien tiene al lado, pero como esta persona tampoco sabe cuánto va a durar el retraso, la conversación no toma ninguna forma definida. Hasta que no vuelve a arrancar el tren y se sabe el tiempo que queda de viaje no se encauza verdaderamente la conversación. A menudo, poco antes de que uno de los dos baje del tren, o ambos.

—¿Cuándo te vas?

Esa era siempre la primera pregunta que los niños formulaban a nuestras visitas. Solo después se mostraban dispuestos a trabar amistad.

El género *Eristalis* está formado únicamente por impostores. En la isla hay poco más de una docena de especies, y la mayoría parecen abejas. Una de las más frecuentes, la *Eristalis tenax*, se parece hasta tal punto a una abeja melífera que uno pocas veces puede estar seguro del todo cuando la ve pasar volando. Su disfraz es tan prodigioso que el engaño en su tiempo apareció hasta en la Biblia. Es una proeza que no ha logrado ningún otro sírfido. Al menos que se sepa. El caso nunca ha estado entre las prioridades de los estudiosos de la Biblia.

El pasaje se encuentra en el decimocuarto capítulo del Libro de los Jueces, en el que se relata la antigua leyenda de Sansón, que al final cometió el error de enamorarse de Dalila. Aunque lo que nos interesa sucedió antes, al principio de la historia, cuando Sansón se dirige a Timná, cerca del golfo de Áqaba, para pedir la mano de otra mujer. Como quizás alguien recuerde, es entonces atacado por un fiero león, pero él lo despedaza con sus propias manos, puesto que se trata de uno de los héroes del Antiguo Testamento que tenía a Dios de su parte y podía matar a mil filisteos en una mañana sin despeinarse. No es extraño, pues, que el león se extinguiera de Oriente Medio; lo raro es más bien que el último ejemplar sobreviviera hasta entrado el

siglo xx.

Sea como sea, la petición de matrimonio fue aceptada, y cuando Sansón, algún tiempo después, se dirigía a la boda, volvió a pasar por el lugar donde había matado al león. Inspeccionó los restos mortales con curiosidad, y para su sorpresa encontró que un enjambre de abejas se había asentado en el cadáver. Sin ningún escrúpulo, se zampó la miel de aquel panal y luego tuvo la brillante idea de tomar el pelo a los invitados de su boda con una apuesta: «Les voy a proponer una adivinanza. Si me dan la solución correcta dentro de los siete días que dura el banquete, yo les daré treinta prendas de lino y treinta trajes de fiesta. En caso contrario, ustedes me los darán a mí».

A saber por qué propone todo aquello. Esa clase de apuestas quizá fueran solo una forma de pasar el rato en aquellas fiestas tan largas. En cualquier caso, los invitados aceptaron el envite y pidieron al unísono que les propusiera el enigma. Y dijo Sansón: «Del que come salió comida, y del fuerte salió dulzura». Y, naturalmente, los invitados no pudieron desentrañar el misterio. No se oyó ni un murmullo.

La única manera que tuvieron los invitados de averiguar la respuesta un pelín rebuscada (el león podrido engendra abejas) fue dirigirse a la esposa de Sansón y amenazarla con un incendio y la muerte si no conseguía secretamente que su esposo le diera una pista. Y así sucedió, los invitados adivinaron el acertijo, y todo termina en una habitual orgía de violencia en la que Sansón mata a treinta hombres (lo cual era el plan de Dios desde el comienzo) antes de volver a casa sin esposa y cabreadísimo. Luego viene una serie de venganzas varias hasta que Dalila entra en escena y todo se va al garete definitivamente. No hay mucho que decir sobre esto. El Libro de los Jueces es así. Lo interesante son las abejas.

Los expertos en la Biblia parecen estar bastante de acuerdo acerca de que el enjambre de abejas del cadáver del león no es más que una expresión de la antigua superstición de que la abeja melífera puede nacer espontáneamente del estiércol y la podredumbre. Hasta el siglo xvii no se puso en cuestión esa creencia, y hasta mucho más tarde eran muchos los que no

querían aceptar que esas abejas que salían de la pestilente papilla de la descomposición no eran sino la llamada mosca zángano, un sírfido disfrazado de abeja de la especie *Eristalis tenax*. Fueron esas moscas zángano lo que vio Sansón. La miel es solo uno más en la lista de engorrosos añadidos posteriores.
Pero ¿no se vuelve monótono a la larga? Antes o después, siempre acaban haciéndome esta pregunta. La isla no es muy grande. Y la cantidad de especies de sírfidos no es ilimitada. Pronto las tendré todas en las cajas. Mi buen amigo, el máximo experto en la materia, suele decir que, en el mejor de los casos, y si tengo la suerte de vivir mucho tiempo, no podré encontrar más de doscientas cuarenta especies en la isla.[6] Y con años de diferencia entre las últimas. Tal es la fauna, y la isla. Ya ahora, después de siete años, se ha vuelto difícil encontrar nada nuevo. Pero ¿monótono? En absoluto. En todo caso, solitario, quizás.

Para un entomólogo, quince kilómetros cuadrados son todo un mundo, un planeta en sí mismo. No como un cuento que se lee a los niños una y otra vez hasta que se lo saben de memoria; tampoco como un universo o un microcosmos (esta comparación no me convence), sino como un planeta, ni más ni menos, pero con muchas zonas desconocidas. Aunque uno no descubra nuevas especies, sigue siendo un misterio cómo viven y qué hacen, de modo que lo desconocido crece al mismo ritmo que el conocimiento. Como aquella mañana en que el mundo apareció transformado.

Era un día normal y corriente de julio, y yo acababa de sentarme al sol de la mañana para desayunar y esperar a que las pagazas piquirrojas llegaran de los islotes más lejanos para pescar en el lago. Al principio no percibí nada fuera de lo común, puesto que la llegada de la canícula siempre nos embota un poco, pero el caso es que miré hacia el orégano que yo mismo había plantado solo porque sus flores atraen a muchas moscas. Había algo que no cuadraba, algo que tenía que ver con las moscas zángano.

Hay que decir que ese año yo me había dedicado especialmente a las especies del género *Eristalis*. Son difíciles. No a la *oestracea*, claro está, pero sí a otras. Varias especies corrientes son muy parecidas, y para distinguirlas en el alfiler

hay que pasar mucho rato con el microscopio, dudando. A veces es más fácil determinar su especie en el campo, sin siquiera atraparlas, porque al menos un par de las moscas zángano más parecidas se comportan de forma muy distinta. Vuelan en distintos momentos y no visitan las mismas flores. Me había entretenido con estas cosas, sin llegar demasiado lejos, debo decir, pero había aprendido lo suficiente para darme cuenta de que allí había algo que no encajaba. Las moscas del orégano parecían de una especie totalmente nueva. Lo extraño era que estaban por todas partes.

Todavía encuentro especies nuevas todos los veranos, ejemplares aislados, hallazgos inesperados de moscas que han estado aquí todo el tiempo, pero en una cantidad tan ínfima que yo no había llegado a verlas. Estoy convencido de que mi colección, por más tiempo que le dedique, siempre contendrá estos enigmáticos solitarios. Sin embargo, esto era otra cosa. Era una especie nueva —la *Eristalis similis*—, pero el misterio era que había una gran cantidad de ellas. Ya aquel primer día debí de ver cien ejemplares. Y además eran grandes, como abejas. Los libros no hacían más que agrandar el enigma: decían que anteriormente esa especie solo se había atrapado en una ocasión en Suecia, en la isla Gotska Sandön, un solo ejemplar.

Sin duda, el mundo se había transformado. Aquello era una invasión.

Es en tales momentos cuando el entomólogo se convierte en narrador. Está dispuesto a hacer prácticamente lo que sea para que alguien lo escuche y, tal vez, lo comprenda; no hay truco al que no pueda recurrir en esas ocasiones, con tal de no ser el único que ha visto cierto fenómeno. Puede resistir la soledad como pocos, pero no hasta ese punto.

Más tarde llegué a saber que la invasión de *Eristalis similis* se había producido en un amplio frente sobre el país; la especie había llegado en tropel como una nube procedente del sureste, y teniendo en cuenta la cantidad que vi en la isla el primer día, debió de tratarse de cientos de miles de moscas, o tal vez incluso de millones. A veces lo hacen, los sírfidos: de repente les da por marcharse de algún lugar. No siempre se sabe por qué lo hacen, pero cabe suponer que ese comportamiento tiene sus

ventajas.[7] Parece que esta especie en concreto ha logrado establecerse al menos aquí, en la isla, porque ahora encuentro varios ejemplares todos los años. También podrían ser migrantes, claro, pero me atrevo a aventurar que viven aquí y les va bien. También les va bien a las especies que migran todos los años, las célebres grandes voladoras de géneros como *Eupeodes, Scaeva* o *Syrphus*. Sus larvas viven de pulgones que se dan en cantidades muy variables, con apariciones masivas en lugares determinados, por lo que a las moscas les sale a cuenta operar sobre vastos territorios; si en cierto momento hay mucho pulgón en una parte de Europa, migran allí. Por desgracia, es inútil anillarlas, y al parecer ni siquiera los japoneses han logrado fabricar radiotransmisores del tamaño adecuado; sin embargo, se pueden determinar los movimientos de los sírfidos migrantes investigando la procedencia de los granos de polen que transportan en la piel. Es muy complicado, pero no imposible.

Cuando se agotan las recompensas de la caza de especies, siempre me queda la opción de dedicarme a resolver misterios. Hay muchos, creedme. Ciertas especies adquieren su máxima celebridad precisamente como enigmas. Y uno de los mayores es *Doros*.

A veces corre el rumor de que el enigma se ha resuelto, que alguien ha encontrado la larva y logrado establecer una complicada relación con alguna especie de pulgón subterráneo que se alimenta de raíces, pero todavía no se han presentado pruebas fidedignas. El caso se complica todavía más por el hecho de que la *Doros profuges* tiene un comportamiento sumamente caprichoso. Pese a que es grande y bonita y no se parece a ninguna otra especie, y pese a que se comenta en casi todos los países europeos, es aún poco menos que una desconocida. Nadie sabe de qué se alimenta o por qué es tan esporádica. Aparece en algún lugar, un solo ejemplar, y ya no vuelve a dejarse ver. Es una rareza en todas partes. Es muy raro que alguien encuentre dos ejemplares en el mismo lugar. ¿Por qué?

No lo sé, claro. Sin embargo, puesto que he atrapado siete ejemplares en la isla, un caso único en Europa, tengo mis

teorías. Supongamos que la larva es subterránea y sensible a la naturaleza del suelo. Hay indicios en ese sentido, como ya he dicho. Quizá tengan predilección por el terreno rico en calcio, lo cual explicaría su rareza. Su comportamiento impredecible puede deberse al hecho de que su desarrollo dura varios años y, por tanto, la mosca no vuela todos los años. De mis siete ejemplares, cuatro son de un año, y tres, de otro. Aparte de estos ejemplares, no he visto ni rastro de la especie. Esta puede ser una pieza del rompecabezas. Otra explicación plausible es que *Doros* solo vuela un día y después se muere, como la libélula. El coleccionista que logra verla ha tenido suerte. Solo puede llegar a ver siete ejemplares quien nunca se mueve del sitio. ¿Hay algo deplorable en esto?

9. A la sombra de un volcán

La noche del 2 al 3 de febrero de 1923 se desató el infierno, una experiencia que no olvidaría nunca. Se convertiría más bien en un clásico de su repertorio como contador de historias y, con los años, llegaría a constituir una especie de fundamento para sus ideas sobre una isla fantástica —o un continente entero— que se había hundido en el mar. Que el terreno en el que se encontraba era inestable no lo negaban ni siquiera sus detractores. Y no serían pocos.

Aquel invierno Malaise acampó en una región desierta junto con dos harapientos cazadores de pieles rusos. Se encontraban en algún lugar del interior de la bahía de Olga, en la Kamchatka oriental, a cientos de kilómetros de la tierra habitada. Qué hacía allí exactamente y por encargo de quién es un asunto que, como siempre, no está del todo claro y que se presta a conjeturas, pero oficialmente su misión era continuar las tareas de recolección para el Museo Nacional de Historia Natural y trabajar en los preparativos de un mapa de la región mediante una serie de fotografías tomadas desde la cima de las montañas, un proyecto que nunca se llegó a terminar. Se alojaban en tiendas o en unas cabañas de turba y ramas de abedul en las que reinaba una suciedad indescriptible. Vivían a varios kilómetros de distancia unos de otros, por no estorbarse mutuamente la caza, según decían. Una escopeta de dos cañones y un Winchester, un saco de harina, sal y algunos cepos para martas cibelinas. Cámara, cacerolas y buen ánimo.

La cosa empezó bien. Las tormentas de nieve eran espantosas, y los días, cortos, pero al cabo de un par de meses ya se pudieron cambiar de calzoncillos, porque encontraron una fuente de agua caliente en un valle que se extendía entre conos volcánicos. Vivían con extrema sencillez. Comían carne, cocida o asada. Renos salvajes, osos, aves. Hacían el pan de un modo que solo se le puede ocurrir a un joven que vive en el bosque: «Para no tener que transportar o improvisar una amasadera para hacer pan, el cazador debe cavar un hoyo en la harina dentro del saco, echar sal, agua y de vez en cuando también levadura, y mover con una ramita para hacer la masa, cogiendo la harina de los lados de la “artesa”». Luego, el pedazo de masa se cocía en

grasa de oso. Alimento, nada más.

Un día de principios de febrero, Malaise bajó solo a la costa para recoger unas cuantas cosas que necesitaban y guardar los objetos recolectados en un almacén que tenían a unos cientos de metros de la playa. Durante la noche había nevado, por lo que el camino de regreso resultó más fatigoso de lo esperado. El trineo de perros iba muy cargado, costaba mucho abrirse paso entre la nieve, y no tuvo más remedio que pasar la noche en una vieja cabaña de cazadores junto al camino, una yurta destartalada con una viga que se curvaba como una hamaca bajo el pesado techo de turba. Preparó una cena frugal en la chimenea de la cabaña y desenrolló el saco de dormir en medio de la oscuridad. Se durmió al momento, pero se despertó con la sensación de estar en alta mar.

Aquella noche hubo en Kamchatka un temblor de tierra portentoso. Malaise relató el suceso en su primer libro, *Cazas y terremotos*. Con gran dificultad salió a rastras de la yurta justo antes de que el techo se viniera abajo, oyó un gran estruendo, los abedules se movían y golpeaban en medio de una noche en la que no corría ni un soplo de aire. Vivió aquel amanecer con gran incertidumbre y más tarde encontró a sus compañeros, sanos y salvos, pero aterrorizados. En cambio, el almacén de la costa había desaparecido, junto al bote del que disponían y también los bosques de allí abajo. Un maremoto gigantesco había levantado un dique de hielo de varios metros de altura que, como un cepillo de carpintero, había surcado varios kilómetros tierra adentro. Todo había desaparecido. Y los temblores de tierra continuaron: «En los primeros tres días la tierra temblaba aproximadamente una vez cada cinco minutos; luego, una vez cada cuarto de hora; al cabo de un mes, una vez cada hora, y cuando yo me marché, a principios de julio, había de uno a tres terremotos al día».

Los rusos se fueron al cabo de un mes. No se atrevieron a quedarse, por el miedo a que la tierra se hundiera en el mar. Emprendieron a pie el camino hacia el sur, hacia Petropavlovsk, pero Malaise se quedó, orgulloso de su soledad, contento porque la harina que le quedaba iba a durarle más tiempo. Por desgracia, los lobos se comieron a los perros, pero al parecer

mantuvo el buen ánimo hasta que lo socorrieron. Una larga y voluptuosa descripción de su libro trata sobre el arte de preparar «oso asado en un hoyo». «Los cojines de tejido conjuntivo de la planta de los pies del oso, que antes habrían podido competir en dureza con la gutapercha, son ahora tan gelatinosos que se pueden comer con una cucharilla.» Malaise no estaba hecho para la nostalgia.

A finales de verano fue a Japón para comprar rollos de película. Las placas fotográficas se habían perdido en el maremoto y encargar otras nuevas en Kamchatka no era nada fácil en medio del caos revolucionario. Además, necesitaba también otras cosas. De modo que fue en barco hasta Yokohama. Solo iba a estar unas cuantas semanas fuera; pero, como de costumbre, las cosas no salieron exactamente como había planeado.

El 31 de agosto de 1923 tuvo lugar el peor terremoto de la historia de Japón, unos cuantos días después de la llegada de nuestro Malaise, lo que a estas alturas ya no puede sorprendernos. En el momento de la catástrofe se encontraba en el segundo piso de un hotel de Kamakura, en las afueras de Tokio, adonde había ido con unos amigos para disfrutar, al parecer, de unas vacaciones de mar y sol. Cuando se produjo el temblor, estaba saliendo por la puerta de su habitación: «Acababa de decidir que no tenía ningún sentido haber ido hasta uno de los pueblos costeros más bonitos de Japón para quedarme tumbado en la cama, y que sería mejor bajar a la playa y ver si había buenas olas para el llamado *surf*».

Me cuesta trabajo imaginarme a René Malaise en bañador y con una tabla de surf debajo del brazo, lo cual no llegó a darse en realidad, porque al cabo de un segundo desaparecieron tanto el techo como el suelo y Malaise se quedó plantado en el umbral de la puerta: «El edificio se movía como un barco en medio de una tormenta». Era cuestión de llegar a la calle a toda pastilla.

> A mitad de camino se abrió de repente una puerta delante de mí, y de allí salió en paños menores una corpulenta señora mayor como si la hubiera disparado un cañón, se estampó contra la pared de enfrente y se desplomó como un trapo. Con un par de saltos pasé junto a ella y llegué a la

escalera, pero al volverme y verla en el suelo me avergoncé, volví sobre mis pasos y logré ayudarla a llegar a la escalera y bajar a la planta baja. Que la señora y yo no cayésemos de la escalera con aquellos temblores tan tremendos es algo que no me explico.

Sigue una descripción extraordinaria de la devastación de Yokohama y de Tokio; extraordinaria porque lo presenta como un paseo por el infierno y, a la vez, no. Cientos de miles de personas murieron en la catástrofe, y él se encontraba en medio de la tormenta de fuego, viéndolo todo con sus propios ojos: los montones de cadáveres, los saqueos. Sin embargo, persiste en relatarlo como un antiguo documental, sin mostrar el menor atisbo de su propio miedo y desesperación. Como si nada pudiera alterar su buen humor. «Allí dormimos, tranquilamente, toda la noche, sin que nos afectaran los seísmos de diversa intensidad que hacían temblar el suelo, bajo un cielo teñido de color rojo sangre a causa de los incendios de Tokio.»

Una explicación verosímil de este estilo desenfadado es que, en el camino de vuelta a Suecia, Malaise coincidió con Albert Engström* en Moscú. No tenía mucho sentido volver a Kamchatka cuando las películas fotográficas en todo Japón se habían convertido en humo. Además, había perdido el último barco del año. Por lo tanto, se imponía el regreso, vía Vladivostok, lo cual presentaba algunas complicaciones, puesto que no disponía de los visados necesarios en su pasaporte. Sin embargo, al final pudo superar ese escollo, probablemente porque ningún aduanero soviético se atrevió a oponerse a aquel sueco tan obstinado que, para colmo, había logrado la hazaña de convertirse en mensajero. Antes del viaje, en alguna ciudad japonesa, un antiguo cónsul ruso le endosó unas cartas que debía entregar a un comisario en Vladivostok. Esta fue siempre la mejor forma de abrirse paso a través de la burocracia durante todos los años de existencia de la Unión Soviética.

Ocurrió hace muchos años. Yo tenía algo que hacer en Karakalpakia, en Uzbekistán, y tomé el avión en el aeropuerto de Arlanda, en Estocolmo, a la una y veinticinco. En el avión, que cada día pasa por encima de la isla a las dos menos veinte, me senté al lado del corresponsal en Moscú del *Expressen*, e

inmediatamente empezamos a fanfarronear el uno delante del otro.

Yo viajaba al mar de Aral, un destino quizá no especialmente envidiable, pero del que se podía presumir, puesto que eso ocurrió antes de la caída de la Unión Soviética, y en esa época uno no podía viajar al este a su antojo. No obstante, en lugar de mostrarse impresionado, él contraatacó con toda una serie de proezas más o menos espeluznantes, la clase de historias que cualquier corresponsal puede relatar en un momento de apuro. A continuación lo intenté yo con mis aventuras del año anterior en el norte de Siberia, pero no obtuve ninguna reacción por parte de mi interlocutor, cuyas historias adquirieron, entonces, tintes surrealistas.

Una breve pausa. Nos desabrochamos los cinturones de seguridad.

Yo blandí una carta que la ministra de Medio Ambiente sueca, Birgitta Dahl, dirigía a su homólogo soviético, y que, a través de varios intermediarios, me habían confiado para que la entregara personalmente, puesto que no se podía confiar en el correo postal. El corresponsal me dirigió una mirada altiva, como si llevara la cartera repleta de mensajes mucho más importantes. Al cabo de un cuarto de hora solo me quedaba un as en la manga.

—Mira, yo vivo ahí —dije como de pasada cuando la isla apareció a nuestros pies. Surtió efecto. Por lo menos, un poco. Cuando uno vive en el archipiélago se supone que gana mucho dinero, y eso siempre impresiona a los periodistas, más que ninguna otra cosa, en realidad. Aguanté la respiración y miré hacia la isla. ¿Funcionaría? Transcurrieron varios segundos, medio minuto, no más. Y entonces, gracias a Dios, vi la señal que daría mi golpe definitivo.

—¿Ves aquello de ahí abajo? —le pregunté—. Ahí, en mitad de la isla, hacia el lago, un destello.

Se inclinó por encima de mí, puesto que yo ocupaba el asiento de la ventanilla.

En efecto, el periodista vio una especie de destello en la orilla, y entonces yo, echado hacia atrás y con la flema del trotamundos, zanjé la conversación con las siguientes palabras:

—Son reflejos del sol. Mis hijos están haciendo señales. Con el espejo del cuarto de baño.

El hombre cambió de asiento antes de que pasáramos por encima de la isla Gotska Sandön.[8]

Hasta ese momento, noviembre de 1923, resulta bastante fácil seguir los pasos de Malaise. Tras pasar cuatro años fuera, ahora se encontraba de nuevo en Estocolmo, pero enseguida desaparece del mapa.

Escribe su libro, que se publica al año siguiente, y seguramente nada habría sido más fácil para él que recorrer el país recabando el aplauso de la gente, como hizo Sten Bergman. Solo tenía que leer extractos de su libro. Se le daba muy bien. Pero no lo hace. Vuelve a marcharse. En 1924 vuelve a su posición avanzada en el océano Pacífico. ¿Por qué?

Tenemos dos pistas: disponemos de ciertos indicios de que Sten y René tenían alguna clase de pacto según el cual Bergman era el encargado de cultivar los contactos con el público. No lo sé con certeza, pero la familia ha dado a entender que, en sus últimos días, Malaise no estaba nada satisfecho por haber tenido que desempeñar el papel de segundo violín. Comienza el prólogo de su libro asegurando que *no* se trata de la descripción oficial de su participación en la expedición de Kamchatka, sino únicamente del año en que estuvo solo allí. Como si no le estuviera permitido escribir sobre los tres primeros. Y poco tiempo después, Bergman se había convertido en una megaestrella, en un autor que pasaría a la historia.

¿Volvió Malaise a las regiones desiertas para demostrar algo?

¿Estaba huyendo?

¿O sencillamente se había enamorado?

La otra pista es que el libro está dedicado a una mujer brillante como pocas. Ester Blenda Nordström. La mujer que no pudo formar parte de la expedición desde el principio porque Bergman lo impidió. Cabe la posibilidad de que ella fuera la razón por la que René se quedó tan poco tiempo en Estocolmo. No me puedo imaginar que fueran los himenópteros los que hicieran que se marchara, pese a que yo soy capaz de creerme casi cualquier cosa sobre un entomólogo. Sea como fuere, unos

años después Ester Blenda también se marcha a Kamchatka, y allí, el día del segundo aniversario del terremoto de Japón, el 31 de agosto de 1925, se casan.

Como ya he dicho, aquí los pasos de Malaise se vuelven confusos, pero está claro que permanece en el Lejano Oriente hasta 1930 y que Ester Blenda se queda allí dos años. Solo he encontrado una carta de aquella época: Malaise la escribió en diciembre de 1927 e iba dirigida a una de sus tías maternas. Entonces estaba al frente de una granja de martas cibelinas soviética en el pueblo de Jelisovo, cerca de Petropavlosk («250 rublos al mes sin tener que hacer nada más que pasearse como el jefe y decir lo que hay que hacer»). La carta también permite deducir que antes había vivido con Ester Blenda en otro pueblo, Kliuchí, cerca del maravilloso Kliuchevskói, el volcán más alto del mundo. Al parecer se habían ganado la vida como fotógrafos. Malaise escribe: «No creas que Ester Blenda y yo nos hemos separado como enemigos, al contrario, y estoy bastante seguro de que volverá».

Pero no lo hizo. El divorcio se produjo en 1929. No se conocen otros contactos entre ellos. Los expertos en Nordström aseguran que lo que tenían no era más que un matrimonio de conveniencia. Que a ella ni siquiera le interesaban los hombres. Otros dicen que Ester Blenda se aprovechó de un ingenuo amigo de la infancia. Puede ser, pero es igual de creíble que solo fueran dos personas muy solas que huían y que se hicieron compañía allí donde el mundo es más hermoso y más cruel, y de nuevo más hermoso. Con todo, que al menos Malaise sí estaba enamorado no parece una conjetura aventurada. Todo el mundo adoraba a Ester Blenda. Tenía algo que seducía a cualquiera, tanto a hombres como a mujeres. Nadie ha podido decir nunca de qué se trataba, aunque muchos lo han intentado.

Había nacido en 1891 y pronto se labró un nombre como periodista en la prensa de Estocolmo firmando como Pojken («El niño»), y posteriormente como Bansai. Todavía hoy se habla de sus ojos y de su encanto misterioso, tan lleno de contradicciones. Era imprevisible, así lo atestiguan todos los que la conocieron. Podía brillar como una estrella en la vida social, ser la reina de la fiesta, derrochar alegría, humor e ingenio,

encandilar con el acordeón en la barriga y una canción en los labios, o con una buena historia en el torbellino de la embriaguez; pero con la misma frecuencia sufría ataques de melancolía y evitaba a todo el mundo, quemaba los neumáticos de su motocicleta o hacía largas excursiones por regiones salvajes. Viajaba mucho, a menudo sola, y a veces de incógnito. Jack Kerouac aún no había nacido cuando Ester Blenda Nordström vagabundeaba por Estados Unidos haciendo autoestop o como pasajera clandestina en los vagones de ganado.

Su debut como escritora fue un éxito inmediato. El reportaje narrativo *En piga bland pigor* («Una criada entre criadas») se publicó en 1914 y llegó a vender 35.000 ejemplares. Disfrazada y con un nombre falso, aceptó un empleo de sirvienta en casa de un campesino de Södermanland que nada sospechaba, y fue así como abrió con su pluma todo un mundo de injusticias cuya existencia por lo visto el lector burgués había olvidado. El debate fue largo y enconado, y el nombre de Ester Blenda estaba en boca de todos. Después marchó a Laponia para trabajar como maestra nómada en un pueblo sami. Estuvo allí nueve meses. Era una vida dura, pero *Kåtornas folk* («El pueblo sami»), publicado en 1916, es uno de sus mejores libros.

Actualmente se la suele comparar con Günter Wallraff, que no había nacido cuando Blenda escribió sus libros, y no digo que sea una comparación disparatada. Ella era tan valiente y drástica como él, y se sentía igual de atraída por las aventuras que él. Incluso el éxito de ambos es comparable. Pero hay algo más. Ciertamente, son los reportajes sociales los que hacen que todavía se hable de ella y siga viva en los proyectos de género de los estudios literarios, pero hay algo más, algo que hace que el lector quede seducido inmediatamente por su escritura. Y esto la aleja del periodismo alemán de denuncia.

Más que a Wallraff, es a Bruce Chatwin a quien se parece. Ningún otro escritor sueco me lo ha recordado tanto como ella. Son igual de misteriosos e inaccesibles, igual de luminosos en el recuerdo de todos los que los conocieron. La misma mirada devastadora y la misma brillantez insuperable en el arte de

gustar. Y los dos huyen constantemente, quizá de sí mismos, dejando un rastro de admiradores fascinados, preguntas y especulaciones sobre una sexualidad ambigua y todo tipo de pasiones contradictorias. Y ambos sienten un interés compulsivo por los nómadas y la gente que vive al margen de todo. Dos caminantes que desaparecieron. El resto son mitos. Chatwin murió de sida a los cuarenta y ocho años de edad; Ester Blenda Nordström se consumió después de sufrir una hemorragia cerebral a los cuarenta y cinco.

Su libro más curioso y, sin lugar a dudas, el mejor es *Byn i vulkanens skugga* («El pueblo a la sombra del volcán»), de 1930, que trata de los años pasados en Kamchatka, «el país dorado de la pereza y los optimistas». Abre el libro un verso de Robert William Service, un poeta olvidado: *Lover of the Lone Trail, the Lone Trail waits for you* («Amante de la Senda Solitaria, la Senda Solitaria te espera»). Es un libro divertido, a ratos desternillante, pero a la vez profundamente conmovedor y melancólico. Habla de la vida en el pueblo. Desde Suecia, la escritora recuerda con nostalgia a todas las personas que describe, personas a veces cómicas y a veces trágicas.

Pero nunca escribió sobre su marido. Ni una sola línea. Debía de andar por ahí con su red. Sin embargo, fue ella quien al final dio la explicación más creíble acerca de por qué Malaise estuvo diez años en Kamchatka. Sencillamente, creo que allí se encontraba a gusto. Aquel era su paisaje.

> El Kliuchevskói asalta el cielo. Es como si supiera que es el volcán más alto del mundo y quisiera llegar aún más alto; como si estuviera furioso por verse ligado a la tierra y, movido por una vanidad salvaje, desmesurada, intentara atravesar el espacio para llegar hasta el cielo.

10. La red y la soledad

Ester Blenda Nordström tenía un hermano mayor que se llamaba Frithiof. Era su contrario exacto en casi todo. Tranquilo y sedentario como un percebe. Era dentista de profesión, pero dedicaba todo su tiempo libre a coleccionar mariposas. Con los años se convirtió en el mayor experto en la materia y coronó su carrera entre 1935 y 1941, cuando, junto con Albert Tullgren, escribió *Svenska fjärilar* («Mariposas suecas»), una obra magnífica que todavía no se ha superado.

No dijo mucho sobre su misteriosa hermana. Sin embargo, aparece un momento en las memorias de John Landquist para hacer un comentario enigmático sobre la vida de su hermana. Landquist, un estudioso de la literatura, había estado perdidamente enamorado de Ester Blenda, como parece que también lo estuvo la que entonces era su esposa, Elin Wägner. Ester Blenda vivió en la casa de ambos algunos años de su juventud. Landquist escribe: «Mucho después de su muerte, su hermano, el doctor Frithiof Nordström, el famoso investigador de mariposas, me dijo que durante toda su vida su hermana fue muy meticulosa en las cuestiones eróticas». A saber a qué se referiría con eso.

En todo caso, parece que, en la década de 1910, Frithiof Nordström pasó algunos veranos en esta isla. Aquí capturó mariposas y escribió sobre sus hallazgos en la revista *Entomologisk Tidskrift*. Quizá venía aquí por las mariposas. La isla ya era conocida entre los coleccionistas. Es una casa de locos, sin duda, pero tiene una flora única y una gran cantidad de insectos de especies raras.

Él y yo nos relacionamos a la manera de los entomólogos. Encontrar especies nuevas, las que nunca antes se han capturado en la isla o ni siquiera en Uppland, puede ser sin duda muy emocionante, pero no se puede comparar con volver a encontrar las que otros vieron hace mucho tiempo y que nadie más ha vuelto a ver. Las que se suponía que habían desaparecido. Solo sé explicar esta sensación como una forma de relación en la que el tiempo significa mucho y a la vez nada. Si veo una mariposa rara que Frithiof capturó casi cien años atrás, es como si recibiera una postal inesperada de un viejo conocido que está

pasando unas largas vacaciones en algún lugar lejano.

Espero con impaciencia el día en que nuestros museos de historia natural decidan registrar sus colecciones en una base de datos que se pueda consultar, como la de la Biblioteca Real. Solo entonces podrá ponerse en marcha de verdad la correspondencia entre nosotros. Actualmente, es imposible saber lo que otros han capturado en la isla y cuándo lo han hecho. Cuando un coleccionista muere, los frutos de los esfuerzos y las alegrías de su vida van a parar a alguno de los museos, normalmente en Lund o en Estocolmo, donde todo se clasifica en la colección principal y cada especie es colocada en su propia caja. Se hace así por razones prácticas. Y para el que investiga sobre algún género concreto, las colecciones cada vez mayores de los museos constituyen un recurso muy valioso. Sin embargo, al mismo tiempo es como arrojar cenizas al viento; es imposible reconstruir el camino de un coleccionista cuando su caza se ha dispersado.

Sten Selander, que también estuvo aquí en su día, describió su colección de aculeados como si fueran parte de su obra literaria. Lo dijo en el melancólico ensayo «Skåpet där sommaren är inlåst» («El armario que encierra el verano»). Lo recuerda. Los aculeados no son bonitos a la manera de las mariposas.

> Pero tienen una cualidad que yo entiendo; casi la única comprensible en el extraño mundo de los insectos: les encanta el sol y el calor tanto como a mí. Puede que sea ese el motivo por el que me interesé por ellos; no lo recuerdo exactamente, fue hace mucho tiempo. Gracias a esa característica de los aculeados, los miles de papelitos de mi colección, con la fecha y el lugar del hallazgo, se han convertido en una especie de diario que solo recoge días bellos y claros, días de calor, brisas suaves y sin ninguna otra nube que pequeños y vaporosos cirros; y el armario en el que duermen los últimos veinte veranos podría tener la misma inscripción que tantos relojes de sol: yo no cuento más que las horas soleadas.

Saca una caja al azar y empieza a leer. El sol achicharra, se revela una vida. Eso es lo que hacen durante toda su vida los

entomólogos y, por lo tanto, sus colegas.

Si existiera una base de datos, solo habría que buscar el nombre del coleccionista. O quizás un lugar, o ambas cosas. Ahora que nos hemos conocido, sería muy divertido saber, por ejemplo, si Malaise también estuvo aquí a la caza de insectos. A lo mejor vino a visitar a Frithiof algún verano. La respuesta está en las colecciones, pero desgraciadamente solo para quien tenga el tiempo necesario para examinar las minúsculas etiquetas de unos cuantos millones de animales. Repasar solo los tentredínidos es una tarea imposible. En cambio, se pueden formular preguntas más sencillas: ¿capturó alguna vez Frithiof Nordström la *Macroglossum stellatarum* en la isla? La esfinge colibrí. Entonces uno examina la caja correspondiente en Lund y descubre que la respuesta es no. Y piensa: «Mala suerte, Frithiof, ahora la verías».[9]

Es cierto que las mariposas no me apasionan. No como me apasionan las moscas. Son simplemente parte del paisaje, se ven casi sin querer, como los titulares de la prensa. Las mariposas grandes y bonitas son, al igual que las aves, los árboles y las flores del campo, la mera entradilla de toda la letra pequeña, de los matices, de aquellas cosas cuya comprensión requiere una tremenda cantidad de conocimiento. Basta ver una vez en la vida una esfinge colibrí para no olvidarla nunca. No es difícil averiguar su nombre. Las mariposas son ineludibles. Sobre todo en el crepúsculo, y después.

Las noches de verano son una historia en sí misma. Durante la noche se puede recoger casi cualquier cosa excepto moscas. Un sírfido por la noche es igual de impensable que una golondrina.

Lo único que puedo hacer es recogerme en mí mismo.

Una teoría. En los cimientos de una persona hay muchas cosas que se heredan prosaicamente por vía genética (el talento musical, la inteligencia, las enfermedades y otras cuestiones), mientras que ciertos aspectos se explican más bien como una consecuencia de las experiencias tempranas del niño en un determinado ambiente. No hace falta que ahondemos en el asunto. No hay blancos y negros; los límites son difusos. En cualquier caso, ciertas características de una persona pueden ser

más un producto cultural que el bronce vertido en el molde monótono e injusto de nuestra biología. Aquí es donde creo que hay que situar el carácter romántico. Quizá no enteramente, pero sí en lo fundamental.

La siguiente observación es igual de banal; esto es, que en Suecia tenemos las noches de verano más bellas del mundo. Solo bajando un poco más hacia el sur, en la misma Europa, las noches se convierten en el triste y negro paréntesis que va del anochecer a la mañana. Las noches tropicales, por su parte, pueden llegar a ser imponentes explosiones de estruendo cambrosilúrico, cuando truena o las cigarras celebran sus orgías en las copas de los árboles. Es algo suntuoso, pero nada más, y aunque el canto indescriptible del chotacabras de Madagascar bien vale un viaje, no es, pese a todo, más que interesante y emocionante, algo que contar, pero nunca llega a tener una belleza tan sublime como las noches de Suecia.

Durante los veranos hay unas cuantas noches (no muchas, pero sí unas cuantas) en las que todo es perfecto. La luz, el calor, los aromas, la bruma, el canto de los pájaros, las mariposas. ¿Quién puede dormir entonces? ¿Quién quiere hacerlo?

La mayoría, al parecer. En cambio, yo, rebosante de felicidad, paseo por la isla hasta el alba y sueño y pienso que la noche de verano es nuestro recurso natural más desaprovechado. Esta idea es nueva, pero los sueños y las excursiones me han acompañado desde que tengo memoria. Porque en las afueras del pueblo junto al mar en el que pasé mi infancia, un pueblo provinciano de un encanto superficial, yo era el único niño al que permitían correr libremente de noche. No se puede mandar a la cama a un coleccionista de mariposas, por más pequeño que sea. Y mis padres eran, y siguen siendo todavía, unas personas conmovedoramente crédulas a las que nunca se les pasó siquiera por la cabeza que un niño pudiera hacer otra cosa que cazar mariposas bajo el farol más cercano.

Yo siempre pasaba las noches fuera. Escuchaba al carricero políglota, espiaba los tejones, robaba fresas y lanzaba piñas a las ventanas de las niñas. Por supuesto, también cazaba mariposas, montones de ellas, y estaba casi siempre solo. Hasta que no fui

algo mayor no empecé a ir en bicicleta a la ciudad y a beber como un cosaco, pero eso es otra historia. Aquellas experiencias me habían dejado una impronta imborrable.

Desde entonces considero todas las noches medianamente tibias como mi propiedad privada. Por desgracia, tampoco tengo que compartirlas con muchos otros aparte de Frithiof y, a veces, un sapo de gran tamaño que vive debajo del porche y que cada verano va hasta la esquina de la cabaña donde suelo extender una sábana delante de la lámpara. Nos sentamos cada uno a un lado del trozo de tela, como si fuera una mesa. El sapo siempre caza más insectos que yo. Frithiof cuenta viejas historias.

Claro que a veces resulta solitario. Negarlo sería estúpido.

«Cuando uno va a estudiar el mundo de los insectos tiene que estar preparado para muchas cosas, también en su interior», escribió Harry Martinson; y lo primero con lo que debe contar el entomólogo es con la soledad. Supongo que es por eso por lo que el típico entomólogo se dedica a las mariposas. Hay bastantes personas que saben lo suficiente sobre las mariposas para que su actividad tenga cierto sentido también en un contexto social. No es imposible encontrar personas con la misma afición, y aunque el coleccionista salga casi siempre solo, sus hallazgos más distinguidos son tan bellos que cualquiera puede comprender su alegría y compartirla. Todo el mundo sabe cómo es una esfinge de la muerte africana, o una macaón. No todo el mundo, de acuerdo, pero sí las suficientes personas para calmar el deseo de comunidad del coleccionista.

El experto en moscas, en cambio, suele patalear en vano. Una *Doros profuges* es como una esfinge de la muerte africana para mí, pero para casi nadie más. Una invasión masiva de *Eristalis similis* es una noticia sensacional. ¿Cuántos somos los que tan siquiera la observamos? ¿Cinco personas?

Ciertamente, hay un foro en internet que es como un vínculo entre personas afines de todo el mundo, pero desde que los estadounidenses bombardearon Serbia tengo la sensación de que la gente se censura. En cualquier caso, desde entonces las discusiones se han vuelto muy poco interesantes y se ciñen rigurosamente a los límites de la ciencia. Es una pena, porque habría podido llegar a ser una comunidad para los aficionados

de nuestra especialidad.

Fue en marzo de 1999. Los bombarderos estaban en las bases con los depósitos llenos, esperando la orden de despegar. Entonces llegó a nuestro foro un mensaje de uno de los mayores investigadores de Europa en el campo de los sírfidos, que precisamente trabajaba en Serbia: un breve saludo con el agradecimiento por la agradable convivencia durante el último congreso. Nada de política. Solo dijo que estaba esperando los bombarderos. Y nos deseó suerte a todos en la vida. Eso fue todo. Al día siguiente llegaron expresiones de solidaridad de sus amigos de otros países y, por un momento, pareció que éramos una comunidad. Sin embargo, al tercer día, uno de los personajes verdaderamente importantes en el sector escribió desde la Smithsonian Institution, en Washington, para decir que había que poner orden de una maldita vez. Y ahí terminó la cosa. Las conversaciones internacionales en un foro abierto rara vez resultan especialmente fructíferas, ni siquiera cuando se habla de moscas.

Con el tiempo, la conversación acaba recordando el concierto disperso que puede oírse algunas noches de principios de primavera, cuando tres o cuatro mochuelos chicos se ponen a silbar a cierta distancia unos de otros, pero lo suficientemente cerca para marcar los límites del territorio de cada uno.

Así pues, nos las arreglamos tan bien como podemos cada uno en su país. Tengo dos amigos que saben más de sírfidos que yo. Es más que suficiente. En cuanto hago algún hallazgo del que puedo presumir se lo comunico, y ellos siempre me contestan por correo electrónico con unas felicitaciones no exentas de cierta envidia. Luego están los entomólogos que no estudian las moscas, sino otros insectos, pero eso a menudo es suficiente para que comprendan mi fascinación. Exactamente como Frithiof, y Sten, René, Harry y todos los demás que, pese a que ya están muertos, siguen estando con nosotros.

11. El árbol de las moscas

Hubo una vez un árbol gigantesco en la ciudad de Ronneby. En su día, Linneo lo llamó en sus escritos «el árbol de las moscas», aunque ya se llamaba así desde hacía mucho tiempo. Su historia puede explicar por qué andamos constantemente a la caza de ciertas moscas que nunca llegamos a ver. Los expertos hablan de «animales legendarios», usando un término técnico tan ridículo como la jerga de dos amantes sacada de contexto.

Hablamos de los grandes y hermosos sírfidos casi míticos cuyas larvas pasan tranquilamente sus días en cavidades llenas de agua en lo alto de las copas de los árboles. Son tan raras que uno puede pasarse la vida buscándolas.

El árbol de las moscas llegó a ser uno de los árboles de mayor tamaño de la historia de Suecia, un álamo negro cuyos orígenes se remontaban a la Edad Media. Hasta 1884 vivió, como una nube verde grisácea, al lado del juzgado, a orillas del río Ronneby. El tronco tenía un perímetro de once metros. El de la rama más gruesa llegaba a los cinco metros. Para hacernos una idea, un barril de petróleo tiene un perímetro de unos dos metros. Ese árbol era tan enorme que la gente de Ronneby presumía de él como de un monumento de dimensiones orientales, algo que se reproduce en postales que llegan a todo el mundo. No había nadie en muchos pueblos a la redonda que no supiera que ese árbol gigantesco se llamaba «árbol de las moscas». Era un ecosistema completo. Aquella erupción de ramas y verdor albergaba bandadas enteras de chovas, y en algún lugar había una horcadura en cuya base se encontró lo que la gente llamó un manantial. Seguro que estaba lleno de larvas de animales legendarios, aunque no era por eso por lo que el árbol recibió su nombre, sino porque cada otoño, sobre todo después de veranos lluviosos, su enorme copa se transformaba literalmente en una nube… de enjambres de pulgones. Al parecer, en aquel árbol vivían una o varias especies de pulgones inductores de agallas, provocando unos pequeños bultos en los peciolos de las hojas, y como aquella aparición era de una magnitud tan extraterrestre, la cantidad de pulgones igual de cósmica, aquello se convirtió en un acontecimiento que se repetía año tras año, durante siglos, algo tan insólito y

tremendo que la gente hablaba de ello en las postales.

Desgraciadamente, en 1882 se partió una rama durante una fuerte tormenta, y a algún ignaro funcionario de la ciudad se le metió en la cabeza que el árbol interfería en el progreso, sin que se supiera exactamente en cuál. Al mismo tiempo, se extendió el rumor de que el tronco estaba podrido hasta la médula, de modo que había que retirar aquella ruina. Y así se dispuso. Se afilaron las sierras más largas, pero todos los intentos de abatir el árbol fueron en vano. Los apuros en los que debieron de verse los destructores pueden darnos un magro consuelo. Lejos de estar podrido, resultó que el tronco estaba sanísimo: no era nada que pudiera cortarse durante la pausa del café. Era sencillamente imposible. El árbol de las moscas lo resistió todo.

Salvo la dinamita. Así fue como terminó la historia. Volaron el árbol de las moscas con dinamita. En aras del progreso. ¡Ay!

Existe una serie de insectos con una vida tan enigmática que solo llegan a verse algunos ejemplares aislados cada siglo, y es posible que algún que otro sírfido pertenezca a esta categoría. Otra posibilidad es que aquí ya no existan, puesto que ya no hay árboles verdaderamente legendarios, o muchos menos.

En el jardín de la isla tenemos unos cuantos árboles que pueden llegar a ser bastante grandes con los años: un roble, un fresno, unos cuantos arces, álamos temblones, alisos, abedules y, por supuesto, pinos, y un abeto en la orilla, que seguramente padece algún raro defecto genético, porque parece una escobilla descomunal. Crece treinta centímetros cada verano (algunas mañanas parece una antena de transistor no extendida del todo) y, como está un poco desamparado, el viento del norte probablemente lo romperá el día menos pensado.[10] A la larga, seguramente solo resistirán el roble y el fresno, pero como el roble no debe de tener más de cien años, y el fresno apenas cincuenta, parece que habrá que esperar una o dos generaciones más para que adquieran la consistencia interna adecuada.

Tengo puestas mis esperanzas en uno de los arces, un árbol muy bonito que alguien cortó a ras del suelo hace mucho tiempo y al que luego dejaron brotar en paz. Por eso tiene ocho troncos, no muy gruesos, que forman una especie de círculo alrededor de un agujero donde estaba el tocón, descompuesto

hace mucho tiempo. Esta cavidad está siempre llena de un litro y medio de un lodo parduzco. Y allí me siento yo durante horas, como si estuviera ante una charca de la sabana. Todavía no ha ocurrido nada.

También hay unos cuantos tocones en los que paso los días del final del verano, sobre todo tocones de fresno, algunos de los cuales son tan altos como casas. Como se sabe, los fresnos pueden llegar a ser muy grandes, pero son bastante inestables. Sencillamente crecen demasiado rápido. Además, la madera no es lo bastante dura para que el picamaderos negro y otros pícidos no puedan excavarla y aparearse a su antojo. Casi todos los fresnos de la isla que han alcanzado cierta edad están o han estado habitados por pícidos, y luego el tronco se vuelve más o menos hueco por la acción del hongo lignícola, convirtiéndose en un lugar de reproducción pintiparado para una serie de sírfidos muy poco comunes. Al final, es como si los grandes fresnos se cansaran, y empiezan a inclinarse hasta que caen al suelo, si es que no los derriba antes una tormenta, claro. Eso es lo que suele pasar con los fresnos, quedando en pie unos tocones altísimos que durante décadas alojan pícidos, autillos, escarabajos, aculeados y sírfidos, que dan alas a mi buen humor.

Se puede hasta hacer política con un tocón bien situado. Eso es lo que hizo uno de mis amigos del continente hace unos años, y, que yo sepa, su adversario todavía no se ha recuperado. Ocurrió lo de siempre: se quería sacar a la luz un montón de especies raras (líquenes, hongos, insectos, y toda la pesca) para usarlas como arma arrojadiza en alguna guerra intestina entre varios burócratas. En pocas palabras, se pedía dinero, si no recuerdo mal, para comprar varias reservas naturales. La historia era más o menos esa. Lo de siempre. Todo normal, si no fuera porque los organizadores del asunto estaban irremediablemente obsesionados con la idea de que la «buena» naturaleza tenía que estar necesariamente intacta, o por lo menos parecer sacada de un cuento de Astrid Lindgren.

Se juntaron siete municipios y, después de tres años de intenso trabajo, inventariaron casi quinientas áreas naturales adecuadas. Evidentemente, encontraron muchas especies raras.

Mi buen amigo, que además de carpintero es también un

entomólogo ingenioso, inició, más o menos al mismo tiempo, su propia investigación en la misma zona, no tanto con la intención de dar una lección al ejército municipal de burócratas como para recordarles que en los entornos alterados por el hombre también pueden encontrarse muchas especies raras. Así que, cuando todos los demás se fatigaban recorriendo sus reservas naturales blandiendo una red, él cogió una escalera y se dirigió a un área talada donde sabía que había un tocón de álamo de ocho metros de altura. Y allí hizo su inventario.

Se pasó varios años recolectando en ese único tocón, en una zona de tala que a nadie más se le ocurrió investigar, puesto que ya estaba destruida. Curiosamente, en su tocón encontró casi tantas especies de insectos de la madera clasificadas como especies en peligro de extinción como las que todos los demás inventariaron en casi cien kilómetros cuadrados.

No resulta tan divertido el hecho de que la propia política medioambiental es un entorno alterado que a veces se inclina hasta el punto de correr el riesgo de caerse. Las posiciones son antagónicas, y a menudo las apuestas son tan elevadas que quien dice algo imprudente sobre moscas legendarias en el centro mismo de un área devastada tiene que estar preparado para hacer unos amigos que no le gustaría tener. Por desgracia, las cosas nunca son tan sencillas como parecen, al fin y al cabo, la única conclusión que podemos sacar de todo es que ciertos intentos de medir el valor de la naturaleza son más elegantes que otros, más apacibles, por así decirlo, pero no necesariamente mejores. Como siempre, todo es cuestión de temperamento. El tocón es como una isla en medio del mar de la tala. Y, como dice Ralph en *El señor de las moscas*: «Esta es nuestra isla. Es una buena isla. Hasta que vengan los adultos a buscarnos vamos a pasarlo bien».

Desde que existen, los biólogos han buscado islas para que la abundancia no los vuelva locos. Las islas son una especie de generalizaciones. Modelos explicativos. Y donde no hay ninguna isla podemos inventarlas. Aunque solo sea por pasarlo bien.

En cuanto les hemos echado el ojo, las vemos por todas partes: las islas sintéticas del archipiélago de la botonología. Una de las más bonitas está en Roma…, o estaba, a mediados del siglo xix.

Un paraíso en medio de la enorme, populosa y caótica metrópolis. Quien descubrió esta isla se llamaba Richard Deakin. Supongamos que era un hombre muy trabajador. También podemos suponer que, como médico, pues esa era su profesión, sabía muy bien que, a la larga, el opio no merece la pena. Sin embargo, necesitaba algo, tal vez una especie de bote salvavidas. No estoy seguro, pero intuyo que así debió de ir la cosa.

La verdad es que no sé mucho sobre la vida de Deakin. He intentado investigar un poco, pero este personaje está completamente sumido en el olvido, incluso en su propio país, donde solamente lo recuerdan los botánicos más viejos y los anticuados coleccionistas de libros raros con láminas coloreadas a mano. En realidad, solo sé que era inglés y que en su tiempo libre investigaba sobre la difusión de las plantas. Escribió sobre los helechos de las islas británicas, entre otras cosas. No tengo ni idea de los motivos que lo llevaron a trasladar su consulta médica a Roma. En cualquier caso, así fue, y es evidente que se llevó consigo su pasión por la botánica.

En una librería de viejo vi por casualidad su nombre, con letras de un dorado ya bastante apagado en un librito de color burdeos con el insulso título de *Flora of Rome*. Ajá, una flora urbana, pensé. La biología urbana es una materia interesante en muchos aspectos, estimulante por lo impredecible, de modo que abrí el libro y vi con entusiasmo que no se trataba en absoluto del tipo de flora que esperaba, sino más bien del relato de una isla inhabitada, una especie de robinsonada botánica situada en un ambiente urbano. La fecha de impresión era 1855. El título completo era *Flora of the Colosseum of Rome; or, illustrations and descriptions of four hundred and twenty plants growing spontaneously upon the ruins of the Colosseum of Rome* («La flora del Coliseo de Roma; o ilustraciones y descripciones de cuatrocientas veinte plantas que crecen espontáneamente en las ruinas del Coliseo de Roma»).

Como hemos dicho, no lo sabemos con certeza, pero supongamos que el doctor Deakin tenía mucho trabajo. Quizá tuviera que hacerse cargo de una familia numerosa. ¿Qué podía hacer? No estaba hecho para salir a pasear los domingos para

disfrutar de las vistas. Él quería herborizar, saltar de piedra en piedra alrededor de una isla, coleccionar y luego catalogar.

La solución del dilema es brillante: hizo el inventario de una ruina.

Feliz como un niño, en sus horas libres trepaba por el Coliseo, y teniendo en cuenta todo lo que encontró, debió de dedicarse a ello durante décadas. Describió incluso una especie desconocida, una hierba a la que dio el nombre de *Festuca romana*, y encontró flores que nadie había visto en toda Italia. Y como quería dar a conocer sus hallazgos al mundo (y a sí mismo), embotelló su felicidad infantil en un libro que, a diferencia de otros muchos del mismo género, todavía se deja leer. Las especies extrañas de países lejanos le dan pie para filosofar sobre la violenta historia de la ruina, mientras que otras lo llevan hacia el pantano de las leyendas y el antiguo folclore en el que todos los botánicos que escriben acaban reuniéndose tarde o temprano. La belladona y la corona de Cristo, plantas merecedoras de un libro para ellas solas. O el *Narcissus poeticus*, que nunca pasa desapercibido. Solo Shelley puede ayudar a Deakin en este caso:

> *Narcissi, the fairest among them all,*
> *Who gaze on their eyes in the stream's recess,*
> *Till they die of their own dear loveliness.*[*]

No se puede no sentir cierta envidia. No sé de ningún poeta que haya escrito poemas en honor de la mosca del narciso. O de los sírfidos en general. La literatura universal está llena de moscas, pero casi siempre son anónimas, moscas sin atributos. De vez en cuando se nombra a las «moscas de las flores», cierto; lo hacen Martinson, Barthel y Chatwin; pero en ningún caso se les permite salir de la masa amorfa como especies con nombre e historia. Y no es extraño que así sea. Ni siquiera yo puedo enfadarme por ello; solo puedo envidiar a todos los que hablan de pájaros, flores y mariposas, esos seres que abundan en las bibliotecas, y también en la literatura.

Nos encontramos, verdaderamente, en el sotobosque.

Lo peor es que ni siquiera los nombres funcionan como nombres. El hecho de que los que nos ocupamos de los sírfidos usemos exclusivamente el latín no mejora las cosas, como es

natural. *Helophilus, Melanostoma, Xylota*; en el mejor de los casos, el lego en la materia puede hacerse una vaga idea de cómo son o cómo viven esas pequeñas criaturas, pero las más de las veces los nombres no dicen absolutamente nada. Todo eso es una lengua extranjera, en el sentido literal. En realidad, solo llegan a tener presencia en la plaza pública los pocos nombres científicos que tienen su origen en el amor que todo el mundo puede comprender, es decir, los casos en los que el entomólogo en cuestión ha bautizado algún escarabajo con el nombre de su mujer o de su amante. No es poco frecuente, y en tales casos, la niebla se disipa un instante para quien esté escuchando. El nombre se engancha en el mundo tangible como la bardana.

—Mira si le puso el nombre de ella a algún escarabajo. Si lo hizo, es que fue un amor verdadero.

Yo continuaba recabando información sobre René Malaise, y en este caso estaba hablando por teléfono con un entomólogo profesional, un hombre que había inventado una serie de nombres curiosos a lo largo de los años. Hablamos sobre Ester Blenda Nordström y nos pusimos a especular sobre los verdaderos motivos que los llevaron a casarse. Fue entonces cuando me propuso que mirara los escarabajos. En su opinión, era impensable que detrás de un nombre en latín se escondiera un matrimonio de conveniencia; pero, si había habido sentimientos más profundos, todo era posible. Él mismo había bautizado recientemente con el nombre de su mujer un escarabajo de cuatro milímetros de longitud, así que hablaba con conocimiento de causa.

—Repasa los insectos de Kamchatka. Allí encontrarás la respuesta.

¡Y vaya si busqué! Me pasé un día entero en el museo y leí atentamente todos los artículos (de una aridez rayana en la autocombustión) que trataban sobre las nuevas especies que René trajo del Lejano Oriente. Había algunos casos sin duda interesantes, himenópteros con nombres como *bergmani, hulténi, hedstroemi* y *sjoeblomi*, este último bautizado en honor del ingeniero Karl Sjöblom, que vivió con René y Ester Blenda en Kliuchí a mediados de los años veinte. La única que no aparecía era precisamente ella, si bien es verdad que todo aquel material

era posterior a los años treinta, cuando el matrimonio ya se había disuelto, por lo que tal vez no signifique nada.

En cualquier caso, ya que estaba allí aproveché para hojear unos cuantos artículos de otro viaje que Malaise hizo más tarde, a Birmania. ¡Y allí estaba! *Nordströmia amabilis*. Pero no, no se trataba de ella. Este insecto nuevo para la ciencia, concretamente una mariposa, había sido bautizado así en honor de Frithiof, no de Ester Blenda, y quien lo describió (y por tanto se inventó el nombre que quiso) fue otro de los locos de la época en el sector. Se llamaba Felix Bryk (1882-1957) y su lira tenía muchas cuerdas. Entre otras cosas, viajó a África y escribió un libro solo para adultos: *Neger-Eros: Ethnologische Studien über das Sexualleben bei Negern* («El eros de los negros. Estudios etnológicos sobre la vida sexual de los negros»), publicado en 1928. Pero esa es otra historia.

Como de costumbre, al final acabé encontrando otra cosa que la que buscaba. *Ebba soederhalli*. Un tentredínido de Birmania. Así pues, Malaise había encontrado el amor. Estaba más claro que el agua.

12. El anhelo del entomólogo

René Malaise no tuvo hijos. Su memoria se dispersó, al igual que su herencia. ¿No es extraño hasta dónde puede sumirse en el olvido una persona como él en tan solo unas cuantas décadas? No obstante, no escatimó esfuerzos para dejar su impronta. Incluso fue generoso con las donaciones: los insectos, las propiedades en Roslagen, su extraordinaria colección de arte.

Busqué a los sobrinos. Personas corrientes con buenos recuerdos de un hombre cuya fama pertenecía a otro tiempo, un pariente raro que había seguido su propio camino sin que jamás le fallara el buen ánimo. Sonrieron, asombrados y un poco azorados, cuando les dije que los entomólogos de todo el mundo conocen su nombre, aunque solo sea gracias a una trampa. Los hermanos y sus hijos lo llamaban «la Crisálida», aunque nadie sabía por qué; no era más que uno de esos apodos que suele haber en todas las familias para los parientes especialmente originales. Entonces buscaron recuerdos medio olvidados y rastros en sus cajones y trasteros, y me prestaron todo lo que encontraron. Recortes de periódico amarillentos, algunas cartas, una postal coloreada, su pasaporte, fotografías. No mucho.

En todo caso, llegué a la conclusión de que su periodo de esplendor coincidió con los años treinta. Lo cierto es que algunos días estaba tentado de ver su vida entera como un único e ininterrumpido periodo de esplendor, puesto que creo que así es como él la veía, pero si pensamos en él como una persona pública y consideramos sus éxitos tal como los veían los demás, debemos concluir que su década fue la de los años treinta.

Volvió a casa. ¿Por qué? Nadie lo sabe. Los motivos de su regreso a Suecia son tan poco claros como los que lo llevaron a pasar casi todos los años veinte en Kamchatka. Tal vez la burocracia se volvió demasiado engorrosa. Su carné de sindicalista soviético, que todavía se conserva, fue expedido en 1929. Está lleno de sellos y anotaciones crípticas, y entre los hallazgos de los trasteros había también un par de certificados —bastante maltrechos, pero legibles— que reglamentaban en detalle la captura de martas cibelinas, de la que vivió durante un tiempo. No me cuesta nada imaginar que a Malaise, o al «ciudadano M.», como lo llaman en los documentos, no le

gustara la vigilancia de la administración agrícola del distrito de Kamchatka. Abandonó el proyecto y se marchó de la tundra para siempre. Quizás es que ya había terminado lo que tuviera que hacer allí.

En el verano de 1930, después de unos cuantos meses de intensa caza de himenópteros en las afueras de Vladivostok, subió al tren que lo llevaría a Estocolmo.

No se sabe cómo se ganó la vida durante los años siguientes, pero hay razones para suponer que vivía de una combinación de dinero heredado, honorarios de conferencias, becas y subvenciones privadas para la investigación, entre otras, de la Academia de las Ciencias. Hasta 1938 no aceptó un empleo en la sección de entomología del Museo Nacional de Historia Natural, donde trabajó hasta 1958. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. Fijémonos primero en su carrera, que fue brillante.

Malaise fue, antes que nada, coleccionista, no hay la menor duda de ello. Poseía la imaginación necesaria y, sobre todo, la perseverancia, la energía inagotable. Sin embargo, a diferencia de tantos otros coleccionistas de talento, él también se mostraba enérgico y productivo a la hora de analizar sus capturas desde el punto de vista científico. En las revistas especializadas empezó a aparecer un torrente de textos meticulosos sobre la taxonomía de los tentredínidos, y ya en 1931 se publicó la primera parte de su todavía útil tabla de clasificación de las especies de Suecia.

Fue también en esta época, en 1933, cuando se casó con Ebba Söderhell, maestra de biología y religión en el instituto de Lidingö. Y no se debe malinterpretar la circunstancia de que bautizara con su nombre un himenóptero birmano, sino entenderla, según la costumbre común entre los entomólogos, como una muestra de amor.

Ahora hay quien afirma que antes de eso nuestro héroe tuvo tiempo de contraer otro matrimonio de conveniencia, en este caso con la escritora Vivi Laurent. Sin embargo, pese a que he invertido cierto esfuerzo en investigar el asunto, no he encontrado ninguna prueba que permita afirmar nada más que el hecho de que fueron muy buenos amigos. Sinceramente, creo que este asunto es un rumor familiar que con los años ha

adquirido una consistencia mayor que la de su fundamento real. Cabe la posibilidad de que fuera el mismo René quien se lo inventara todo. No me sorprendería. El caso es que *pudieron* haberse casado. Según la leyenda, que se cuenta en una pequeña biografía de Malaise de la que existe un puñado de ejemplares mimeografiados, se casaron para viajar juntos a Egipto. Una vez allí, Vivi inició una relación con el botánico Gunnar Täckholm (con el que indiscutiblemente se casó) y René volvió a casa. No obstante, como he dicho, no creo que sea cierto.

Ahora bien, cuento esta historia en parte porque la vida en la isla me ha enseñado a valorar los cotilleos, y en parte porque la amistad con Vivi, haya sido esta más o menos íntima, posiblemente nos dice algo sobre René Malaise: concretamente, que le atraían las mujeres fuertes, independientes y aventureras. Mucho antes de que Vivi Laurent-Täckholm se convirtiera en una profesora de botánica en El Cairo famosa en todo el mundo, se hizo un nombre como joven escritora, exactamente como había hecho Ester Blenda Nordström y, en parte, con exactamente el mismo tipo de reportajes sociales atrevidos y mordaces. Las dos mujeres son realmente muy parecidas, pese a que tuvieron vidas muy distintas. Una diferencia evidente es que Vivi vivió tanto tiempo como René. En 1972, cuando él cumplió los ochenta años, Vivi estuvo en la fiesta. Hay fotografías que lo demuestran.

Ebba Malaise causa, sin duda, una impresión un tanto más apacible. No quiero decir que fuera una mujer que se quedara en su casa de Lidingö haciendo ganchillo mientras el marido recorría el mundo. Todo lo contrario. El mismo año que se casaron, ella lo acompañó de buena gana en el viaje a Birmania, una expedición escasamente financiada y cuando menos arriesgada, y en aquellas regiones salvajes muchas veces fue precisamente ella quien consiguió que pese a todo el viaje fuera un gran éxito.

Malaise no había tenido suficiente. Él era un explorador y, ciertamente, dominaba el arte de viajar. Esos años ante un microscopio tal vez habían sido un tiempo demasiado tranquilo. Debió de darse cuenta de que un estudio en verdad importante sobre los tentredínidos asiáticos exigía más viajes de recolección

que los que había hecho a la Unión Soviética. Y era en los bosques tropicales montañosos donde estaban las mayores lagunas, en el norte de Birmania y la contigua provincia china de Yunnan. Allí es donde tenía que ir. Allí debía probar su ingeniosa trampa. Había mostrado su invento tanto en Estocolmo como en el Museo Británico de Londres, pero casi todo el mundo se había reído de él. Estaban convencidos de su capacidad como recolector, pero consideraban que aquella trampa para moscas era solo una broma. El tiempo demostraría lo contrario.

La expedición de Birmania fue una excursión bastante breve, al menos para lo que en él era habitual. Duró desde finales de 1933 hasta principios de 1935. Sin embargo, significó su consagración definitiva, en gran medida gracias a que las trampas que mandó coser en Rangún superaron todas las expectativas, incluso las suyas propias. Además, con la ayuda de Ebba, pudo convertir a los niños de los pueblos en unos ayudantes de campo que se mostraron tan infatigables como él mismo. Era ella quien se encargaba de la farmacia; su fama como sanadora se extendió rápidamente por todos aquellos rincones perdidos. René escribe en su relato de viaje, que se publicó en la revista *Ymer*:

> La gente venía con toda clase de lagartos, serpientes, enseres domésticos y lo que creían que queríamos tener, y cada mañana, cuando la consulta médica se terminaba, venían todos los niños del pueblo con sus pequeñas cañas de bambú, y cuando retiraban un trocito de musgo y vaciaban su contenido, había que atrapar rápidamente los escarabajos que corrían en todas direcciones, los ciempiés o lo que el trozo de bambú hubiera podido contener.

Habían establecido su base en Kambaiti, una aldea que se encuentra a dos mil metros de altitud sobre el nivel del mar en la esquina nororiental del país, a un tiro de piedra de la frontera china, cerca de la fuente del río Mekong. Era un territorio virgen, salvaje en todos los aspectos. Los bosques tropicales estaban prácticamente intactos, la fauna de insectos era casi totalmente desconocida y la gente que vivía en aquellas montañas acababa de abandonar la caza de cabezas y otras

costumbres tan bárbaras que los ingleses, el poder colonial, exigió a Malaise que certificara que emprendía todos sus viajes en la región bajo su propia responsabilidad.

Aquello no era nuevo para René. No tenía miedo, ni de los salvajes ni de las duras condiciones de vida que ofrecían unas chozas llenas de humo, con moho en el suelo y techos con goteras. Y al parecer Ebba entendió de qué iba la cosa. Una de sus tareas en Birmania era comprar y trocar objetos etnográficos —trajes regionales, armas, instrumentos musicales, objetos artísticos y toda clase de utensilios—, y, a la vista del resultado (la colección se encuentra en el Museo de las Culturas del Mundo de Gotemburgo), podemos deducir que ella también se debió de tirar de cabeza a la aventura. Un día cruzaron la frontera de China:

> A los pocos kilómetros del otro lado de la frontera, pudimos comprobar que la advertencia de las autoridades no era del todo infundada. Nuestro *boy*, que iba delante de nosotros, fue detenido de repente por tres montañeses. Uno de ellos iba armado con una escopeta, que clavó en el pecho del *boy*, pero cuando los hombres nos vieron a mi mujer y a mí, depusieron la escopeta y permanecieron a la espera. El *boy* no iba armado, pero yo llevaba un revólver en el bolsillo y una escopeta de caza en la espalda. Cuando nos acercamos, el *boy* aprovechó para apartarse del grupo, pero cuando mi mujer vio la escopeta se despertó su interés etnográfico y se acercó para examinarla. Entonces yo me alarmé, porque si se hubiera desencadenado alguna hostilidad, ella habría estado en medio de la línea de fuego y yo no habría podido disparar. Seguramente comprendió el peligro, pero se sacó del bolsillo un tarro de mariposas y se lo mostró a los tres hombres, hablando como siempre en sueco.

Una maestra sueca con una mariposa muerta en un tarro: seguro que los bandidos se quedaron desconcertados.

Más tarde, cuando las lluvias del monzón hicieron imposible seguir recolectando en las montañas, se dirigieron hacia el sur, a los estados Shan, unos territorios todavía hoy de acceso muy difícil y que quedan más cerca de la frontera norte de Tailandia, en la región que hoy se llama Triángulo Dorado.

René iba delante, como un cosechador con su red. Ebba intercambió cientos de objetos, entre ellos una canoa. Cabe preguntarse cómo transportaban su equipaje.

¿El secreto es la energía? ¿La tenacidad? ¿Puede ser tan sencillo?

Yo mismo me cansaba y me invadía la tristeza, a veces la apatía. Deseaba cualquier cosa menos experiencias. Sobre todo, no quería encontrarme con ninguna persona que hablase una lengua que yo no entendiera. Los días más fáciles eran aquellos en los que encontraba a compatriotas, como si los códigos invisibles de la lengua y la cultura fueran la combinación de un candado. Me quedaba mucho tiempo en hoteles y albergues, o en bares y cafés. El primer lugar donde me convertí en cliente habitual fue en Uagadugú. Siempre el cliente habitual. Aunque solo estuviera una semana en una ciudad, siempre encontraba un lugar al que volver. Antes de que terminara la semana, ya no tenía ni que pedir. Ya sabían lo que quería. Lo de siempre.

¿Cómo se puede desear volver a un lugar casi antes de haber estado allí?

El regreso fue magnífico. Un acontecimiento periodístico. «Los señores Malaise vuelven de Birmania y el sur de China», declaraba un periódico en la primera plana. Otro titular anunciaba: «Hoy regresan el doctor Malaise y su mujer». En Gotemburgo la gente estaba encantada ante aquella colección de objetos etnográficos única en el mundo, y en el Museo Nacional de Estocolmo, que compartiría los insectos con el Museo Británico, se deshacían en reverencias de admiración y respeto.

Si había tenido mucho material con el que trabajar después de la expedición de Kamchatka, aquello no era nada en comparación con lo que ahora desempaquetaron en la sección de entomología. Con el tiempo, se debía clasificar, preparar, etiquetar y mandar un sinfín de animales a expertos de todo el mundo, familia por familia, género por género, especie por especie. Después de setenta años todavía no se ha visto el fondo de todos los frascos (lo que seguramente sea un escándalo) y es difícil calcular el número de artículos científicos a los que han

dado lugar las capturas de las trampas birmanas.

Como había tantas cosas nuevas para la ciencia, varias especies recibieron el nombre del magnífico coleccionista. Solo entre los elatéridos, una familia relativamente pequeña de escarabajos, hay trece especies de diversos géneros procedentes de Birmania con el nombre de especie *malaisei*. Y, de paso, se había llevado a casa nada menos que 1.700 peces de agua dulce en formalina.

Cuando no investigaba o publicaba, concedía entrevistas, daba conferencias radiofónicas y aparecía en toda clase de contextos. En ese momento también empezó a preparar en serio su gran obra sobre los tentredínidos, junto con —huelga decirlo— su siguiente expedición, que debía llevarlo a Ceilán, el sur de la India y el Himalaya occidental. Esta vez no tuvo ningún problema para conseguir financiación, puesto que por fin se había hecho un lugar en el mundillo de los descubridores. Su fama se extendía mucho más allá del estrecho círculo de los investigadores y llegaba hasta los semanarios y los poemas que comentaban la actualidad en los grandes periódicos. Unas viejas rimas del *Dagens Nyheter* pueden decir más sobre la posición de la que gozaba en aquella época que los elogios de los investigadores de todo el mundo.

Tiembla otro país, estalla un volcán lejano mientras él, en su mesa, observa un gusano. Estudia unas larvas metidas en probetas;

entran en Pekín bandidos con escopetas.

Mas en el Himalaya, por entre acantilados, hay himenópteros por él jamás observados. Allí vuela su anhelo, allí desea él viajar,

para dejar atrás los bichos de su lugar.

Todo estaba preparado hasta el mínimo detalle. La fecha de la partida se había fijado para el 4 de noviembre de 1939. Ese día tenía que zarpar el barco, pero la guerra frustró todos los planes, de modo que la de Birmania fue la última expedición. René se compró una casa de verano en el archipiélago, en Simpnäs, a cierta distancia de la costa, y en 1945 ya lo ocupaban otros intereses.

Había pasado el tiempo de los seguidores de Linneo y de

Nordenskiöld. Las exploraciones geográficas se transformaron. Primero, el mundo quedó en ruinas, y luego, en los años cincuenta, los autores de documentales sobre naturaleza se convirtieron en los nuevos héroes de la exploración de tierras lejanas. Sin duda, desde entonces se han seguido haciendo muchas expediciones científicas para recolectar bichos anónimos, pero sin el honor y el esplendor de otros tiempos. Las expediciones, que antes de la guerra interesaban a todo el mundo, ahora se llevan a cabo sin llamar la atención. Los aventureros de hoy en día ya no hacen siquiera documentales, van solo a la aventura, como si el Himalaya fuera un recorrido de obstáculos para hombres ambiciosos a quienes nunca se les ocurriría seguir los sinuosos rodeos de la incomprensible taxonomía de los tentredínidos.

13. La lentitud

En verano, la población de la isla se multiplica por diez, y llega hasta las tres mil personas, que pasan por varias fases vacacionales. Primero no los ves, puesto que al principio de las vacaciones se quedan en sus casas de verano con sus familias, que a menudo incluyen a varias generaciones. Por lo tanto, no suelen pasar más de un par de semanas antes de que la vida en esas casas, normalmente muy pequeñas, se vuelva insostenible y empiece a adquirir el aire inquietante de las obras de teatro de Lars Norén. Es entonces cuando la gente empieza a pasear en serio. La imagen que tengo de mí mismo como coleccionista de moscas es, en muchos aspectos, producto de este fenómeno, porque me toca contestar a las preguntas de todos estos excursionistas desasosegados acerca de lo que hago y por qué.

Mientras el perifollo verde florece no hay problema, puesto que crece por todas partes y conozco lugares apartados, ideales para los sírfidos, donde nunca se acerca nadie. Pero luego florecen las frambuesas, los cardos y la espirea, y entonces tengo que estar allí, más cerca de los caminos y de las preguntas.

Uno se acaba acostumbrando. Pero ciertos días, los más bonitos, cuando hay mucha gente paseando por los caminos, a veces me canso de explicar lo que hago, y entonces empiezo a mentir, más o menos como un autoestopista. Esa gente miente casi siempre, por lo menos en los grandes viajes, por el mero hecho de que, si no lo hicieran, se acabarían cansando de su propia historia. Contestar a las mismas preguntas sobre adónde vas y por qué durante un día entero en la carretera, quizás a una docena de conductores, puede resultar muy fatigoso para quien se atenga a la verdad. Por eso los autoestopistas suelen tener unas vidas tan interesantes. Todos, sin excepción, mienten. Y algo parecido les ocurre a los coleccionistas de moscas a los que no dejan en paz.

—¿Qué estás haciendo?

—Cazo mariposas.

Es la mentira más sencilla. Casi siempre funciona la mar de bien y no da pie a más preguntas. En mi opinión, la gente considera que el coleccionista de mariposas es una persona en cierto modo conmovedora, un tanto delicada y patética, alguien

a quien hay que dejar bajo su rayo de sol sin más comentarios. Se les dedica una sonrisa maternal y, a lo sumo, un «ajá» alentador. Nadie tiene que preguntar qué es una mariposa, y todo el mundo sabe que hay hombres adultos que las coleccionan.

Sin embargo, la mentira de las mariposas no está del todo exenta de riesgos. Si uno tiene mala suerte, la persona que le molesta resulta ser de esa clase de gente cada vez más abundante que cree que todas las mariposas están protegidas y que el coleccionista es un delincuente, quizás un pervertido. Entonces los diálogos a la orilla del camino pueden resultar a la vez largos y molestos, mientras las moscas vuelan a su antojo, al igual que el tiempo.

«Colecciono moscas de las flores» es, no obstante, una respuesta arriesgada. Sobre todo, es insuficiente. El sueco normal y corriente asocia la palabra «moscas de las flores» con las pequeñas e irritantes moscas de unas familias completamente distintas, sobre todo la «mosca de la fruta», que vuela por el interior de las casas, incluso en invierno, entre las macetas de las plantas. El diálogo puede desarrollarse más o menos de la siguiente manera:

—¿Moscas?

—Sí, moscas de las flores.

—Pues vente a mi casa, que las hay a montones.

Entonces hay que empezar por aclarar el malentendido, lo cual lleva un rato. Y lo uno te lleva a lo otro, y enseguida te ves metido en una especie de seminario sobre la historia natural de los sírfidos; sobre su evolución y su importancia por la polinización, por ejemplo, y la utilidad, la diversión y los aspectos técnicos del coleccionismo de moscas, o sobre cualquier otra cosa que pueda relacionarse con las moscas o los insectos o la naturaleza en general. La conversación se desmadra y de repente te encuentras con las manos en la espalda y filosofando sobre las perspectivas de la temporada de setas. Puede resultar agradable, claro, y ciertos días termina con unas consideraciones realmente fructíferas sobre la falta de lentitud y reflexión en nuestro tiempo. Pero olvídate de atrapar moscas.

¿Con qué facilidad se convierte uno en bailarín cuando hay

alguien dispuesto a escuchar?

«Colecciono moscas de las flores» puede tomarse, además, como un chiste absurdo, o, todavía peor, como una grosera provocación. Me va a costar olvidar al joven que se me acercó en bicicleta un día en el que yo me encontraba peligrosamente cerca de la carretera. Era cuando la angélica menor florecía en el borde de la cuneta. En esa época no hay muchos lugares verdaderamente buenos entre los que elegir. Carreteras, jardines, montones de basura, todos ellos lugares arriesgados (desde el punto de vista social, me refiero); pero la angélica menor es completamente imbatible en lo que respecta a las moscas, de modo que suelo hacer de tripas corazón y arrostrar el peligro. Al verme, aquel hombre pegó tal frenazo que levantó una nubecilla de grava. Un turista con una bicicleta de alquiler, vestido con una camisa hawaiana desabotonada. Con el rabillo del ojo vi cómo me miraba.

—¿Qué coño estás haciendo?

El tono con el que lo dijo no era especialmente antipático, pero entendí que el hombre se sentía obligado a expresar sus opiniones, como si yo fuera una curiosidad municipal, un aborigen financiado por la Unión Europea, puesto en aquel lugar expresamente para entretener a la gente que pasara por allí. Al parecer, estas cosas se hacen. Sin embargo, le conté la verdad, y como acababa de capturar un par de ejemplares del magnífico sírfido *Temnostoma vespiforme*, le alargué el frasco de veneno para terminar cuanto antes con mi conferencia sobre las moscas. Echó una rápida ojeada a la captura, me devolvió el frasco y dijo:

—Eso son avispas.

—Sí, es fácil confundirlas —dije, y educadamente le expliqué lo que hacía al caso, tras lo cual él me pidió si podía ver las moscas otra vez. Se las volví a mostrar, y esta vez las examinó detenidamente un buen rato, guardando un silencio pensativo.

—Son avispas.

Lo dijo con un tono ligeramente irritado. Yo me metí el frasco de veneno en el bolsillo. Debió de pensar que le estaba tomando el pelo, o, simplemente, no estaría acostumbrado a que

le llevaran la contraria.

La situación no llegó a ser amenazadora, fue más bien cómica. Bajó la pata de la bicicleta, se quedó de pie con las piernas separadas y los brazos cruzados sobre el pecho y clavó en mí su mirada, como esperando mi retirada ante un adversario superior moral e intelectualmente, y también desde cualquier otro punto de vista. Intenté aplacarlo con una sonrisa neutra. Ninguna reacción. En realidad, parecía un poco enfadado. Opté por ignorarlo, pero él permaneció impasible. Así estuvo durante varios minutos. Debía de estar pensando en una buena frase con la que terminar la escena, y al final dijo:

—¡Avispas! No lo olvides.

Y, dicho esto, se fue pedaleando con la camisa aleteando al viento.

Lo del bailarín lo he tomado de Milan Kundera, quien utiliza esa expresión en una elegante comedia sobre la vanidad, la ambición y la sed de poder. No es nada más que un breve diálogo que se desarrolla en los sencillos decorados de una novelita titulada, precisamente, *La lentitud*. Bueno, quizá no sea del todo correcto llamarla novela, pero es deliciosa y de doble fondo, como un petrolero. Sinceramente, nunca he tenido del todo claro de qué trata ese libro, pero, como me sucedió con *El hombre que amaba las islas*, sentí una gran atracción por él nada más saber de su existencia.

Exactamente como en el caso de Lawrence, durante muchos años me bastó con saber que un tema que me interesaba tanto fue tratado por un autor del calibre de Kundera. Además, como siempre, yo tenía mis propias teorías.

La lentitud era, sencillamente, el tema que me había dado la naturaleza.

No, en realidad no es así. Son los veraneantes con sus preguntas quienes hicieron de la lentitud el tema que me había dado la naturaleza. En un momento de inspiración, respondí con toda sencillez que la captura de moscas era una forma de ejercer la lentitud. Y como esa vez encontré una comprensión a la que no estaba acostumbrado, continué dando esa respuesta y desarrollé el razonamiento *a posteriori*. Las reacciones eran siempre entusiastas. En cuanto sacaba a relucir la lentitud, era

como si todas las personas de todo el mundo fueran en el fondo coleccionistas de moscas, aunque hasta entonces no lo hubieran sabido. Muchos de ellos habían leído libros enteros sobre la lentitud y podían mantener largos monólogos sobre las bondades de todo lo que se desarrollaba lentamente.

Yo jamás habría descubierto ese entusiasmo, quizá porque soy bastante lento y siempre he deseado ser un poco más rápido. Ahora, de un modo completamente inesperado, me había convertido en un pionero. Era una buena sensación. Escuchaba con gusto lo que los veraneantes que huían de la vida familiar exponían febrilmente sobre el hecho de que todo nuestro tiempo estaba infectado por la rapidez: las comunicaciones eran más rápidas que antes, lo mismo que el flujo de las noticias; las personas hablan más deprisa, comen más deprisa, cambian de opinión con más frecuencia y se estresan más, mientras todo el mundo se transforma a un ritmo frenético. El desarrollo técnico se produce a una rapidez extraordinaria, nuevos modelos de un sinfín de productos inundan literalmente el mercado, y todos ellos son más veloces que los que lo inundaron el año anterior, o solo medio año antes; los ordenadores se llevan la palma, desde luego, y los teléfonos, pero incluso las tostadoras han llegado a ser tan veloces que se acercan a la frontera crítica en que el pan se queme por fuera antes de tener tiempo de calentarse mínimamente por dentro. Por no hablar de las transacciones monetarias y bursátiles.

—Sí, es un asco —solía decir yo, mientras agitaba un poco la red.

Era obvio que esta aceleración universal y automática de todas las cosas podía crear malestar e inquietud de muchas clases, y yo les daba la razón encantado.

Pero, sinceramente, creo que lo contrario todavía sería peor. Si todo fuera cada vez más lento, nos volveríamos más o menos locos y suplicaríamos por la rapidez con una franqueza a la que ni siquiera se acercan los predicadores de la moda de la lentitud. La tendencia del «más de todo y todo más rápido» es preferible a su contrario, por la sencilla razón de que uno puede bajarse de un tren rápido, pero difícilmente podrá hacer que una caravana de asnos acelere el paso. Cada cual es libre de no

viajar, protegiéndose así de todas las impresiones imposibles de digerir y de todas las lenguas bárbaras. Lo contrario sería horroroso, por más sobrevalorado que esté el viajar. Si uno cree que el flujo va demasiado deprisa —el flujo de imágenes, noticias, personas, o de lo que sea—, en nueve casos de cada diez puede desconectar, o simplemente cerrar los ojos, o respirar un rato a su aire. Casi todo es opcional. Esta es la riqueza sueca. Aunque no suelo decirlo.

Algunos de nosotros no podemos seguir el ritmo, quizá sea así de sencillo. Es demasiado. Ya nos damos cuenta en la escuela. Y como tenemos que bailar al son de quienes están encantados con la rapidez y son capaces de domar la sobreabundancia, perdemos el compás y nos hundimos en un sentimiento de inadecuación. Parte de eso es atribuible al sórdido mercantilismo, pero ni mucho menos todo ello. La vida cultural también es como unos grandes almacenes, al igual que la ciencia vista desde lejos. Brillantez y rapidez, todo revuelto.

La lentitud no es un fin en sí mismo; ni una virtud ni una derrota.

El próximo verano seguramente diga que para mí la captura de moscas es una manera de practicar la concentración. Una focalización tan intensa que me olvido de mí mismo. Esto último no siempre resulta tan fácil en la pista de baile que es nuestro tiempo. Kundera abordó el tema, ese es su punto de partida.

Sí, al final me hice con el libro, naturalmente. Me acomodé a la sombra, en el muelle, y pensé que ahora sí que me sumergiría en las verdades sobre la vida, aquellas verdades que se pudieran aplicar fácilmente a mi lenta caza de moscas y a la vida en la isla, más indolente si cabe. Ya en la primera página me identifiqué de inmediato con un hombre que «se aferra a un fragmento de tiempo escindido tanto del pasado como del futuro; se ha salido de la continuidad del tiempo; está fuera del tiempo; dicho de otro modo, se encuentra en un estado extático; en este estado no sabe nada sobre su edad, ni sobre su mujer, ni sobre sus hijos, ni sobre sus penas, y por lo tanto no tiene miedo, puesto que la fuente del miedo se encuentra en el futuro y quien está liberado del futuro no tiene nada que temer».

Era exactamente eso.

La única pega es que Kundera no describe aquí a un lento entomólogo, sino a un motociclista imprudente en medio del peligroso remolino del tráfico francés. De hecho, este temerario insensato resulta ser el origen de la reflexión del escritor sobre la lentitud. ¿Por qué, se pregunta, ha desaparecido el placer de la lentitud? «¡Ah! ¿Dónde están los paseantes de antaño?».

Menudo chasco. Busqué con escaso entusiasmo una *Volucella inanis* en el tomillo y sopesé la posibilidad de no seguir leyendo, de no volver a leer nunca más libros con títulos seductores, y limitarme en lo sucesivo a fantasear sobre las verdades que podrían contener. Esa me pareció entonces la solución más agradable. Pero luego seguí leyendo. El anzuelo estaba bien cebado. «En nuestro mundo la pereza se ha convertido en ociosidad, lo que no es ni mucho menos lo mismo: el ocioso está decepcionado, se aburre y busca constantemente el movimiento que le falta.»

Eso era otra cosa.

Además, no tardó en revelarse que el libro trata, principalmente, de sexo.

El relato comienza con una escena en la que el escritor y Vera, su mujer, van en coche a algún lugar de la campiña de las afueras de París. Acaban de decidir pasar la noche en un antiguo castillo que les queda cerca, a orillas del Sena, y de camino hacia allí van charlando sobre la prisa insensata del tráfico y de todo lo demás, sobre los impacientes, y sobre la muerte. Como tantos otros castillos franceses, también este ha sido reconvertido en un hotel, y desde la última vez que se alojaron allí se han ampliado las instalaciones, que ahora incluyen una sala de conferencias y una piscina, pero antes de llegar a este punto, la historia ya se ha escindido en al menos dos planos temporales, uno de los cuales se desarrolla en el siglo xviii, más concretamente dentro y alrededor de la novela erótica de Vivant Denon, *Sin mañana*.

No es fácil seguir las vueltas del relato, y la cosa se vuelve todavía peor cuando Kundera empieza a seguir una tercera línea, que es más bien una sátira sobre los intelectuales franceses, o, como ya he dicho, una comedia donde los

bailarines entran en acción. «El bailarín se distingue en general del político en el hecho de que lo que él desea no es el poder, sino la gloria; no aspira a imponer al mundo un cierto orden social (no le importan esas cosas), sino a ocupar toda la escena para brillar con su yo.» Esta es, en la medida en que puedo juzgarlo después de varias lecturas, el hilo principal de *La lentitud*. El título alude sobre todo a los prolongados juegos de seducción a los que se entregan cierta Madame T. y su amante en la novela de Denon. En cualquier caso, el libro trata de unas orgías completamente distintas de aquellas a las que yo suelo dedicarme entre los arbustos. De eso ya me di cuenta aquel día a la sombra del muelle.

Sin embargo, la morfología de la ambición es un tema tan bueno como cualquier otro, pensé, y los bailarines me resultaban extrañamente familiares, de modo que seguí leyendo; y estuve a punto de caer en el lago a causa de la sorpresa cuando, sin previo aviso, entró de repente en el relato un viejo conocido. Entonces la cosa se puso emocionante.

En el viejo castillo convertido en hotel de convenciones donde Milan Kundera y su mujer acaban de disfrutar de una cena regada con un magnífico burdeos, curiosamente tiene lugar en ese mismo momento un seminario de entomólogos. Ese encuentro se desliza inmediatamente en la ficción como campo de juego para las tragicómicas artes circenses de los bailarines y seductores, pero al menos uno de los participantes no está suficientemente camuflado para que yo no lo reconozca de inmediato: «Cada vez hay más personas en el vestíbulo y muchos de los entomólogos son franceses, pero también hay unos cuantos extranjeros, entre ellos un checo de sesenta y tantos años…».

Según avanza el relato nos enteramos de que este hombre, cuyo destino se parece al de Kundera, fue un científico muy exitoso en Praga, un profesor que se ocupaba exclusivamente de las moscas, hasta que cayó en desgracia tras la ocupación soviética en 1968 y luego, como muchos otros intelectuales, se vio obligado a ganarse la vida como obrero de la construcción.

Ahora lleva dos décadas alejado de la investigación, pero aun así, dará un breve discurso sobre una mosca, la *Musca*

pragensis, que descubrió y describió en su juventud. Espera, nervioso, su turno; piensa que su intervención no aporta demasiado, pero en cuanto el moderador lo presenta como el siguiente orador y empieza a dirigirse hacia el podio, es presa de un movimiento completamente inesperado y lo domina una repentina espontaneidad. Los ojos se le llenan de lágrimas y decide seguir un impulso: el de hablar de su vida. Pronuncia unas palabras sobre lo feliz que se siente al volver a encontrarse entre sus viejos amigos. No es que le faltaran amigos en la construcción, pero sí la pasión, la pasión de la entomología.

El público también se emociona. La gente se levanta y se pone a aplaudir, las cámaras de cine se dirigen hacia el investigador checo, que está llorando de alegría. «Y sabe que en aquel instante está viviendo el momento más importante de su vida, un momento de gloria, sí, de gloria, por qué no ha de poder decirse esa palabra, se siente importante y guapo, se siente famoso y desea que el camino hasta su sitio sea muy largo y nunca se termine.»

Tanto se emociona ese hombre que se olvida de pronunciar su discurso.

¡Milan Cˇvala! En el libro tiene otro nombre, pero el modelo tiene que ser Milan Cˇvala. Desde hace tiempo, Praga es algo así como la capital europea de la entomología, y Cˇvala es una de sus figuras más destacadas, célebre entre los entendidos del mundo entero y, hasta los años sesenta, el máximo experto indiscutible en muchas clases de moscas. Yo mismo tengo varios de sus libros en mis estanterías; su monografía de quinientas páginas sobre el tábano europeo (la familia *Tabanidae*) y varios volúmenes que tratan de la que es, tal vez, su principal especialidad, los *Empididae*, la familia de moscas que curiosamente tiene el nombre vulgar de «moscas bailarinas».

«Todas las conferencias tienen sus desertores, que se reúnen con una copa de vino en la habitación contigua.» En efecto, todo degenera bastante rápidamente, y puesto que Kundera es Kundera, uno de sus bailarines narcisistas logra la hazaña completamente inverosímil (creedme) de encontrar, entre esta galería de personajes tan típica de los seminarios sobre moscas, una mujer a quien seducir, ya que «la auténtica victoria, la

única digna de ese nombre, es haber pescado a una mujer en el círculo de entomólogos, una gente catastróficamente *anaerótica*».

Estoy de acuerdo con esto último. En este tipo de encuentros normalmente no participa ninguna mujer. Y las pocas que casualmente pueden aparecer suelen ser casi siempre las medias naranjas de los tipos más extraños, las esposas acompañantes que igualmente habrían podido pasar por enfermeras de una clínica psiquiátrica. Bueno, esto a lo mejor ha sido injusto, pero el caso es que las mujeres solas difícilmente encontrarán terrenos de caza más propicios que las reuniones de entomólogos. Tipos originales, y ninguna competencia. No es más que una sugerencia.

Pero ¿dónde estábamos? Ah, sí, en la lentitud, es verdad.

El tema que me dio la naturaleza.

Seguramente solo sea una burda simplificación, un extravío del pensamiento o una paráfrasis poética destinada a ocultar y dignificar una serie de dificultades heredadas para manejar la elección entre distintas alternativas. No hay duda de que el coleccionista de moscas se ocupa de algo que desde un punto de vista práctico implica lentitud, a veces inmovilidad, pero la concentración y el olvido que le dan sosiego no tienen nada que ver, a fin de cuentas, con la mayor o menor velocidad. Igualmente podría ir en moto.

El arte de la limitación es otra cosa, y probablemente no tenga mucho de arte. Lo único necesario es el valor para ver el propio ámbito de competencia a tamaño natural. Algunos solo ven moscas, o ciertas moscas, en un determinado lugar, durante un breve periodo de tiempo. No es más que un punto de partida, o un punto fijo, pero no deja de ser un punto. Eso es todo.

14. La isla que se hundió en el mar

En la historia de la biología hay muchas estrellas, pero dos de ellas brillan más que todas las demás juntas: Carl von Linné y Charles Darwin. No puedo imaginar qué clase de avance será necesario para que alguien pueda llegar alguna vez siquiera a acercarse al poder que estas dos figuras ejercen en el pensamiento sobre la vida en la Tierra. Darwin, en particular, me parece totalmente imposible de superar, por lo enorme de la verdad que descubrió y describió al detalle. Linneo también es magnífico, desde luego, pero lo que lo convirtió en una megaestrella para el futuro fue el hecho de que logró vender un sistema operativo, más o menos a la manera de Bill Gates, pero sin haber formulado ninguna verdad eterna.

Sea como sea, tanto Linneo como Darwin crearon escuela en sus campos respectivos: la taxonomía y la teoría de la evolución. Pero también sus trayectorias vitales, la cronología de sus vidas, llegaron a ser modélicas para generaciones de naturalistas. Primero, los viajes de juventud; luego, la investigación paciente, especializada al extremo, y por fin, las ideas revolucionarias y la publicación de sus grandes obras en ediciones constantemente reimpresas. Un sinfín de biólogos ha logrado seguirlos al menos en los pasos uno y dos: los viajes y centrarse en la investigación especializada. La última fase es el cuello de la botella. Me temo que René Malaise no fue una excepción a esta triste regla.

¿O solo tuvo mala suerte?

Antes de observar bajo la lupa sus ideas más atrevidas, detengámonos un momento en los dos grandes titanes, aunque solo sea para hacer notar otro parecido interesante entre ellos: el hecho de que no estaban solos. Ni Linneo ni Darwin fueron tan monolíticamente excepcionales como la posteridad ha querido presentarlos. Esto es bien conocido en cuanto a la teoría de la evolución, puesto que desde el primer momento se reconoció que Alfred Russel Wallace, el joven recolector de las islas del sudeste asiático, formuló las mismas ideas que Darwin. En realidad, en ciertos aspectos fue el más original de los dos, aunque no fue tan completo como el viejo de Down House. Además, no estaba en casa cuando comenzó la carrera por la

posteridad.

Menos conocido es el hecho de que tampoco Linneo estuvo solo. Es una larga historia que no voy a contar aquí. Me limitaré a indicar que casi siempre hay alguien más en el fondo de la escena. En el caso de Linneo, se llamaba Peter Artedi (1705-1735). Fueron amigos íntimos en sus años de estudiantes en Uppsala. Peter era dos años mayor, natural de la parroquia de Anundsjö, en Ångermanland, y sus conocimientos sobre la naturaleza eran, como mínimo, igual de buenos que los del joven de Stenbrohult. Juntos desarrollaron el gran sistema. No cada uno por su lado, por casualidad, como Wallace y Darwin, sino juntos, durante años de intensa labor conjunta. Y, a mi juicio, Artedi era el verdadero genio. Desgraciadamente, se ahogó en uno de los canales de Ámsterdam, cuando solo tenía treinta años. Probablemente se suicidó. Y Linneo se llevó toda la fama.[11]

Como no podía ser de otro modo, René Malaise también tuvo un compañero. Al final, el solitario de las regiones salvajes necesitó un guía que lo sacara del profundo agujero de la taxonomía de los tentredínidos y lo llevara al aire libre de las síntesis generales. Su ayudante se llamaba Nils Odhner y era paleozoólogo, experto en plancton fósil, un hombre discreto, a diferencia de Malaise.

Muchos taxónomos se contentan con quedarse junto al microscopio y ocuparse de sus cosas. Hallan estímulo suficiente en llegar a dominar un campo muy pequeño del conocimiento, el que sea. Dejan a otros los enigmas del mundo. El taxónomo suele conocerse a sí mismo lo bastante bien para limitarse a su especialidad, pero hay que recordar que Malaise vivió en un tiempo en el que los botonólogos eran mucho más osados que hoy en día en cuanto al alcance de sus teorías. Se puede discutir el porqué, pero creo que una de las razones por las que los entomólogos y botánicos especializados también especularan libremente es que se dedicaban a la historia natural en el sentido propio de la palabra. Además, la geografía de las plantas y la geografía de los animales, es decir, la historia de la difusión de la flora y la fauna, eran algo así como dos ramas especializadas dentro de la biología en Suecia. Uno de los

máximos exponentes de esta corriente fue Eric Hultén. Gracias a sus experiencias en Kamchatka y otros viajes posteriores, se labró una posición muy respetada en el delicado debate sobre las zonas que quedaron cubiertas por glaciares durante la última arremetida de la era glacial. Asimismo, el especialista en escarabajos Carl H. Lindroth hizo importantes contribuciones a la historia antigua del hemisferio norte.

Malaise fue, por tanto, solo uno de la serie de biólogos que leían las notas al pie de la naturaleza como una clave llena de respuestas sobre los grandes enigmas. Y, por supuesto, él escogió uno de los mayores: la Atlántida, la isla que se hundió en el mar. No era ninguna leyenda, él tenía las pruebas. A mediados de los años treinta, o quizás incluso antes, se puso sobre la pista de la solución del misterio y nunca se rindió. El último panfleto que escribió sobre la cuestión, «Atlantis, a verified myth» («La Atlántida, un mito verificado»), se publicó en 1973, cuando él ya tenía más de ochenta años, pero entonces ya no había nadie que lo escuchara.

El fondo de la cuestión es que nuestro amigo Malaise, a la sazón una autoridad mundial en tentredínidos, se había puesto a elucubrar sobre cómo era posible que se hubiera encontrado en la Patagonia un himenóptero cuyos parientes más próximos estaban en Europa. Era un problema zoogeográfico clásico, un misterio de los que antes siempre se habrían intentado resolver con la hipótesis de varios pasos elevados entre los continentes, pero que, a partir de los años cuarenta, se empezaron a explicar cada vez con más frecuencia con la llamada teoría de la deriva continental. Es la teoría en la que creemos hoy en día; la idea de que, en la prehistoria, los continentes formaban una única masa de tierra, Pangea, que posteriormente se dividió en varias partes, más o menos como un témpano de hielo en primavera. Si los animales o las plantas eran lo suficientemente antiguos, la deriva continental también podía explicar las difusiones más extrañas.

Al igual que los descubrimientos de Gregor Mendel sobre los laberintos de la herencia, la teoría del viaje de los continentes por el globo terrestre ya llevaba mucho tiempo sobre la mesa antes de que alcanzara relevancia. Su autor, el

geofísico alemán Alfred Wegener (18801930), sin duda no fue el primero en ver que la costa occidental de África y la costa oriental de Sudamérica encajaban como dos piezas de un rompecabezas, pero sí fue el primero en formular la teoría de que, en realidad, habían formado una única masa. Lo hizo ya en 1912. Sin embargo, como no pudo explicar de dónde procedía la fuerza que originó ese desplazamiento, casi nadie le hizo caso. Tuvieron que pasar unas cuantas décadas para que cada vez más científicos empezaran a tomar en serio la teoría. La idea les gustaba sobre todo a los biólogos, mientras que los geólogos continuaron siendo escépticos durante mucho tiempo. La teoría no se impuso realmente hasta los años sesenta.

Cuando, en 1945, después de muchos años de arduo trabajo, Malaise finalmente expuso y publicó su tesis doctoral sobre los tentredínidos asiáticos, los biólogos ya habían empezado a acostumbrarse a la idea de que todos los continentes procedían del mismo continente primigenio. No así Malaise, para quien la teoría de Wegener era una superchería. La corteza terrestre, decía, era demasiado gruesa; no había ninguna fuerza en el mundo capaz de impulsar semejante movimiento lateral. Jamás. Especialmente ridícula le parecía la parte de la teoría que afirmaba que el subcontinente indio había llegado del sur con tanta fuerza que, al chocar con el resto de Asia, había alzado tanto el Himalaya como la meseta tibetana. Le parecía totalmente imposible. Y fue así como su tesis sobre himenópteros lejanos, cuyo contenido a primera vista parecía extremadamente restringido, se convirtió en un ataque frontal contra una teoría que tenía el futuro de su lado. Cuando uno lee el libro, lo cual no es coser y cantar, tiene la impresión de que la investigación sobre los himenópteros era algo así como un gran cohete con una ojiva de pura geología, tipo historia de la creación.

Wegener estaba equivocado. Nils Odhner tenía razón.

¿Qué es lo que sostenía este?

Antes de entrar en materia, debemos mencionar que, en algún momento de esa época, Malaise entró en un largo e irreconciliable conflicto con el profesor Olof Lundblad, su jefe en la sección de entomología. El origen de la discordia no ha

salido a la luz, pero en el archivo de la Academia de la Ciencia hay un impresionante montón de escritos de queja que tratan exclusivamente sobre minucias, lo que indica que el conflicto muy pronto se convirtió en uno de esos pianos que se tocan solos. Por ejemplo, parece que ninguno de los dos dudó en elevar hasta el rey una disputa sobre la cantidad de minutos que Malaise tenía derecho a dedicar a su almuerzo diario. Mi teoría es que Lundblad simplemente se hartó del grado de independencia seguramente intolerable que mostraba Malaise, sobre todo cuando este empezó a pasar cada vez más tiempo con Odhner en la sección de paleozoología, donde se dedicaba a especular sobre unos temas que bien poco tenían que ver con su ámbito de trabajo.

Todavía hoy se cuenta en el museo la historia de la tarde en que Malaise llegó paseando después del almuerzo, probablemente con mucho retraso. Delante del ascensor se encuentra a Lundblad hecho una furia y mirando ostensiblemente su reloj, y Malaise le pregunta, como de pasada: «¿Estás cociendo huevos?».

En fin, Odhner había concebido una teoría totalmente original sobre por qué la superficie de la Tierra tiene el aspecto que tiene. Esa doctrina, que se conoció con el nombre de «teoría de la constricción», era genial en su sencillez, si debemos creer a Malaise. Y lo explicaba todo. En sus rasgos esenciales, la teoría explica que las altas montañas y los hondos valles, tanto en la tierra como en el mar, se forman cuando la superficie terrestre se pliega bajo la presión de unos movimientos que se producen como consecuencia de las diferencias de temperatura, y no de unas corrientes misteriosas en el interior de la tierra. El clima, dicho brevemente, lo gobierna todo. Cierto, también según Odhner, la corteza terrestre está formada por placas divididas entre sí por zonas inestables donde se producen terremotos y fenómenos volcánicos, pero, a diferencia de las unidades más móviles de Wegener, no se desplazan lateralmente de forma significativa. Solo se extienden o se encogen dependiendo de las temperaturas. Los continentes están donde están, y si el clima es cálido, las placas que los constituyen se expanden, lo cual forma las cadenas montañosas o los profundos valles. Como una chapa

ondulada, más o menos.

No quiero ahondar en esta cuestión. La teoría de la constricción no es completamente cristalina y mis conocimientos geológicos no son lo bastante profundos. Además, creo que no tenemos que saber mucho más que el hecho de que, a partir de ese momento, René Malaise lo apostó todo a favor de una idea que casi nadie más se tomaba en serio. Los himenópteros no habían sido nada más que un medio de transporte, y ahora había llegado a su destino. Que muy pronto se quedaría a la intemperie es algo que entendieron todos salvo él mismo.

Cometió un grave error. En lugar de utilizar la teoría de Odhner como un recurso para esclarecer sus cuestiones zoogeográficas, lo que habría sido una actitud honorable incluso a ojos de los demás, abandonó los himenópteros de golpe y se lanzó de cabeza en la maraña de leyendas y especulaciones esencialmente estériles que arrancaban del relato de Platón sobre la Atlántida hundida. Su entusiasmo fue el de siempre; al parecer, no le importó en absoluto que la gente se riera a sus espaldas. Quizá se acordaba de su trampa, que también había sido rechazada como una mera ilusión sin fundamento. Aquella vez, el perseverante venció. ¿Por qué no iba a ocurrir lo mismo en esta ocasión? Aunque lo más probable es que no pensara tanto en lo que creían los demás. Antes ya había soportado el clima inhóspito. Y también la soledad.

Con su libro divulgativo *Atlantis, en geologisk verklighet* («La Atlántida, una realidad geológica»), publicado en 1951, Malaise voló los últimos puentes que lo unían a la ciencia seria. Todavía podría haber salvado la situación y su reputación para la posteridad si se hubiera contenido un poco. Las ideas de Odhner eran una teoría como otra cualquiera y el autor del libro poseía unos conocimientos impresionantes sobre la difusión de la fauna. Un continente hundido en el Atlántico, quizás a la altura de las Azores, no habría sido nada demasiado grave. Era una hipótesis osada, cierto, pero no pasaba de ser una hipótesis, fundamentada por hechos procedentes de sólidas investigaciones de muchas disciplinas. Habría podido salir airoso.

Pero no, ¿por qué contenerse?

A veces creo que fueron las experiencias de su juventud las que lo extraviaron. Los recuerdos de los terremotos y los maremotos devastadores. Ningún científico del mundo había experimentado como él, en sus propias carnes, la fuerza que se desencadena cuando el fondo del mar de repente se hunde varios cientos de metros. En la catástrofe natural de Japón de 1923 murieron cien mil personas. Él había estado allí.

> La catástrofe que según la leyenda terminó con la Atlántida puede muy bien haber tenido su equivalente en la realidad. La capital puede haber experimentado un hundimiento repentino con la subsiguiente inundación, causada por un asentamiento de la roca de fondo como consecuencia de una constricción marginal. En el caso de Japón conocemos ejemplos de grandes extensiones de tierra que se han hundido repentinamente como consecuencia de terremotos. Como ya hemos dicho, algunas partes de la bahía de Sagami, en las afueras de Tokio, se hundieron hasta cuatrocientos metros. Si la estrecha franja costera donde se había desarrollado la cultura y donde se encontraba la capital sufrió tal destrucción general, esto puede haber significado perfectamente el hundimiento de todo el reino y toda la cultura. Los tsunamis producidos como consecuencia de la catástrofe pueden haber contribuido a aniquilar a la población de las costas. Después de la desaparición de la población de la costa y los centros de cultura, es posible que la población superviviente emigrara o pereciera lentamente.

Así termina el último capítulo del libro de 1951 sobre la Atlántida. No es largo, solo tiene diez páginas, pero son suficientes para derrumbar el edificio. Su título es «La importancia de la Atlántida para la cultura humana». El autor no afirma explícitamente que hubo gente que vivió en la Atlántida, ni que tuvieron contacto con los egipcios, ni tampoco que fueron los marinos más valientes y poderosos del océano. No lo dice explícitamente. Tampoco afirma que sepa con seguridad que fueron esos atlantes quienes construyeron Stonehenge en Inglaterra y suministraron todo el bronce que

encontramos en la tierra perteneciente a nuestra propia Edad de Bronce, ni que sean sus barcos los que están representados en un sinfín de pinturas rupestres suecas de ese mismo periodo.

Y, no obstante, todo el capítulo rezuma la creencia de que todo eso es cierto.

Mucho tiempo después, en 1969, se publicó el libro en inglés, esta vez con un título más insidioso: *A New Deal in Geography, Geology and Related Sciences* («Un nuevo acuerdo de geografía, geología y ciencias afines»). Tuvo que costear la publicación de su bolsillo. Habían pasado muchas cosas durante los años transcurridos desde la edición original. La teoría de la deriva continental había vencido definitivamente, Odhner era más desconocido que nunca y Malaise debía de parecer un fósil viviente. Habían pasado cincuenta años desde la expedición a Kamchatka. ¿Quién se acordaba de ella? Quizá no es extraño que el capítulo sobre la cultura de la Atlántida hubiera crecido hasta las casi sesenta páginas en la edición inglesa.

Ahora la Atlántida era la cuna de la cultura humana, el corazón palpitante de una edad de oro desaparecida. Cuando leo lo que escribió me emociono y a la vez me alegro, puesto que René es mi amigo. No me importa que en nuestros días este relato pueda considerarse un tesoro para los entusiastas del *new age*.

En cambio, me llamó especialmente la atención algo que escribió en el prólogo. Me dio una idea:

> Los científicos de hoy, ya sean geólogos, geofísicos u oceanógrafos, están tan superespecializados que solo dominan un estrecho sector de sus respectivos campos de investigación. Rara vez se atreven a expresar ninguna opinión fuera de ese sector. Las teorías fundamentales sobre las que, por ejemplo, reposa la geología han estado en uso por lo general durante generaciones y por ello ya no se consideran teorías, sino que han alcanzado más bien la categoría de axiomas.

Con cierto esfuerzo conseguí dar con otro ejemplar del libro sobre la Atlántida, y el mismo día que me llegó por correo se lo mandé a un geólogo que conozco, residente en Madrid, en cuyos conocimientos confío desde la ocasión en que cruzamos juntos

los Urales. Fue a finales de los años ochenta. Teníamos que ir a la provincia de Yamal, al norte de Siberia, por un asunto poco claro, cuando menos, y tomamos el tren que parte de Moscú hacia el este en compañía de una camarilla de rusos enérgicos. Estuvimos de fiesta toda la noche, bebiendo y cantando como se suele hacer en los compartimentos de los trenes rusos, y cuando se perfiló el alba sin que nos hubiéramos dado cuenta siquiera de haber pasado por las montañas, mi amigo geólogo dijo:

—Me pregunto si los Urales no son más que un bluf.

Todavía tiene mayor importancia para su credibilidad e independencia de criterio el hecho de que, desde hace mucho tiempo, trabaja en el sector petrolífero: el interés no miente. El prestigio académico y el pensamiento rutinario desaparecen rápidamente en un mundo donde una estimación errónea puede costar cientos de millones. Entonces le pedí que me dijera qué pensaba acerca de Malaise y la olvidada teoría de la constricción.

Al cabo de algunas semanas me llegó una larga carta, escrita en Hassi Messaoud, un pueblo perdido del este de Argelia, donde mi amigo estaba destinado en aquel momento, con la misión de evaluar un yacimiento petrolífero muy prometedor.

Como había vivido y trabajado durante mucho tiempo en países francófonos, empezaba lamentando el nombre un tanto desafortunado de Malaise (que se puede traducir con un amplio abanico de palabras que van desde «malestar» hasta «penurias económicas»), pero enseguida pasó a exponer sus reflexiones sobre las teorías acerca de la historia de la Tierra. La vieja deriva continental de Wegener se debe considerar, efectivamente, un axioma, escribía. Todo el mundo cree en ella; la teoría ya lo explica casi todo en la geología. Incluso se puede medir la velocidad del desplazamiento. Mi amigo me contaba que Europa y Norteamérica se separan más o menos a la misma velocidad que a la que crecen las uñas, esto es, unos dos centímetros al año. Aunque, por otro lado, añadió, es imposible determinar la fiabilidad de esas mediciones.

Algo parecido ocurre con la teoría en su conjunto. No se puede saber a ciencia cierta si describe la realidad; lo único que

se puede afirmar es que coincide lo suficientemente bien con las observaciones. Sin embargo, también es imposible desecharla como falsa. «Gracias a ella encontramos petróleo una y otra vez, pero quizá no se pueda excluir que tenga errores, o incluso que algún día haya que rechazarla.»

Quién sabe, es posible que, al fin y al cabo, el tiempo de los descubrimientos verdaderamente revolucionarios no haya pasado. Crucemos los dedos por que, tarde o temprano, alguien le dé un buen repaso a Wegener. Por el bien de René.

15. La legibilidad del paisaje

Según dicen, no se puede ser un geólogo realmente bueno sin un sentido extraordinario del tiempo. Un sentido, no un conocimiento. Los conocimientos empíricos son otra cosa; siempre se pueden adquirir a base de esfuerzo y paciencia. Pero hay un sentido innato para el tiempo, un talento que, como el musical, difícilmente se puede desarrollar a partir de la nada, y que sería el secreto que hay detrás de los mejores geólogos. No sé si es cierto, pero resulta verosímil.

Porque ¿qué son diez mil años? ¿O tres millones? ¿En relación con mil millones? Los demás no tenemos ni idea. Podemos entender las cifras, como si fueran líneas en una escala, y tal vez lleguemos a comprender medianamente el símil según el cual, si la historia de la Tierra es una hora, el tiempo que el ser humano ha vivido en su superficie no pasa de algunos segundos. Sin embargo, falta el sentido de la extensión del tiempo.

Mi noción de unos espacios de tiempo tan extensos que rayan en la infinitud depende siempre de esas prótesis intelectuales, unas torpes reglas sintéticas que suplen la comprensión profunda, de la que carezco. Simplemente el tiempo que se extiende más allá de las vidas de las personas vivas en este momento ya puede resultar difícil de aprehender al margen de cifras y anécdotas. Probablemente se trata del mismo talento que hace que un biólogo evolutivo, o un historiador en general, sean verdaderamente buenos. A veces desearía ser uno de ellos, y lo he intentado, pero siempre me ha fallado justo el sentido del tiempo. Alcanzo a imaginar algunos cientos de años, pero luego aparece el cansancio que es consecuencia de la incapacidad.

Por eso salgo con la red aquí y ahora, y leo mi paisaje en presente. Creedme, este relato también es rico y está lleno de sorpresas, por miope que uno sea.

Todo el asunto de los sírfidos también es, al fin y al cabo, una cuestión de comprensión, digamos incluso de comprensión lingüística. Me doy cuenta de que no he sido del todo sincero cuando he hablado de mis motivaciones. He dado una respuesta insuficiente a la pregunta «¿Por qué las moscas?». Decidido a no

mentir alegando una hipotética utilidad, he presentado mi inclinación a capturar moscas como una cuestión de anestesia barata y como simple caza recreativa, un canal para la vanidad del pobre y el eterno deseo de ser el mejor. Y puede ser cierto, pero también hay otra cosa, si no más importante, quizá sí más hermosa. Más honorable. No tendría por qué ser necesariamente así; también el camino del ambicioso hacia la perfección, en el terreno que sea, debería ser digno de todos los honores, aunque solo sea porque sería bello vivir en un mundo lleno de excelencia individual y sin la habitual rivalidad.

En cualquier caso, aprender una lengua nunca es una mala idea.

Así pues, consideremos un momento la cuestión de la legibilidad del paisaje: cómo la naturaleza se puede comprender más o menos como la literatura, o experimentar de la misma manera que el arte o la música. Es cuestión de conocimientos lingüísticos. Se podrá objetar que todos, independientemente de la educación que hayamos recibido, somos capaces de percibir la belleza de diversas obras de arte y piezas musicales. Eso es cierto, pero no lo es menos que el espíritu no entrenado es una presa muy fácil de lo dulzón y lo romántico, cosas que ciertamente no están mal, pero que solo constituyen un primer contacto que no suele llevar muy lejos. También en el arte hay una lengua que aprender, e incluso la música tiene sus matices escondidos.

En literatura los requisitos están más claros. Se sabe leer o no. Y cuando digo que el paisaje puede proporcionar experiencias literarias de distinta profundidad, pienso precisamente esto: en primer lugar, hay que conocer la lengua. En un vocabulario formado por animales y plantas, las moscas son palabras que pueden transmitir todo tipo de relatos siguiendo las leyes gramaticales de la evolución y la ecología.

Reconocer un *Chrysotoxum vernale* cuando lo ves y saber por qué vuela precisamente en ese lugar y en ese momento proporciona una satisfacción que, por desgracia, no es muy fácil de explicar. Me temo que hay que tomar el desvío de lo útil antes de llegar a lo bello. Lo que es esencial es una cuestión de gusto.

El *Chrysotoxum vernale* es muy elegante y, al modo de los sírfidos, se parece a una avispa. Quien vea la diferencia ya sabe leer, pero la cosa se vuelve emocionante de veras cuando uno es capaz de distinguirlo de un *Chrysotoxum arcuatum*. Y no es tarea fácil. Durante años de entrenamiento, hay que haber atrapado a las dos especies gemelas y haberlas examinado en el alfiler, puesto que lo fundamental para determinar estas especies es sobre todo el color de la parte interior de los muslos delanteros.

Por eso he capturado varios ejemplares a lo largo de los años. Y he dedicado tanto tiempo a los gemelos *Chrysotoxum* que ya me considero capaz de distinguirlos sobre el terreno, sin necesidad de apresarlos con la red. Y por eso sé también que el *arcuatum* es frecuente, mientras que el *vernale* es una rareza. Pero ¿por qué? Es una pregunta tan abierta como una novela a medio leer.

En mi colección tengo seis *vernale* de la isla, capturados en distintos años, entre el 27 de mayo y el 19 de junio; al parecer, su tiempo de vuelo no se extiende más allá de esos límites. Esto es interesante. Sin embargo, todavía lo es más el hecho de que, al margen de estas seis moscas, en tiempos modernos solo se ha encontrado un único ejemplar de la especie en la Suecia central, en otra isla, a escasos minutos de latitud al sur. La mosca es abundante en las islas de Öland y Gotland, así como en Escania, pero por lo demás ha desaparecido del continente. Durante el siglo xix se capturó en las regiones de Blekinge y Småland, y en las de Ostrogotia y Vestrogotia. Pero luego no se volvió a capturar. ¿Por qué?

Rara vez nuestros conocimientos son suficientes, pero por lo menos sirven para formular una hipótesis razonablemente fundamentada. No hay nada tan útil como una hipótesis. Sobre todo cuando el coleccionista, de vez en cuando, se ve obligado a soportar conversaciones con personas incultas que piensan que quien es capaz de hacer daño a una mosca es un ser amoral y cruel. Esas personas pertenecen a la especie ecológica, si se me permite la expresión; dóciles flagelantes que se agachan junto a sus malolientes montones de compost y se mecen devotamente en la convicción de que gran parte de la vida en la Tierra tiene los días contados. La pesadilla del exterminio los atormenta, se

nota en sus ojos tristes.

Entonces una hipótesis puede alegrarlos. Y el *Chrysotoxum vernale* es un buen candidato.

Con toda la astucia retórica de la que puedo echar mano, inicio una especie de digresión y digo que, en su día, a Linneo lo embargó tal pavor ante la riqueza de la naturaleza al ver la mariposa más hermosa de nuestra fauna que la bautizó con el nombre de *Parnassius apollo*. Todo el mundo sabe reconocer una apolo. En una foto, quiero decir, porque en la realidad cada vez son menos los que han tenido la suerte de seguir su torpe vuelo por marjales y extensiones rocosas. En el continente, la especie ha desaparecido de la mayoría de los paisajes por donde volaba antiguamente, y ahora la apolo solo es frecuente en ciertos lugares de la costa sudeste de Suecia. Durante el último medio siglo ha ocurrido algo, no se sabe qué, pero los investigadores investigan y piensan cada vez en voz más alta que el mismo terreno por donde antes volaba la apolo está enfermo. Se supone que la acidificación produce unas sustancias en la tierra que terminan en las plantas, y de las plantas van a parar a…, en fin, no se sabe a ciencia cierta, pero según los partidarios de esta teoría existe alguna relación.

La presencia de la mariposa apolo en la isla se explica por la circunstancia de que el sustrato rocoso es calcáreo, lo que ayudaría a la tierra a hacer frente a los venenos y emanaciones de la sociedad. En todo caso, es una hipótesis que se puede trasladar literalmente al sírfido *Chrysotoxum vernale*.

Nuestro escéptico ya se siente algo mejor, en parte porque siempre resplandece un poco en la acogedora oscuridad del apocalipsis, y en parte porque cree hallarse delante de un idealista, un investigador diletante que ha consagrado su vida a la heroica empresa de dejar constancia de la maldad de su época a base de buscar moscas en peligro de extinción. Y de repente mi caza se vuelve una acción grata a los ojos de Dios, casi un admirable deber testimonial, y lo cierto es que no es una mala descripción, pero presentar esta fría y empírica utilidad científica como mi principal motivación sería simplemente ridículo y el colmo de la hipocresía. Lo importante es la lectura en sí misma.

Nadie aprende a distinguir el canto de la alondra totovía del de la alondra común para poder predecir con mayor facilidad las catástrofes que se avecinan. Todo esto viene después. Y las moscas son simplemente más pequeñas y más numerosas. El impulso es el mismo, y la recompensa, también. ¿Se atreverá alguien a hablar de belleza en este caso?

Cuando la alondra totovía llega del sur en el mes de marzo, algo les sucede a los que reconocen su canto. Desde luego, también les sucede algo a los demás, porque el canto de los pájaros siempre es el canto de los pájaros, pero el bosque entero se llena pronto de petirrojos, acentores, zorzales, verderones, agateadores y chochines que dan el do de pecho, y entonces es como si esa felicidad tan delicada se diluyera un tanto. Hasta que uno no es capaz de distinguirlos, y conoce sus nombres, no puede continuar leyendo y finalmente comprender. Cuantas más palabras conocemos, más rica es nuestra experiencia. Como cuando leemos un libro. Rara vez son los libros importantes los que producen una mayor satisfacción al lector.

La televisión nos ha enseñado a ver la naturaleza como una película, como algo inmediatamente accesible y comprensible, pero eso no es más que una ilusión. Ahí fuera no se oyen las explicaciones del narrador; lo que aparentemente parece un arte espléndido y una música deliciosa suele convertirse para el no iniciado en un texto impenetrable escrito en una lengua extranjera. De modo que, en el fondo, la mejor respuesta a la pregunta de por qué colecciono sírfidos es que quiero entender también la letra pequeña de la única lengua que ha sido mía desde que tengo memoria.

En pleno verano, en el mes de julio, cuando todos los veraneantes yacen como focas en los islotes más lejanos, suelo escabullirme a un lugar apartado de la isla para leer. En la suave pendiente de una linde de un bosque, entre un campo de heno y una línea de postes de electricidad, entre robles y avellanos crece una gran población de genciana blanca que, cuando el sol está en el cenit, atrae unas cantidades fantásticas de insectos a sus grandes umbelas de flores blancas. Suelo ver allí el *Gnorimus nobilis*, y en el prado vuela la zigena de cinco puntos, siempre igual de despreocupada, y a cuyos peculiares colores solo Harry

Martinson hace plena justicia: «El color de fondo del ala es un oscuro azul-verde-azul, semejante a una tinta en su composición cromática, y sobre este fondo centellean las manchas de un carmín intenso».

En esa pendiente también veo cada verano la misteriosa mosca abeja *Villa paniscus*, una bolita de lana veloz como una flecha de la que nadie sabe nada y que hasta el año pasado se consideraba extinguida, sobre todo porque nadie, o muy pocos, era capaz de distinguirla de la *Villa hottentotta* (sí, así se llama). Las moscas abeja constituyen verdaderamente un grado superior, pero hay algo en ese lugar que hace que me sienta tentado de intentar leer otras cosas además de los sírfidos. Allí también vuela el *Anthrax leucogaster*, otra mosca abeja medio desconocida, y mi último hallazgo fue el crisídido *Chrysis hirsuta*, algo que, desde luego, no le interesa a nadie, lo sé, pero lo digo igualmente. En parte porque es una actividad sin riesgos —nadie va a pensar que estoy pavoneándome al conocer la obra desconocida de algún maestro—, y en parte porque al final lo que defiendo es que aprender a leer la naturaleza es un ejercicio infinito.

Seguramente uno podría pasar una vida entera ahí abajo (el invierno no cuenta) sin tener en ningún momento la sensación de haberlo leído todo. Ya solo los sírfidos, mis notas al pie personales, me tienen suficientemente ocupado. Por ejemplo, en las flores de la genciana blanca se posan las dos impresionantes especies del género *Spilomyia*; no todos los días, claro está, porque se trata de animales legendarios capaces de hacer que los burócratas de la conservación ambiental pongan los ojos en blanco y hagan la ola de puro entusiasmo, por lo raros que son y por el relato tan rico que cuentan, con su mera presencia, sobre árboles viejos, carcomidos y dignos de preservación. La primera vez tuve palpitaciones, tan grande era mi afán por atrapar, poseer, aprender y presumir con la *Spilomyia*; el sentimiento es, en cierto modo, mayor ahora, que me leo y lo vuelvo a ver. Como la alondra totovía en marzo. ¿Se puede hablar de felicidad en este caso?

Hay relatos que tiene que escribirlos uno mismo. Como el del *Eumerus grandis*.

Tiene lugar un piso más abajo, más cerca del suelo. Como en el caso de la cercana mosca del narciso, los sírfidos del género *Eumerus* se desarrollan en las raíces de las plantas de diverso tipo y, por alguna razón, nunca han sido grandes aficionados a visitar las flores. En realidad, tardé varios años en descubrirlos, puesto que estaba muy concentrado en estudiar lo que sucedía en las flores de la genciana blanca. Varias especies distintas volaban por debajo, en el matorral, y una de ellas resultó ser la *grandis*. Según la bibliografía, no se sabe de qué planta se alimenta. Yo tenía tiempo de sobra.

Hay que tener en cuenta que el *Eumerus grandis* es una de esas moscas misteriosas que se encuentran en toda Europa pero que no son frecuentes en ninguna parte, al menos, que se sepa. A lo mejor vuelan en enjambres en ciertos lugares sin que nadie las vea. Mientras no se sepa de qué planta se alimentan no se sabrá dónde hay que buscar. O, mejor dicho, mientras no se *supo*. Ahora ya se sabe. Yo lo sé. Un día, mientras estaba sentado en la hierba, vi una hembra que se comportaba de un modo sospechoso cerca de la base de una genciana blanca reseca que salía de la grieta de una roca. Era como si corriera en círculos sobre el suelo, como pollo sin cabeza. Presentó este comportamiento durante media hora, antes de alzar el vuelo. Entonces miré con la lupa la hoja sobre la que había estado corriendo y vi unos huevos tan pequeños que eran casi invisibles.

Ese era el campo de investigación escrito en letra más pequeña. ¡Un descubrimiento! La lectura tomó un nuevo impulso, y luego encontré esta mosca en otros lugares donde crece la genciana blanca. Ya la conozco. Acaso mejor que nadie en todo el mundo. Debería escribir un artículo sobre el tema en alguna revista especializada. Pero no lo he hecho. No obstante, el rumor se ha propagado bastante rápido entre los expertos.[12]

16. El doctor Orlík y yo

Para mayor seguridad, me he procurado un santo patrón. El doctor Orlík. Como es inmortal, y nada más que un personaje secundario, creo que tendrá tiempo para velar por mi destino. Él sabe de qué se trata.

—¿Libélulas? —Orlík frunció el entrecejo—. No me interesan. Solo me interesa la *Musca domestica*.

—¿La mosca común?

—Eso es lo que es.

—Contesta —lo interrumpió nuevamente Utz—. ¿Cuál fue el día en que Dios creó la mosca? ¿El quinto? ¿O el sexto?

—¿Cuántas veces tendré que repetírtelo? —clamó Orlík—. Tenemos ciento noventa y nueve millones de años de moscas. Pero ¡tú siempre hablas de días!

—Qué duro —comentó Utz, filosóficamente.

Sí, ahí es donde está, en *Utz*, la novela breve de Bruce Chatwin, su mejor libro y el último que escribió antes de que la muerte se lo llevara, en enero de 1989. El escritor recuerda un viaje que hizo a Praga en el verano de 1967, el año anterior a los tanques, cuando un redactor de una revista le encargó un artículo sobre el intento de Rodolfo II de curarse una depresión coleccionando objetos exóticos. El artículo debía formar parte de una gran obra sobre la psicopatología del coleccionista maníaco, pero debido a la confusión lingüística y a la pereza, dice, su expedición checa no tuvo ningún resultado y se redujo a unas agradables vacaciones costeadas por otros.

Será solo más de veinte años después, casi al fin de la vida, cuando dé sus frutos.

Así pues, volvamos a Praga.

Un buen amigo y conocedor de los países del otro lado del telón de acero ha aconsejado al escritor que busque a Kaspar Utz, un señor excéntrico que, ya en la niñez, sintió la vocación de convertirse en un coleccionista de porcelana de Meissen, un tipo muy original que poseía más de mil figuritas, un patrimonio que consiguió proteger de la guerra mundial y de las persecuciones de la época de Stalin. Se encuentran para comer en el restaurante Pstruh, donde resulta que Utz ha comido en compañía de su buen amigo, el doctor Orlík, todos los jueves

desde 1946. Ahora están esperando a que llegue, y mientras tanto, Utz le cuenta que Orlík es un científico famoso, especialista en los parásitos de los mamuts, pero también un notable experto en moscas.

No tuvimos que esperar mucho hasta que un hombre enjuto, barbudo, que vestía un lustroso traje cruzado, hizo su entrada por la puerta giratoria.

Ese almuerzo inolvidable en el corazón de Praga corre constantemente el peligro de irse a pique por culpa del impredecible Orlík. Todo empieza cuando los tres comensales coinciden en pedir carpa, que por otra parte es lo único que la casa ofrece ese día. El escritor descubre que hay un error en la traducción de la carta, escrita en varios idiomas. La palabra inglesa *carp* aparece como *crap*, cosa que él tiene la imprudencia de indicar.

—En Inglaterra —dije— ese pescado se llama *carp*. *Crap* tiene otro significado.

—Oh —comentó el doctor Orlík—. ¿Qué significa? —Excrementos —respondí—. Mierda.

A Orlík eso le parece la mar de gracioso. Platos como la sopa de mierda al pimentón, mierda frita o albóndigas de mierda se convierten en unos chistes que le hacen desternillarse, por no hablar del plato de mierda al estilo judío, que insiste en pedir como para chinchar a su amigo judío, Utz.

—¿Y para empezar?

—Nada —contestó Orlík—. ¡Solo *crap!*

El escritor, que teme que Utz, harto de tanta broma, se levante y se marche, intenta poner en práctica una maniobra de evasión:

Intenté desviar la conversación hacia la colección de porcelanas de Utz. Su reacción consistió en retraerse dentro del cuello de la camisa y en decir, vagamente:

—El doctor Orlík también es coleccionista. Pero de moscas.

—¿Moscas?

—Moscas —asintió Orlík.

Y es en ese momento cuando el narrador saca el tema de los sírfidos. Los ingleses saben conversar como pocos en situaciones difíciles, y ahora recuerda unos sírfidos de extraordinaria

belleza que tuvo ocasión de observar durante un viaje a Brasil. Pero, como hemos dicho, a Orlík no le interesan nada más que las moscas domésticas, y continúa pinchando a Utz, entre otras cosas, metiéndose con Franz Kafka por su discutible descripción del insecto en *La metamorfosis*. Sí, verdaderamente, un almuerzo inolvidable.[13]

Pero dejemos un momento a los comensales discutiendo en el restaurante Pstruh para explicar con la mayor brevedad cómo es posible que haya escogido como mi santo patrón a un hombre que demuestra un desprecio tan claro por los sírfidos. Estoy convencido de que su falta de interés no es más que una desafortunada manifestación del espíritu del tiempo. Hoy, después del *boom* de los sírfidos, habría respondido de un modo distinto, estoy seguro. Conozco a los de su clase.

Así pues, hay que decir algo a propósito de este *boom*. Entre los entomólogos, se oye a veces esta expresión:

—Así que a ti también te ha arrastrado el *boom* de los sírfidos.

Con esta expresión tan sorprendente se refieren en general a que, en los últimos años, hay más de cinco personas en Suecia que se interesan por los sírfidos. Todo es relativo. Pero la realidad es que se está preparando algo que nadie podía prever hasta hace muy poco tiempo. Entre las innumerables palabras de la naturaleza, las moscas de las flores, la familia *Syrphidae*, ha salido a la luz como un repertorio de historias especialmente atractivo y prometedor, útil y placentero. Durante mucho tiempo, la moneda corriente de la política medioambiental han sido los líquenes, los hongos y otros modestos indicadores de las zonas inhabitadas, pero también en este campo las modas cambian, y ha llegado el momento de medir el valor de la naturaleza creada parcialmente por la civilización mediante el colorido patrón de los sírfidos. No es nada extraño.

Por un lado, los sírfidos nos cuentan muchas cosas sobre el paisaje, puesto que las exigencias de las especies son muy variables y particulares, y, por otro, el conocimiento es muy accesible gracias a que los bichos son relativamente fáciles de identificar. Están ahí, delante de nuestras narices, en las flores y al abrigo del viento en las hojas iluminadas por el sol, por todas

partes. Las especies no son ni demasiadas ni demasiado pocas, ni demasiado conocidas ni demasiado desconocidas. En resumen, todo se encuentra en su justa medida. Quien estudia las libélulas o las mariposas, por ejemplo, llega pronto a conocer todas las especies, aunque tenga un país entero como campo de trabajo. Sabe cómo viven y dónde se encuentran, y lo peor de todo es que termina la colección, lo más triste que le puede ocurrir a un coleccionista.

Además, los sírfidos son buenos indicadores de muchos entornos naturales protegidos en Europa hoy en día y por los que los europeos sienten pasión: humedales, prados, selvas vírgenes, parques.

El *boom* de los sírfidos es un fenómeno continental. Muchos países europeos dan muestra de una actividad frenética, tanto entre científicos como entre aficionados. En pocos años, los sírfidos se han vuelto tan populares como objeto de investigación que ya pueden competir en atención con casi cualquier otro insecto. Puede que me ciegue la parcialidad, pero a veces tengo la impresión de que ni siquiera la primera posición que han ocupado históricamente los chalados de las mariposas se va a mantener por mucho tiempo. Belgas, británicos, daneses, alemanes, españoles, holandeses, rusos, checos y noruegos…, parece que ahora todos estén corriendo como locos detrás de los sírfidos.

El fondo de la cuestión es, en cierto modo, lingüístico. Con la edición del magnífico libro *De zweefvliegen van Noordwest-Europa en Europees Rusland, in het bijzonder van de Benelux* («Los sírfidos del noroeste de Europa y de la Rusia europea, en especial del Benelux»), publicado en Ámsterdam en 1981, se inició una moda dentro de los libros de no ficción que se plasmó en una serie de excelentes guías dedicadas a los sírfidos europeos. Los ingleses y los daneses fueron los que más contribuyeron de este modo a traducir —literalmente— los sírfidos, a hacerlos legibles, pero también los belgas, los rusos y los alemanes produjeron libros modernos y muy prácticos. Con esto, se allanó el camino.

En pocos años, los sírfidos se volvieron accesibles también para los coleccionistas aficionados, y no pasó mucho tiempo

antes de que la bibliografía sobre los sírfidos rompiera todos los diques. En Inglaterra aparecieron títulos como *Dorset Hoverflies* («Sírfidos de Dorset») y *Somerset Hoverflies* («Sírfidos de Somerset»), una suerte de faunas locales abarrotadas con listas de especies y mapas de distribución, en los que se marca con un punto negro cualquier hallazgo de la mosca más insignificante. Los alemanes, que siempre andan un paso por detrás, pero que, en cambio, son más minuciosos, contestaron con el volumen de quinientas páginas *Untersuchung zum Vorkommen der Schwebfliegen in Niedersachsen und Bremen* («Investigación sobre la existencia de sírfidos en la Baja Sajonia y Bremen»), y la cosa todavía no ha terminado. Dentro de este género, mi favorito es *Hoverflies of Surrey* («Sírfidos de Surrey»), en parte porque las imágenes son preciosas, y en parte porque en ese condado se ha encontrado el mismo número de especies —202— que yo he encontrado en la isla. Surrey comprende 1.679 kilómetros cuadrados. Mi isla, como ya he dicho, tiene quince.

Algún día, me digo a mí mismo, escribiré una guía de fauna local como esas. En inglés. Por vanidad, nada más.[14]

En fin, las guías de especies desencadenaron el *boom*, y ahora la cosa ya marcha por sí sola. Cada número de la revista alemana *Volucella*, dedicada exclusivamente a los sírfidos, presenta una sección especial titulada «Neue Schwebfliegen-Literatur» («Nueva literatura sobre los sírfidos»). En el último número, que tiene 260 páginas, la sección de la bibliografía referencia más de cuatrocientos títulos. Y dentro de un par de años se publicará el primer manual sueco sobre la materia desde 1909. Un verdadero tocho, una obra magnífica con todas las especies ilustradas en nuevas y minuciosas acuarelas, escrita por mi amigo, el mayor experto en este campo, el mismo que un día me introdujo en la sociedad de los sírfidos.

Por supuesto, el doctor Orlík se habría interesado por los sírfidos si *Utz* se hubiera escrito unos años más tarde. No lo dudéis.

Y, además, esto no es lo importante. Hay en Orlík algo más que a la vez me gusta y me asusta, como suele ocurrir con los santos patrones. Es realmente capaz de limitarse, quiero decir que estudia solamente una única especie de mosca. Pero al

mismo tiempo hay algo esquivo en él, una especie de vacilación, como si en todo momento estuviera preparado para huir. Chatwin sabía lo que hacía cuando creó a este hombre.

Y, no obstante, Bruce no tenía mucho de entomólogo, aunque se cuenta que coleccionó mariposas a los quince años, cuando pasó un par de meses en la granja Lundby, a orillas del lago Yngaren, en Södermanland. Se ha escrito mucho sobre los viajes de Chatwin alrededor del mundo, pero su primer viaje, en el verano de 1955, no pasa de ser una nota al pie.

El dueño de la finca era Ivan Bratt, un médico célebre en su tiempo —el que introdujo la cartilla de racionamiento para las bebidas alcohólicas—, y el plan era que, durante su estancia en Suecia, Bruce instruyera a dos de sus nietos, Thomas y Peter, en el distinguido arte de conversar en inglés. Pero dicha instrucción no llegó demasiado lejos. Los chicos creían que Bruce era raro y le metían ortigas en la cama, entre otras bromas pesadas, de modo que el joven profesor se dedicó a coleccionar mariposas, además de refugiarse en la compañía del viejo Percival, el tío de los chicos, un tipo original que vivía en la finca y que, en su juventud, lo había dejado todo para intentar superar una depresión en el desierto del Sáhara. En su vejez todavía conservaba una caja con arena de ese viaje.

Cuando, poco antes de morir, Chatwin visitó a Peter Bratt en Estocolmo, le dijo que fue precisamente aquel verano en Södermanland, al conocer a Percival, cuando comprendió lo que quería hacer con su vida. No se sabe adónde fue a parar la colección de mariposas. Probablemente alguien la tiró y ha desaparecido para siempre.

También el doctor Orlík dirigió su atención hacia otros intereses. *Utz* es una novela muy compleja, pese a su sencillez. El escritor intenta mantener el contacto con el estrafalario coleccionista de porcelana, pero la conexión se rompe tras la ocupación soviética. Sin embargo, Orlík continúa escribiendo. Con un torrente de garabatos ilegibles, envía a su conocido inglés peticiones de libros caros y fotocopias de artículos científicos; le pide dinero y cuarenta pares de calcetines, o le encarga que siga la pista de unos extraños huesos de mamut en el Museo de Historia Natural.

Una carta me describía su último proyecto: un estudio de la mosca casera *(Musca domestica)*, tal como había sido pintada en las naturalezas muertas holandesas y flamencas del siglo xvii. Mi participación en esta empresa consistía en examinar todas las fotografías de cuadros de Bosschaert, Van Huysum o Van Kessel, y verificar si en ellos había o no una mosca.

No contesté.

Esta correspondencia también se extingue, pero muchos años después, cuando el escritor pasa casualmente por Praga, decide seguir la pista de la colección de porcelana de Utz, una colección que ha desaparecido hace tiempo. En la sección de paleontología del Museo Nacional encuentra al jubilado doctor Orlík limpiando la tibia de un mamut. Y los dos vuelven a ir al restaurante Pstruh.

—¿Cómo están las moscas? —inquirí.

—He vuelto al mamut.

—Me refiero a su colección de moscas.

—Las he tirado a la basura.

17. El tiempo contado

Los niños se bañaban en el muelle, el sol achicharraba, todos se bañaban excepto yo, que estaba sentado a la sombra con la espalda en la pared. Lo único que podía hacer era leer periódicos, solo las noticias más breves, noticias absurdas veraniegas, una de las cuales contaba en trece líneas que un grupo de investigadores en Australia había calculado cuántas estrellas había en el universo. Y resultó que la cantidad de estrellas era diez veces superior a todos los granos de arena que había en la Tierra.

En todas las playas, en todos los desiertos, por todas partes.

De repente me puse de buen humor y me olvidé del calor. Una vez viajé por el Sáhara, desde Uargla hasta Agadez, y por eso puedo hacerme una perfecta idea de la amplitud del descubrimiento de los astrónomos. Ya el simple cálculo de la cantidad de granos de arena puede considerarse una proeza. Pero no fue eso lo que me refrescó y me hizo tanto bien; no fue la simple operación de cálculo, sino el optimismo entusiasta y medio idiota que subyace a ese intento de explicación. No decían que la cantidad de estrellas fuera de una magnitud inconcebible, lo cual sería correcto pero también una muestra de falta de imaginación. Se daba una cifra. Con más ceros que los que uno está dispuesto a contar. Explicar lo comprensible no es ningún reto. Pero ¡esto!

Es cierto que la noticia terminaba con la observación un tanto cobarde de que el cálculo afectaba tan solo a la parte del universo visible con el telescopio; pero, llegado a este punto de la lectura, ya había recuperado el buen ánimo. Y cuando un tal doctor Simon Driver, casi en la última línea, exponía sus dudas y observaba que la cantidad de estrellas podría ser infinita, entonces yo ya me había puesto en marcha. Nada, y cuando digo nada me refiero realmente a nada, es capaz de estimular tanto mi imaginación como esta clase de intentos fallidos de describir algo, y cuanto más estúpidos sean dichos intentos, mejor.

Un pobre diablo inconsciente de sus límites se lanza a explicar de manera insensata una cosa: quizás intuye algo que nadie más entiende, y no quiere que esto lo vuelva loco. Se la

pega, naturalmente, todo sigue igual de incomprensible y extravagante que antes; pero por lo menos lo ha intentado.

Y pensé que, si alguien era capaz de ponerme de buen humor al fracasar en la descripción de algo que no me interesaba, ya había superado el último obstáculo. Ya nada podía detenerme. Con su comparación entre las estrellas y los granos de arena, el doctor Driver había puesto el listón a un nivel maravillosamente bajo. Ahora todo era posible. El calor perdió de golpe todo su poder sobre mis sentidos, me levanté y fui a la biblioteca, cerré la puerta, me senté frente al escritorio, desenchufé el cable del teléfono y cerré los ojos.

Siempre había pensado que esta historia se contaría bastante rápido.

No fue así.

No, nada fue como imaginaba. Resultó que esta historia, sobre un tema insignificante que no le interesa a nadie, estaba habitada por una persona llamada René Malaise, un hombre olvidado con razón, un loco que inventó una trampa y luego desvarió. ¿Qué hacía yo allí? ¿Se trataba tan solo de la atracción que he sentido siempre por los perdedores? ¿O era simplemente que él, ese hombre excesivo que nunca supo limitarse, me recordaba que la concentración siempre es mayor cuando no hay vías de escape, cuando el tiempo está contado, y quizá también el espacio?

Alguien me había hablado de su muerte. Una anécdota banal entre muchas otras, pero para mí se hizo más importante que todas las demás. Me obligó a recordar los viajes. Mis viajes de juventud. Porque lo cierto es que todos nos aventuramos en largos viajes que están llenos de decepciones. Que los terremotos, o la experiencia que sea, pueda tener algún significado uno no lo comprende hasta mucho tiempo después.

Malaise, pues, vivió muchos años, al modo de los entomólogos. Ebba había muerto hacía unos cuantos años y él ahora vivía solamente de recuerdos y pescado. Hasta bien entrado noviembre solía vivir solo en Simpnäs, en el norte de Roslagen, sobre todo para pescar y pelearse con los vecinos; pero como ya había sufrido cuatro infartos, ese último verano los médicos intentaron convencerlo de que se lo tomara con

calma. «Echa cuatro redes en lugar de ocho», le habían dicho. Él se llevó doce, naturalmente. Aquel día de finales de junio de 1978 sopló un fuerte viento que hizo que las redes se le llenaran de algas. Sacarlas del lago exigía un gran esfuerzo, pero él no se rindió. René no era de los que se dan por vencidos. Frente al tendedero, sacando a golpes las algas de sus doce redes, sufrió su último infarto.

Consiguió llamar al helicóptero ambulancia y conservó la consciencia durante todo el trayecto hasta el hospital de Danderyd, donde falleció.

Malaise sabía contar historias. Todo el mundo lo dice. Y era un gran viajero. Pero este último viaje, tal y como me lo han contado, confirmó también otra cosa: lo que puede ocurrir cuando queda poco tiempo y uno lo sabe. Porque cuentan que mientras se moría, tumbado bajo la burbuja de cristal del helicóptero, fue hablando, con una alegría radiante y una euforia casi lírica, de todas las islas que iban viendo en el mar brillante muy por debajo de ellos. Era el final y lo sabía. Quiero creer que estaba contento.

Apenas cuatro años después, en marzo de 1982, pasé una noche entera esperando un vuelo en un sofá de escay del aeropuerto internacional de Los Ángeles. Después de trece meses viajando alrededor del mundo, volvía por fin a casa, cansado y desilusionado. Abatido. Cierto que más tarde tendría que salvar la cara. No sería difícil: recorrer con un dedo sobre el mapa la ruta de mi viaje resultaba impresionante. Pero en el fondo nunca le encontré sentido. Salvo entonces, aquella noche.

Había llegado de Tahití y continuaría con otro vuelo hasta Londres. Y desde allí hasta casa, en tren. El avión no saldría hasta diez horas después. No tenía sueño.

Por alguna razón, aquella noche no había mucha gente en la sala de tránsito, pero frente a mí, en un sofá como el mío, al otro lado de una mesa baja, una mujer de mi edad leía un libro de Eduardo Galeano. Empezamos a hablar, como suele hacer la gente en los aeropuertos por la noche. Era de Chile. Volvía a Santiago desde Hawái, donde, si la memoria no me engaña, había asistido a un curso en la universidad. Ella también tenía diez horas de espera por delante. Su avión y el mío partían con

tan solo unos minutos de diferencia. Ninguno de los dos se quedaría solo. Nunca más volveríamos a vernos. Y empezamos a hablar.

Veinte horas. Diez de las suyas y diez de las mías. Como en una burbuja de cristal.

Quizá fue solo el cansancio y el cambio de horario lo que favoreció una sinceridad inusual; no lo sé. Además, yo estaba enfermo, extenuado por las secuelas de la malaria y una hepatitis. Podríamos encontrar varias explicaciones, seguro. Pero mi teoría, mi hipótesis, es que el tiempo mismo era como una isla y por eso aquella noche tuve una institución sobre el sentido del viaje que nunca más volvería. Me oí a mí mismo decirlo. Después, durante años fui a aeropuertos solo para hablar con gente que estaba a punto de dejar el país y quizá también otras cosas, pero nunca conseguí volver a dar con el secreto.

Pocos libros me han cautivado tanto como *Palabras sobre el morir*, del jurista suizo Peter Noll (1926-1982). Lo escribió durante su último año de vida, cuando sabía que pronto terminaría todo. No sé explicarlo, solo puedo decir que todo se ha vuelto más sencillo desde entonces, no porque yo sepa nada sobre el tiempo que me queda, sino por las limitaciones de otra índole que busco constantemente… En fin, nunca he sido un gran filósofo. Digamos que las limitaciones me ponen de buen humor.

Y, como siempre que nos rendimos, se abre un pequeño resquicio por donde puede colarse lo inesperado: precisamente porque pensamos que ya no tenemos nada que perder.

Un viernes de febrero por la tarde lo intenté por última vez con un historiador del arte con el que ya había estado en contacto durante el otoño, cuando trataba de averiguar algo sobre la colección de arte, al parecer extraordinaria, de la que René Malaise se había rodeado hacia el final de su vida. Yo había seguido la pista de unos cuadros hasta un refugio en el sótano del departamento de Historia del Arte de la Universidad de Umeå, donde aquellas obras habían ido a parar por una donación que se había hecho a mediados de los setenta, unos años antes de la muerte de Malaise. El hombre al que llamé por

teléfono era el único que conocía los cuadros con detalle. Había escrito sobre ellos y había preparado un catálogo comentado, pero el manuscrito no se había llegado a publicar y, como suele ocurrir con los académicos, el hombre era reacio a enseñarlo. Es comprensible. Mi buena educación me había impedido siquiera insistir. Aquel otoño había otros muchos cabos sueltos de los que tirar.

Ahora, en cambio, el arte era el último en la lista de los enigmas del caso Malaise. Yo necesitaba aquel catálogo. Además, había averiguado otra cosa. El 17 de julio de 1978, el día antes del entierro de Malaise, habían entrado a robar en su casa, y los ladrones sabían muy bien lo que buscaban. Cinco obras de arte de la donación que entonces todavía no se había entregado, probablemente las más valiosas, desaparecieron sin dejar rastro. De los archivos policiales y los investigadores especializados en robos de arte no había logrado sacar en claro mucho más que el hecho de que tres de esos cuadros estaban atribuidos a Paulus Potter, Jan Polack y Rembrandt, y que la investigación se había archivado el 15 de febrero de 1979. Sin sospechosos, sin pistas, sin nada.

Ojalá consiguiera las imágenes de las obras robadas, pensé. A partir de ahí podría fisgonear por mi cuenta.

El caso es que Malaise se había empezado a interesar por el arte a finales de los años cuarenta. Fue una época dorada que a los marchantes de arte de hoy en día les cuesta describir sin que se les empañen los ojos. Durante la guerra, entraron en circulación unas cantidades fabulosas de arte y antigüedades, y buena parte de ellas llegaron a Suecia por unas razones más o menos trágicas. Del este y del sur llegaron a los puertos de Suecia barcos cargados con cuadros, y en el mercado podía aparecer cualquier cosa.

Durante un par de décadas, Malaise compró pintura europea antigua en subastas, mercadillos de viejo y anticuarios, tanto en Estocolmo como en Londres; eso yo ya lo sabía. También se sabía que compraba barato y tasaba alto, tan alto que los expertos nunca, o casi nunca, lo tomaban en serio. Todos aquellos que lo conocieron y con los que he hablado conocían la existencia de la colección de arte, pero ninguno de

ellos sabía mucho más. Se citaba el nombre de Rembrandt, se sonreía. El único testimonio escrito que encontré fue un breve pasaje del entomólogo americano Robert Leslie Usinger, autoridad mundial en chinches y otros hemípteros, que en sus memorias habla del congreso internacional de entomología que tuvo lugar en 1948, en el ayuntamiento de Estocolmo. Aprovechó la ocasión para quedarse unas cuantas semanas en la ciudad y estudiar las colecciones del Museo Nacional procedentes de la vuelta al mundo que la fragata *Eugénie* hizo en la década de 1850, y conocer a los grandes expertos: Lund-blad, Brundin, Bryk, Malaise. Y fue sin duda este último quien le causó una mayor impresión. Usinger, que continuó relacionándose con Malaise, termina el pasaje sobre los suecos de la siguiente manera:

> Pero lo más fascinante del doctor Malaise era su afición a coleccionar pinturas al óleo de los viejos maestros. Tenía la casa llena de cuadros magníficos, y recientemente, durante nuestro último viaje a Estocolmo, nos enseñó sus últimos hallazgos. El doctor Malaise dice que, con los conocimientos necesarios y un poco de suerte, se pueden encontrar estos cuadros en mercadillos de viejo y subastas públicas, comprarlos baratos y, con una simple limpieza, convertirlos en objetos de gran valor. Son verdaderamente bellos, y su casa parece un pequeño museo bien ordenado.

Pues bien, ahí estaba yo, resignado y hastiado. Era viernes. Me encontraba por casualidad en Estocolmo y tenía que volver a la isla por la noche. El historiador del arte contestó, pero tenía que irse corriendo. Me pidió que volviera por la tarde. Supuse que solo quería ganar tiempo para despacharme y proteger sus inéditos descubrimientos. Aunque, por otro lado, era muy probable que el tesoro no fuera más que una colección de falsificaciones y torpes copias que el inocentón Malaise había endilgado a la universidad de Umeå, que entonces se acababa de inaugurar.

Volví a llamar al cabo de un par de horas.

18. Retrato de un viejo

Luego todo fue muy deprisa. De repente me encontré como en una sacra representación medieval. Dejad, por tanto, que me sirva de un prosaico protocolo de fechas, nombres y otros detalles, para contar este embrollo de coincidencias y reforzarlo con una realidad sobria e incontrovertible.

Tres días sin resuello.

Cuando se alza el telón, estoy hablando por teléfono. Es el 23 de enero de 2004 por la tarde, el lugar es un apartamento en el barrio de Södermalm, en Estocolmo, y el historiador del arte con el que hablo se llama Hans Dackenberg.

Recuerda muy bien la conversación que mantuvimos hace unos meses. De hecho, ese interés inesperado por Malaise lo había animado tanto que retomó enseguida el trabajo en el catálogo, que ahora estaba terminado y a punto de imprimirse, y en caso de que yo estuviera interesado podía mandarme el texto inmediatamente; en total eran aproximadamente ochenta páginas, una de las cuales, me dijo respondiendo a mis insistentes preguntas sobre el robo, contenía una breve lista titulada «Relación de las obras desaparecidas de la donación». Los cinco cuadros robados eran, efectivamente, de Polack, Potter y Rembrandt (de este último no uno, sino dos), además de un cuadro de Sebastián de Llanos y Valdés, cuya autenticidad fue certificada por un tal Sánchez Cantón, del Museo del Prado. Además, añadió Dackenberg, en la lista había un cuadro atribuido a Miguel Ángel, que, según las anotaciones del propio Malaise, era uno de los únicos cuatro cuadros de caballete conocidos del artista. No había sido denunciado como robado, pero igualmente había desaparecido.

—¿Hay fotos?

—No, de los cuadros robados no.

Ahora estaba de caza, por mi cuenta, y deseaba ardientemente que la pista no se enfriara de nuevo. Afortunadamente, Dackenberg se corrigió y dijo que en un caso sí que había una imagen; el cuadro de Polack, un temple sobre tabla de finales del siglo xv que representaba a Cristo con una esfera de cristal en la mano, había aparecido como ilustración de un artículo de Malaise, publicado en 1966 en la revista

SamlarNytt, publicada por la Asociación de Coleccionistas Nordstjärnan. El título del artículo era «Jaeller nej-sägare?» («¿Decir sí o decir no?»). Dackenberg lo había citado en su catálogo y ahora me leyó la cita en voz alta por teléfono:

«Para un especialista en arte siempre es más fácil y menos comprometido decir no, en lugar de decir sí, especialmente cuando la declaración no se justifica. Así es más fácil esconder el propio desconocimiento, pero, como dice el gran conocedor del arte Max Friedländer: "El negador no inspira ninguna confianza si de vez en cuando no dice que sí". Sin duda, los falsificadores hacen mucho daño, pero los "expertos" ignorantes pueden ser igual de peligrosos para los intereses del arte, aunque de otra manera.»

¿SamlarNytt? Yo no conocía aquella publicación. Y tampoco había oído hablar nunca de la Asociación de Coleccionistas Nordstjärnan. La conversación telefónica se terminó. Eran las tres. Salí a la ciudad, fui en metro hasta Hötorget y anduve a paso ligero hasta el Alfa Antikvariat, en la calle Olof Palme, en cuyo sótano laberíntico se conserva una cantidad ingente de publicaciones periódicas, clasificadas minuciosamente en cajas de cartón marrones por orden alfabético. Me inquietó que el dependiente tampoco hubiera oído hablar nunca de la revista *SamlarNytt*, pero añadió que si la revista existía en realidad era muy probable que también estuviera allí. Señaló con un gesto el laberinto y dijo que solo tenía que seguir el orden alfabético. Como un espeleólogo, me puse manos a la obra en aquel sótano.

No tardé mucho en encontrar varias cajas en las que ponía *SamlarNytt*. La revista había publicado su primer número en 1941, entonces bajo el nombre de *Käpphästen* («caballo de juguete», pero también «obsesión, idea fija»), y curiosamente, la revista se seguía publicándose, dedicada a una extensísima variedad de temas; más concretamente, a cualquier cosa que a algún chiflado se le hubiera ocurrido coleccionar. Ahora me encontraba en el maravilloso mundo de los aficionados, un mundo poblado por personas estrambóticas que coleccionan botones de uniformes y sacacorchos, o paquetes de cigarrillos, postales y hueveras; armas, cajas de cerillas, bayonetas, alambres de espino, exprimidores de limones, soldaditos de

plomo, dedales, planchas, pianolas, envoltorios de cuchillas de afeitar checas, bastones de paseo, medallas, monedas, prendedores…, de todo. En un artículo, una mujer hablaba con orgullo de su inmensa colección de bolsas de plástico; en otro, un hombre mayor se explayaba sobre lo divertido que puede ser coleccionar viejos palos de hockey; otro se congratulaba de poseer el autógrafo del papa.

Al cabo de un rato acabé encontrando el año que buscaba y el número que incluía el artículo sobre el cuadro robado. «Por René Malaise, Dr. Fil.». Lo leí rápidamente por encima. Verdaderamente era una historia singular.

Malaise había comprado la obra en la casa de subastas Bukowskis en 1954. Según el catálogo de la subasta, se trataba de una obra de Martin Theophilus Polak, muerto en 1639, lo que nuestro especulador entusiasta naturalmente ponía en duda. Una serie de detalles, entre ellos el fondo dorado, las maderas de la tabla y «todo el tipo de Cristo», apuntaban a un autor anterior, probablemente alemán. Para arrojar luz sobre la cuestión envió una fotografía del cuadro al jefe de la Alte Pinakothek de Múnich, el profesor Buchner, quien enseguida reconoció la pintura como una obra temprana de Jan Polack, muerto en 1519. Buchner, que en aquel momento estaba escribiendo una monografía sobre Polack, también sabía que, hasta la primera guerra mundial, aquella obra ha-bía sido propiedad de una tal señora Barbara Witu, de Múnich, pero, desgraciadamente, después le había perdido la pista. Sin embargo, posteriormente había aparecido en Suecia, primero en casa del joyero de la corte Jaen Jansson, y después en casa del mayorista Jacobsson, recientemente fallecido. Los herederos debieron de decir a la casa de subastas que la obra era de Polack, y debían de haber confundido a los dos pintores.

En ese momento Malaise se ponía a despotricar contra los ignaros expertos en arte. Por ejemplo, el conservador del museo de Malmö, a quien delicadamente no se alude por su nombre, resulta ser, con ciertos eufemismos, un cobarde y un idiota redomado que a comienzos de los años sesenta había tenido el mal gusto de juzgar como falsificaciones algunos de los cuadros renacentistas de Malaise. «Además del Jan Polack reproducido

más arriba junto a otra serie de obras, también el cuadro de Moretto da Brescia que yo, en el congreso internacional de Venecia de 1955, demostré que era el original de la obra más distinguida de Moretto. Las pruebas están publicadas en las actas del congreso, con imágenes. Después de mi disertación, dos personas me aseguraron que las pruebas no se podían rebatir ni poner en duda. Volveré sobre este cuadro en un número posterior.»

¡Ajá, un número posterior! Me quité el abrigo y le pedí al dependiente que me dejara una mesa de trabajo. Eran las cuatro. Empecé a hojear los montones, número a número, como si se tratara de una captura de la trampa en verano. Una hora después salí corriendo de allí para llegar al autobús que me llevaría al último barco de la tarde. En la maleta llevaba once números de *SamlarNytt* con otros tantos artículos de Malaise, publicados entre 1961 y 1971, todos ellos sobre arte, salvo el primero, titulado «Som etnograficasamlare i Burma» («Como coleccionista de objetos etnográficos en Birmania»). Los leí todos de un tirón en la autopista, en dirección al este.

En primer lugar, había una tabla de roble que representaba a Adán y Eva en el paraíso, comprada en Londres en 1952, «con toda probabilidad, obra de Jan Gossart de Maubeuge, también conocido como Mabuse (1478?-1532)». En este caso, la teoría se apoyaba en una viva descripción de minuciosos y pacientes exámenes en salas privadas y museos de Alemania, España e Inglaterra. Luego venía un retrato realizado por el pintor francés de la corte Corneille de Lyon, muerto en 1575; luego, un gran lienzo de Alessandro Varotari, llamado Padovanino (1588-1649,) y, unos números después, la prometida explicación sobre cómo Malaise logró demostrar ante todos los que quisieron escucharlo que él y nadie más que él poseía el modelo original del cuadro de seis metros de ancho y tres de alto que representaba a Cristo en casa de Simón el Fariseo, que pintó Moretto da Brescia en 1544 y que, desde mediados del siglo xviii, puede contemplarse en la Chiesa della Pietà, en Venecia.

Ya entonces observé que, en sus estudios sobre arte, Malaise procedía más o menos como un entomólogo, aunque podría decirse también, como un botonólogo: primero, la caza sobre el

terreno, cosquilleante, impredecible, donde la abundancia de tiempo y los sentidos en alerta son los instrumentos más importantes del cazador; luego, la tarea de determinar la especie de la presa recolectada, en casa, bajo el microscopio, en la biblioteca y mediante estudios comparativos en museos y colecciones privadas. Aborda sus cuadros como si de tentredínidos (o sírfidos) se tratara, examina minuciosamente las rodillas de las figuras representadas y cada rincón del cuerpo —dedos, narices, orejas y cualquier otro detalle anatómico—, cuanto más pequeño, mejor.

Pero el resto de los implicados, descubre Malaise, por desgracia no son entomólogos, y en uno de los artículos, de 1968, que al parecer trata del cuadro desaparecido atribuido a Miguel Ángel, insiste en el problema de los expertos en arte que se empecinan en decir que no. Es el dinero lo que ha acabado con la diversión. Los expertos simplemente no se atreven a decir que sí. Y si alguna vez lo hacen, se puede estar seguro —refunfuña Malaise— de que se han garantizado antes una parte de las ganancias. Y continúa diciendo:

> Los coleccionistas de objetos naturales, en cambio, reciben casi siempre un apoyo entusiasta de los expertos de su especialidad, pero parece que en el arte no existe este interés. Una clasificación errónea de una planta o de un insecto tiene consecuencias menores, mientras que en el arte puede acarrear graves consecuencias económicas y responsabilidades. Un coleccionista privado tiene muchas dificultades para que se reconozca su adquisición, y este reconocimiento llega casi siempre después de su muerte y cuando la colección ha pasado a ser propiedad pública. Entonces suele ser algún historiador del arte quien «descubre» el tesoro. No obstante, el trabajo de detective aporta al coleccionista diversión y conocimiento.

Sea como sea, Malaise nunca se amargó. Al parecer, su buen humor funcionó como una vacuna contra la amargura, que muchas veces causa estragos en hombres como él. Además, tenía una esperanza inquebrantable en el futuro. Antes o después, algún experto encontraría su Watteau, del que Ragnar Hoppe del Museo Nacional, según leí en el autobús, había constatado

que era de la época, que coincidía en la paleta de colores, las figuras, el estilo y el concepto, pero aun así, por alguna misteriosa razón, concluyó que no era un Watteau. ¿Y qué pasaría con sus dos obras de Andrea Mantegna del siglo xv, una de las cuales era un esbozo para un fresco de la Iglesia de los Eremitas de Padua? ¿O con el pequeño retrato de un viejo, atribuido a Frans Hals o quizás a Judith Leyster, que más tarde copió el mismísimo Rembrandt? Tal vez el futuro fuera su mayor aliado.

El muelle estaba oscuro como la boca del lobo, y llegaba de la bahía un viento gélido del suroeste.

El sábado leí el catálogo que Dackenberg me había enviado por internet. La donación constaba de treinta obras, de las cuales cinco habían sido robadas y otra había desaparecido. Además de las que ya conocía en aquel momento, había una serie de obras interesantes que ayudaban a perfilar la imagen del temperamento del coleccionista. Una pequeña pintura sobre pizarra de Jacopo Bassano (1510-1592), una representación del descendimiento de la cruz, fue identificada por Malaise como el original de un famoso retablo, del que no daba más información, mientras que se afirmaba que una tabla negra carcomida, *Virgen con niño*, era obra de Pietro Lorenzetti, muerto alrededor del año 1348. Un par de lienzos de tamaño algo mayor eran atribuidos al holandés Aert van der Neer (1603-1677) y al maestro español del Barroco, Francisco de Zurbarán (15981664), respectivamente. De forma algo inesperada, también estaban representados un par de artistas del siglo xix, H. C. Bryant y H. W. Hubbard, para mí completamente desconocidos.

La información sobre cómo Malaise había adquirido un paisaje de Jan Frans van Bloemen (1662-1749) era verdaderamente asombrosa. Según Malaise, fue la emperatriz rusa Catalina II quien habría comprado en Roma, directamente al artista, aquel cuadro, que con el tiempo terminó en el palacio Tsárskoye Seló, en las afueras de San Petersburgo. Mucho tiempo después, concretamente en 1925, fue incluido en una selección revolucionaria de arte del palacio de los zares, y, pese a que lo había elegido el Hermitage, por alguna razón se lo

vendieron al escritor Alekséi Tolstói (1883-1945), quien, por alguna otra razón, conocía a René Malaise, de la época que este pasó en la Unión Soviética. Por desgracia, no se contaba cómo había sido la transacción final.

¿Qué había de cierto en todo eso? Al parecer, en Umeå no había recursos para examinar la autenticidad y la procedencia de las obras de arte; no había dinero para el análisis de materiales y los rayos X, de modo que el catálogo se basaba en las propias atribuciones de Malaise, si bien a menudo se les añadía un considerado interrogante en letra pequeña. Sin embargo, ¿no se podía adivinar aquí y allá una emoción reprimida? «En la lista de Malaise sobre la donación se encuentran algunos de los nombres más destacados de la historia del arte: Mantegna, Zurbarán, Watteau, entre otros. De ser auténticos, la colección sería extraordinaria.»

No obstante, en un caso se podía demostrar que Malaise se había equivocado. Se trata del cuadro del Padovanino que representa a Tarquinio y Lucrecia, una obra imponente que, según el coleccionista, había llegado a Suecia desde Rusia después de la revolución de 1917, pero al que los expertos en arte habían seguido la pista hasta 1856, ya que desde hacía tiempo estaba en el palacio de la familia De Geer en Finspång. Aunque, por supuesto, esto no tenía por qué reducir su valor.

¡Y el Moretto! La descripción de esta obra de arte en el catálogo adquiere las proporciones de un ensayo sinuoso y lleno de referencias bíblicas sobre la dulce sensualidad y la soñadora melancolía de la pintura renacentista del norte de Italia, un complejo y polifacético homenaje a un cuadro que, desde luego, es una copia, pero que fascinó a Dackenberg hasta tal punto que finalmente se fue a Venecia para ver el original. No me imagino que Malaise creyera en mucho más que en sí mismo, pero en todo caso era católico, conque seguro que estaría sonriendo en su cielo al verme allí sentado ante mi ordenador, pasmado y contento, mientras el crepúsculo caía sobre el archipiélago.

El domingo por la mañana ya tenía una clara imagen ante mí. René Malaise era un optimista incurable, un aventurero que logró vivir una larga y buena vida gracias a una delicada dieta de autosuficiencia y de cálculos optimistas dignos de un

personaje de Balzac. Cada vez que veía alguno de sus cuadros en la National Gallery, el Prado o el Louvre, llegaba a la conclusión (para él evidente) de que el museo en cuestión se había hecho con una copia. El original, o por lo menos el primer boceto, estaba en un chalet de Lidingö, y el más original de todos ellos era él mismo.

Pero con Malaise uno nunca podía estar completamente seguro. Es evidente que poseía muchos conocimientos, y era tan atrevido que en el verano de 1955 fue al VIII Congreso Internacional de Historiadores del Arte en Venecia para pronunciar una conferencia sobre su Moretto ante los mayores expertos del mundo. Es cierto que se equivocó muchas veces, y no lo es menos que a lo largo de su vida se dejó engañar fácilmente. Eso era fácil de ver. La dificultad residía en descubrir cuándo tenía razón. Tal vez el ladrón fuera el mayor experto. Decidí seguir una pista borrada desde hacía décadas.

Encontrar obras de arte robadas es difícil, pero gracias a internet, se ha vuelto un poquitín más fácil. Las grandes casas de subastas suben a la red sus catálogos con imágenes y todo lo demás, y como ya había visto el Polack y el Miguel Ángel, abrí los archivos de Auktionsverk y Bukowskis sobre las subastas de los últimos años. Por supuesto, no había ningún Polack en las listas, ni uno solo, y escribir «Miguel Ángel» en el buscador parecía una idea ridícula. Pero una vez que uno comienza a ver subastas de arte digitales, enseguida queda atrapado, de modo que empecé a curiosear en catálogos, uno tras otro, y cuando al cabo de unas horas llegué al último, había olvidado qué era lo que estaba buscando. Por eso mi sorpresa fue aún mayor.

Lo reconocí al instante. En el catálogo de subasta número 157 de Lilla Bukowskis encontré el mismo cuadro que había visto dos días antes en *SamlarNytt*. Número de lote 225 «En el estilo de Rembrandt. Pintura al óleo. Viejo. Lienzo en bastidor, 30 x 25 cm».

Me quedé un buen rato completamente inmóvil y con los ojos pegados a la pantalla, mientras me pasaba por la cabeza una breve secuencia de preguntas tontas y ridículas: ¿qué está pasando? ¿Es posible? ¿Por qué ahora? La subasta número 157 de Lilla Bukowskis todavía no se había celebrado. Tendría lugar

el lunes, 26 de enero de 2004. Al día siguiente.

El artículo del número 3 de 1968 de la revista *SamlarNytt* estaba en la mesa, junto al ordenador. Llevaba por título «Från en tavlas öden» («Del destino de un cuadro»). No sé cuántas veces lo leí antes de dormirme, pasada la medianoche.

El cuadro muestra a un hombre apoyado en un bastón. Malaise lo vio en los locales de la casa de subastas Auktionsverket de la calle Torsgatan (la empresa se fue de allí en 1961) e inmediatamente se consideró lo bastante competente como para identificarlo como obra de un autor holandés del siglo xvii. Pero eso no fue lo único que vio. «En aquel tiempo solo tenían esa pincelada Frans Hals y su discípula Judith Leyster, y hasta cierto punto también el Rembrandt tardío y algunos de sus discípulos.» Animado por este hallazgo, se fue a su casa para consultar sus libros. Las manos y la nariz le parecieron concluyentes, cuenta. El pintor era Frans Hals, sin duda. «Sentía una gran tensión cuando subastaron el cuadro el siguiente lunes. No despertó gran atención, y pude adquirirlo por un precio mucho menor que el que me había imaginado.» Así empieza la historia.

El autor del artículo pasa luego a desarrollar sus teorías sobre el cuadro. El entomólogo Malaise se sumerge voluptuosamente en un océano de libros de arte medio olvidados, y emerge de inmediato con las pruebas que buscaba. Cierto que el cuadro no aparece representado en ninguna parte, pero aun así lo encuentra en un viejo libro alemán que se refiere a una subasta celebrada en La Haya el 7 de octubre de 1771, cuando se subastó una obra de Frans Hals —*Hombre apoyado en un bastón*—, que mide 29,7 x 24,3 centímetros, unas medidas que coincidían al milímetro con las del lienzo montado sobre bastidor. «La cosa parecía clara, pero luego pude ver el mismo cuadro en la National Gallery de Londres. Aquí el hombre estaba representado a tamaño natural (134 x 104 cm) y, aunque no estaba firmado, se afirmaba con seguridad que lo había pintado Rembrandt alrededor del 1660.»

Caray, una copia.

No tan deprisa… En el momento en que cualquiera de nosotros habría bajado el telón, Malaise arranca el piloto

automático y cuenta una pequeña historia fascinante.

El cuadro que Malaise ha comprado está ejecutado con tanta pericia que es imposible que se trate de una copia. Son cosas que un entendido ve al momento. En cambio, filosofa Malaise, no es inverosímil que la National Gallery haya dado con una copia del original que él posee. Y lo bueno del caso es que esa copia podría ser obra de Rembrandt. La teoría, esencialmente, es que Frans Hals pintó al viejo en su casa, en Haarlem, le dio el cuadro a Judith Leyster, que se fue a vivir a Ámsterdam, donde se instaló en casa de Rembrandt como su amante (según un rumor que llegó a oídos de Malaise), antes de casarse con el pintor Jan Molenaer. A través de ella, pues, llega el cuadro hasta Rembrandt, que encuentra su técnica tan extraordinariamente interesante que lo copia, con el fin de aprender algo nuevo, y, como es un tipo honesto, no lo firma. ¡Enhorabuena, Londres, un Rembrandt auténtico! «La relación de Judith Leyster con mi cuadro es naturalmente una mera suposición, pero que Rembrandt poseyó o al menos vio y copió el cuadro debe considerarse como algo bastante seguro.»

He ahí la imaginación necesaria para inventar una trampa para moscas.

Quedaba la cuestión de saber por qué se vendía justamente entonces.

Ahora me tocaba a mí formular una teoría. Y, antes que nada, como es natural, me dirigí a la National Gallery, cuyas obras más famosas se pueden ver en internet, como era el caso del retrato del viejo con el bastón. Verdaderamente eran muy parecidos, con la salvedad del tamaño, claro está. No obstante, tenían mayor importancia para la teoría un par de cosas que habían sucedido desde que Malaise estuvo en Londres en los años sesenta. En primer lugar, según la página web del museo, se había encontrado una firma debajo del barniz —Rembrandt— y, en segundo lugar, mediante una serie de análisis más o menos sofisticados se había llegado a la conclusión de que el cuadro era una falsificación, posiblemente realizada a principios del siglo xviii.

¿Lo sabía Malaise cuando escribió la lista de la donación, o lo suponía? En tal caso —sobre eso podemos estar

completamente seguros—, había olvidado tanto a Hals como a Leyster y había armado una historia y atribución totalmente distintas, más directas, por así decirlo. No es difícil de imaginar. Uno de los dos cuadros de Rembrandt que aparecían en la lista de Dackenberg de las obras robadas llevaba el título de *Retrato de un viejo*. No presentaba ninguna imagen ni daba las medidas. ¿Sería ese cuadro el que iba a venderse al día siguiente? Y, en tal caso, ¿por qué? Durante veinticinco años nadie había movido un dedo para arrojar luz sobre el robo de los cuadros de Malaise, nadie se había preocupado siquiera por ellos antes de que ese invierno yo empezara a fisgonear en el asunto. No podía tratarse tan solo de una coincidencia.

Sin tener que pensar mucho, podía nombrar a varias personas que, a la luz de mis investigaciones, tenían buenos motivos para no querer tener un cuadro robado en la pared de su casa, si es que ese era el caso. Decidí ir a la subasta, más como espía que como comprador. Por otro lado, no me lo podía permitir. El precio de salida eran quince mil coronas.

Yo suelo ir a subastas de arte. Es cierto que raras veces puedo permitirme comprar nada, pero hay algo en su atmósfera que hace que prefiera ir a las subastas que a las galerías de arte o a los museos. Supongo que lo que me atrae es la tensión que se respira en ellas.

Sea como sea, cuando esa mañana gris de enero entré en Bukowskis, frente al Nybroplan, encontré reunida a la clientela habitual, una mezcla de comerciantes y jubilados. La sala se iba a llenar. Estaba nervioso. Para tener una visión general que me permitiera ver quién iba a comprar el retrato, me senté al fondo, en una esquina. Hacía un frío que pelaba. La gente entraba y salía constantemente, dejando casi siempre abierta la puerta de la calle Arsenalgatan, por donde se colaba una corriente de aire. «Me voy a resfriar», pensé, pero no me levanté de mi sitio, para no perder mi visión privilegiada.

No ocurrió nada sensacional. El lote 161, una representación de la Sagrada Familia pintada por un artista flamenco desconocido, se vendió por 195.000 coronas, partiendo de un precio de salida de veinticinco mil, pero, por lo demás, estaba siendo una subasta bastante aburrida. Además,

como ya he dicho, estaba entre corrientes. Al final no pude soportarlo más y me senté más adelante, no muy lejos de la mesa con mantel verde y un jarrón con tulipanes de varios colores, donde cinco empleados atendían a las pujas que se hacían por teléfono. Una videocámara, al fondo, registraba el menor movimiento entre las paletas numeradas de los compradores. Se me aceleró el pulso.

Como es habitual, la puja empezó en la parte de atrás. Me volví e intenté ver quién pujaba, pero ahora estaba tan mal situado que no podía distinguir a nadie entre la masa de gente. Además, no prosperó, la primera inicial fue superada rápidamente. Continuó la puja, ahora entre una persona del fondo y otra que pujaba por teléfono. El empleado que atendía aquel teléfono hablaba italiano. Yo esperaba en tensión. Enseguida solo quedó el italiano al teléfono. A la de uno. A la de dos. Pero vamos, pensé, y levanté la paleta. Y cuando se da ese paso, ya no hay marcha atrás. Ahora era él o yo. No íbamos a dejar que el Rembrandt de René saliera del país, ¿no? ¡Hasta ahí podíamos llegar! El italiano ofreció veinte mil, y yo levanté la paleta hasta que él se rindió. Se oyó el golpe del martillo.
Ahora era el propietario de una copia de una falsificación de Rembrandt. De pequeño tamaño. Probablemente robada. El pulso se me calmó deprisa, tenía la boca seca y estaba un poco mareado, pero me quedé sentado, como apático y completamente vacío. La voz monótona del subastador en el altavoz se fue apagando hasta desaparecer, los objetos que se vendían no me interesaban, ya nada me importaba, ni siquiera hacía frío. Me encontraba mal y presentía los problemas económicos. Agotado, miré a través de las cortinas de tul de la ventana y escuché mi propia respiración mientras mi mirada vagaba por la gris neblina y la nieve de Berzelii Park y, más allá, sobre los autobuses y los tranvías parados ante el semáforo en rojo en Nybroplan, y detrás de ellos, el Teatro Real, con todo su oro, y la calle Sibyllegatan, donde vivió la familia Malaise durante la infancia de René, un poco más arriba, en el número 21.

De alguna parte surgió un recuerdo, lento como una lejana ave migratoria en el vacío repentino. Se acercaba una vaga

sensación, una pregunta y una duda reprimidas, que en cierto modo estaban ligadas con aquel lugar y, tal vez, con una obra de teatro cuyo título no recordaba pero que trataba de las maldiciones de la pobreza, y de la huida.

Me volvían a la mente líneas de diálogo. Y una fragancia particular.

1. La cifra de especies de moscas suecas está experimentando un fuerte crecimiento, en parte porque las antiguas especies se dividen en varias nuevas, y en parte porque los investigadores encuentran grandes cantidades de especies antes desconocidas. Un buen ejemplo son los fóridos. Cuando, hace unos años, la gran experta Emily Hartop se mudó de Los Ángeles a Suecia, conocíamos 370 especies suecas, pero su investigación señala que la cifra real se halla alrededor de las quinientas. Yo mismo participo en este proyecto, vaciando continuamente la trampa Malaise que se encuentra en mi jardín de la isla de Runmarö.
El caso es que Emily, que inició su carrera en la Universidad de California, había leído (para bien y para mal) la edición norteamericana de *El arte de coleccionar moscas*, y por eso sabía algo tanto sobre Suecia como sobre los locos suecos de las moscas cuando la Universidad de Estocolmo convocó una plaza de doctorado. Terminó en Öland y me considera responsable de ello, por lo menos en parte. A lo largo de los años, muchos otros extranjeros aficionados a las moscas han llamado a mi puerta, o simplemente me han esperado junto a un camino y me han gritado: *«I'm looking for yew»*.
2. Un experto en cobayas que conozco dice que aquí hay un error. Los ratones y los hámsteres corren en la rueda, pero no las cobayas. Las cobayas solo se pasean a su aire dentro de la jaula. Las cosas como son.
3. Pontus Hultén, el director del Moderna Museet, hijo de Eric y Elsie, dijo en una ocasión que había sido concebido en una tienda en Kamchatka. La conjetura es típica de este bromista, pero es imposible. Es cierto que la hipótesis excita la fantasía, y es ideal para una sobremesa de intelectuales, pero el aguafiestas que llevo dentro se ve obligado a señalar que el churumbel Pontus nació poco antes del solsticio de verano de 1924, casi dos años después de que sus padres hubieran abandonado aquellas regiones salvajes.
4. Fui yo quien encontró la sarracenia, un solo ejemplar. El hallazgo se describe en el *Dagens Nyheter* del 13 de septiembre de 1992, bajo el titular «Silverträskets sällsynta sevärdhet» («La rara atracción turística del Silverträsket»), lo cual dice bastante acerca del escaso oído para las aliteraciones del autor del

titular. Mi propuesta fue «Trumpetsolo vid Silverträsket» («Solo de trompeta a orillas del Silverträsket»; en sueco, la sarracenia se llama *flugtrumpet)*. En todo caso, no fui yo quien la plantó. Desde entonces, el monstruo se ha multiplicado. La población de la planta es grande y próspera, y cada año atrae a muchos visitantes el día del solsticio de verano, todos ellos más o menos en el mismo deplorable estado de forma. Una tradición muy bonita.

5. La *Eristalis oestracea* apareció posteriormente en la isla. Dos ejemplares, concretamente, con un intervalo de varios años.

6. Mi amigo y gurú Hans Bartsch (1941-2011), el hombre que escribió los dos volúmenes sobre los sírfidos en la enciclopedia *Nationalnyckeln till Sveriges flora och fauna*, está ciertamente muerto desde un punto de vista técnico. No obstante, nos encontramos casi a diario durante el semestre de verano. Sin él, *El arte de coleccionar moscas* nunca se habría escrito. Descanse en paz.

7. El verano de 2019 ocurrió algo parecido, pero en esa ocasión la invasión estuvo protagonizada por la vanesa de los cardos. De repente estaban por todas partes, cientos, miles de ellas, tras lo cual los periodistas, ignorantes en diversos grados, escribieron que aquella llegada masiva de mariposas era un augurio del fin del mundo. Nadie quiso escuchar a quien advertía de que aquel fenómeno era frecuente y natural. El apocalipsis tiene su encanto particular.

8. Mi reportaje del mar de Aral se publicó en *Dagens Nyheter* el 30 de julio de 1990, bajo el título «Rädslan för miljökrisen missbrukas» («Se abusa del miedo a la crisis ambiental»).

9 *(Macroglossum stellatarum)* apareció en Runmarö en septiembre del 2000, pero desde entonces la especie se ha vuelto bastante común. Al menos yo veo varios ejemplares todos los años. Vivimos en un mundo cambiante, y ahora que el clima se ha vuelto más cálido, las especies del sur extienden su hábitat hacia el norte. A veces esto es preocupante, pero las más de las veces no lo es. La esfinge colibrí es más que bienvenida.

10. Por desgracia, no me equivoqué en mi predicción.

Aquel abeto tan peculiar de la orilla del lago resistió todas las tormentas menos Alfrida, que llegó la noche del 1 al 2 de enero

de 2019. Por la mañana, el abeto era historia. Lo convertí en una leña con la que, lleno de veneración, alimento el fuego de la chimenea.

11. Posteriormente traté más a fondo el destino de Artemi. El resultado fue el ensayo «Peter den döde» («Peter, el muerto»), que se encuentra en el libro *Den utbrände kronofogden som fann lyckan* («El agente judicial quemado que encontró la felicidad») (Nya Doxa, 2008).

12. Un equipo de cine australiano propuso que fuéra- mos al lugar donde encontré la *Eumerus grandis*, pero la expedición tuvo un resultado decepcionante. Los buenos lugares para las moscas raramente son estables. Se cierran. Quizá no los jardines, pero muchos otros lugares pierden su fuerza de atracción. Por otro lado, aparecen nuevos lugares constante- mente. No envidio a los australianos (que han com- prado los derechos para convertir en película *El arte de coleccionar moscas)*, pero intento guiarlos lo mejor que puedo a otros claros del bosque prome- tedores.

13. Por desgracia, los sírfidos de la novela de Chatwin resultaron ser un error de traducción. Fue Paul Berf quien descubrió el problema mientras traducía *El arte de coleccionar moscas* al alemán. Como siem- pre, comprobó todas las citas, y en la traducción alemana de *Utz* no se hablaba de sírfidos, sino de *Libellen*, es decir, libélulas. Cuando miramos el ori- ginal inglés, vimos que, efectivamente, allí se habla de *dragon flies*. Cómo pudieron convertirse en sírfi- dos en la traducción sueca es un misterio. No obs- tante, yo mismo suelo animar a mis traductores a que mantengan una relación libre con el original. Si hay que escoger entre una palabra correcta y otra que no lo es tanto pero que suena mejor, les pido que escojan esta última. Lo más importante es que la frase fluya en la lectura en voz alta.

14. Tengo un desinterés activo por todo tipo de deporte, pero esto no impide que me gusten las competicio- nes, especialmente las que gana el que encuentra más sírfidos o más lo que sea. Sentí un pinchazo el día que recibí la visita del periodista Patrick Barkham, que iba a entrevistarme para *The Guar- dian* antes del lanzamiento de *El arte de coleccionar moscas* en Inglaterra. Me dijo que había escrito un libro —*The Butterfly*

Isles («Las islas Mariposa»)— en el que cuenta que, durante un año, había llegado a encontrar las cincuenta y nueve especies de ropa- lóceros de las islas británicas. Era impresionante. Ese país tiene una extensión de 243.610 kilómetros cuadrados, lo que implica un largo viaje. Sin embar- go, pensé, ¿cincuenta y nueve especies no era una cifra un poco pobre? Se me despertó el instinto com- petitivo y al final terminé escribiendo el ensayo «Bad luck, Britain» («Mala suerte, Gran Bretaña»), que se publicó en la revista *Granta*, y en el que, con toda la jactancia de la que fui capaz, hablo de las sesenta y seis especies de ropalóceros que se han encontrado en Runmarö (quince kilómetros cuadrados). Patrick y yo nos hicimos muy buenos amigos.

* Sten Selander (1891-1957), naturalista, botánico, poeta y crítico sueco, miembro de la Academia Sueca de 1953 a 1957. *(N. del T.)*

* Ivan Bratt, médico y político liberal cuyas ideas sobre la reglamentación del consumo del alcohol empezaron a ponerse en práctica en 1913. *(N. del T.)*

* Sven Hedin (1865-1952) fue un explorador, geógrafo, biólogo y botánico sueco, célebre por sus expediciones en el Asia Central. *(N. del T.)*

* Albert Engström (1869-1940), autor de relatos humorísticos y dibujante satírico sueco. *(N. del T.)*

* Y narcisos, las más bellas de todas, / que se miran los ojos en el receso de la corriente / hasta que se mueren de su propia adorable belleza.

«Dentro de todo viajero, un anacoreta está deseando quedarse.»

BRUCE CHATWIN

Desde LIBROS DEL ASTEROIDE queremos agradecerle el tiempo que ha dedicado a la lectura de *El arte de coleccionar moscas*.

Esperamos que el libro le haya gustado y le animamos a que, si así ha sido, lo recomiende a otro lector.

Al final de este volumen nos permitimos proponerle otros títulos de nuestra colección.

Queremos animarle también a que nos visite en www.librosdelasteroide.com, en @LibrosAsteroide o en www.facebook.com/librosdelasteroide, donde encontrará información completa y detallada sobre todas nuestras publicaciones y podrá ponerse en contacto con nosotros para hacernos llegar sus opiniones y sugerencias.

Le esperamos.

Nota biográfica

Fredrik Sjöberg (Västervik, Suecia, 1958) es entomólogo, escritor, crítico literario y traductor. Ha escrito sobre diversos temas, desde la historia del movimiento ecologista hasta la colección de insectos del poeta sueco Tomas Tranströmer. Vive junto con su familia en la isla de Runmarö, en un archipiélago al este de Estocolmo. Es autor de varios ensayos divulgativos, entre los que destaca *El arte de coleccionar moscas* (2004; Libros del Asteroide, 2023), bestseller traducido a más de diez lenguas.

Recomendaciones Asteroide

Si ha disfrutado con la lectura de *El arte de coleccionar moscas* , le recomendamos los siguientes títulos de nuestra colección (en www.librosdelasteroide.com encontrará más información):

El evangelio de las anguilas, Patrik Svensson
Los últimos balleneros, Doug Bock Clark
Fieras familiares, Andrés Cota Hiriart